

FEUILLET

UN
MATRIMONIO
DEL
GRAN MUNDO

PQ2242
M38



U A L

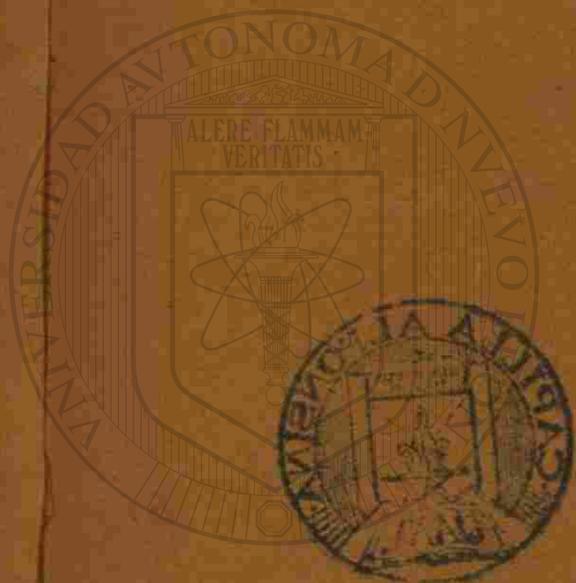


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



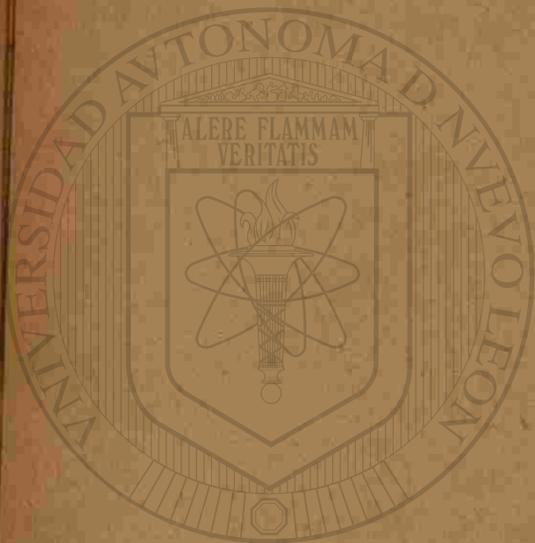


FONDO
RICARDO GONZÁLEZ

UN MATRIMONIO DEL GRAN MUNDO

Núm. Clas. N
Núm. Autor Edelm
Núm. Av. 30154
Precedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Custodio _____
Bibliotecario _____

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UN MATRIMONIO

DEC
GRAN MUNDO

POR
OCTAVIO FEUILLET

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

TRADUCCION

de

EDUARDO ZAMACOIS



30154

098881

BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Consejo Ciente, 296
BUENOS AYRES MEXICO
Maucci Hermanos Maucci Hermanos
1070, Cuyo, 1970 1.ª Del Reloz, 1

1899

843

2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



UN MATRIMONIO

DEL

GRAN MUNDO



I

LA señora Veyle, viuda del contralmirante Lorris, casó en segundas nupcias con el general marqués de Veyle. Feliz en aquellas dos uniones consecutivas, la marquesa se impulsó el divertimento y el piadoso deber de propagar una institución que solo placeres la había proporcionado, y se ocupaba afanosa en casar á las gentes. Su distinguida posición, sus buenas relaciones y sus grandes éxitos en algunas de estas difíciles operaciones, la habían captado la confianza pública. Además tenía, según ella decía, una notable prue-



ba que enseñar: su nuera, Luisa de Lorris. El señor Lorris, era oficial de marina, y sus frecuentes y prolongadas ausencias, ponían á su consorte en situaciones difíciles, á las que se amoldaba con un tacto que honraba mucho el talento de su madre política.

La señora Veyle recibía los jueves por la noche, y sus reuniones siempre estaban desanimadas, apesar de la música y del canto. En el aire, flotaba algo misterioso; se veían desfilan por allí á individuos con corbata blanca, que no volvían, y frecuentemente muchas jóvenes empezaban á sollozar sin causa aparente ninguna, todo lo cual, acrecentaba la helada melancolía del salón.

Aquella noche, la marquesa hacía una obra de caridad: se trataba de un matrimonio plebeyo, del que únicamente se ocupaba para satisfacción de su conciencia. Eduardo, un primo pobre del general, debía ser presentado como aspirante á la mano de la hija de un profesor de Sainte-Barbe. Eduardo era un jovenzuelo desmañado, tímido y muy para poco; pero era músico y tocaba la flauta bastante bien. Este fué el título á que apeló la señora Veyle para presentarle.

—Dios mío, decía la marquesa; ya sé que la flauta no es un instrumento que excita mucho la imaginación, pero es el único atractivo de ese pobre Eduardo...

Se había convenido en que Eduardo ejecutaria, aquella noche, un trozo de ópera, acompañado por el general y la señora de Lorris. Antes de empezar, ésta dió el *la* en el piano, y el general, en su

violoncello; pero Eduardo, después de haber procurado tomar el tono, atravesó el salón rápidamente, y arrodillándose delante de la chimenea, desarmó la flauta y aproximó al fuego sus diversos trozos.

—¿Qué le sucede á usted? preguntóle la señora Veyle, mientras la hija del profesor cambiaba con su familia miradas significativas; ¿qué es lo que hacéis? ¡Vaya una ocurrencia peregrina!... ¿Para qué calienta usted la flauta?...

—Para alzar el diapason, prima mía, repuso Eduardo.

—¡Cómo! ¿Cree usted?... ¡Qué cosa más rara!... Lo encuentro extraño... parece inverosímil, amigo mío. ¡En fin, todo es posible!...

Eduardo, acobardado por el silencio hostil del público, se incorporó presuroso, intentando tomar el tono que la señora de Lorris le daba con infatigable bondad; mas, á su entender, no afinaba aún lo suficiente, y recobró su humilde actitud delante de la chimenea, exponiendo nuevamente los trozos de su flauta al calor del fuego. Esta malaventurada reincidencia, provocó entre los circunstantes un abogado murmullo de reprobación y de risas. La pobre hija del profesor, arrebolada como un tomate, dirigía á su madre miradas suplicantes.

—Querido Eduardo, dijo entonces la marquesa; basta por hoy, porque ya comprenderéis que no vamos á pasar la noche, viéndoos calentar la flauta. Más vale dejarlo, amigo mío, para otra vez...

Después de este desagradable incidente, la con-

versación languideció, como era de suponer, y la familia del profesor no tardó en despedirse. El pobre Eduardo, tornó á colocar melancólicamente la flauta en su estuche, y desapareció enjugándose su pálida frente.

—¡Bonita velada! exclamó el general, retirándose poco después á su habitación.

Un solo personaje quedó entonces en el salón, acompañado de la señora Veyle y de su hija política. Era un joven de treinta años aproximadamente, bien formado, elegante y de porte distinguido y altanero. Parecía haber estado ageno á los incidentes de la reunión, y su semblante frío y enérgico, no había hecho ningún gesto de interés ni de atención, cuando ocurrió el episodio, casi dramático, que acabamos de referir. No vió salir á Eduardo, ni á la familia del profesor, y únicamente se levantó un poco de su silla cuando se fué el general: después, se puso á dibujar tranquilamente cabezas de turco en un álbum.

—Señor Rias, dijo súbitamente la señora de Lorris; ¿qué hay de mis versos?... ¿Cuándo?...

—Ahora mismo, si quiere usted, señora.

—¡Oh! ¿Una improvisación?... ¡Bravo!...

La señora de Lorris, puso delante del joven el álbum reservado á los poetas, y Rias, después de reflexionar algunos minutos, escribió varias líneas sin titubear, y devolvió el álbum á la señora de Lorris, saludándola con una inclinación de cabeza.

—¿Qué le dice á usted, este caballero? preguntó la señora Veyle, saliendo de sus sombrías meditaciones.

—Mire usted, mamá, dijo la joven.
Y leyó con gravedad:

La demoiselle que ce soir
ma marraine avait invitée,
n' a pris aucun plaisir à voir
Edouard ou la Flûte enchantée. (1)

—¡Hola, mala persona!... En vez de clavarme esa flauta como un puñal, podía usted explicarme claramente su extraña conducta.

—¿Cómo, querida señora?

—¡Ay, querido Lionel!... Yo no me forjo ilusiones y sé que mis jueves no tienen atractivos para usted... Además, ha estado usted dos años sin acordarse de ellos... lo que me parece muy natural... Pero desde hace algún tiempo, no pierde usted ninguno, y declaro que eso me extraña... Vamos, francamente, amigo mío; ¿qué fin persigue usted? ¿Por qué, ó por quién, tiene usted esa asiduidad? ¿Viene usted á seducir á mi nuera, aquí presente, ó para que yo le case?

—Pero, ¿puedo acaso escoger? dijo Lionel sonriendo.

(1) La señorita que esta noche invitó mi madrina, no se ha divertido viendo, Eduardo ó la Flauta Encantada.

—¡Debo marcharme, mamá! exclamó alegremente la señora de Lorris, alargando su cuello de cisne, por encima de su bastidor.

—Señora y querida madrina, dijo Rias; la suplico que retenga á la señora de Lorris, y puesto que, según parece, se propone usted sermonearme acerca del matrimonio, no se prive usted de un argumento tan poderoso.

—¿Es verdad que piensa usted en ello, querido amigo? exclamó la marquesa, cuyos ojos chispearon. ¡Oh, me encanta usted, con eso! ¡Qué compensación tan agradable á los encantos de esta noche!... No tengo necesidad de encomiarle, querido Lionel, el celo que desplegaré para servirle bien; no solo por usted, sino por la memoria de su pobre madre... Pero, amigo mío, si tenemos que hablar, y mi hija le estorba á usted...

La señora de Lorris se levantó, extendiendo sus brazos como dos alas, en actitud de interrogar y sonriéndoles con aire sumiso.

—No, no; se lo ruego á usted, replicó Lionel; la presencia de la señora de Lorris, no solo me agrada... sino que me es útil. Sosteniéndome en esta discusión, al mostrarme el matrimonio desde un punto de vista...

—¡Ah, permítame usted, amigo mío! dijo la anciana marquesa; no se trata ahora de cortejar á mi hija, con pretexto de un matrimonio ficticio... porque no le ayudaré á usted en el juego... Vamos, quédese usted, hija mía...; veremos de lo que se trata.

—Perfectamente, dijo la joven, tornando á sentarse delante de su bastidor.

—Ea, amigo mío; ¿habláis en serio? preguntó la marquesa; ¿estáis resuelto á concluir vuestra soltería?

—Aún no he resuelto nada, repuso Rias, modestamente; aunque siempre he pensado casarme, según es costumbre en mi familia... Además, tengo ya treinta años, y encuentro digno y natural, presentarme ante el altar, ahora que todavía estoy aceptable.. Y añadiré, para satisfacer la suspicacia de la señora de Lorris, que está lanzándome miradas terribles, que también me seduce el matrimonio por razones menos positivistas... y que no soy insensible á ciertos afectos honrados y dulces... si bien es cierto que nunca me he detenido á meditar largo tiempo en ellos...; que también me cautivan esas imágenes de deleitosa intimidad y de felicidad conyugal...; que me es muy grata la idea de ver, al entrar en mi casa, una fiel y gentil cabeza inclinada bajo una lámpara, ó sobre una labor de tapicería; y, finalmente, que sería feliz hallando ocupado dignamente, el hueco que dejó en mi casa la muerte de mi madre.

—Todo eso está perfectamente, dijo la vieja marquesa; y hasta declaro que ha logrado usted enternecerme... Déme usted la mano, hijo mío.

El señor Rias, besó respetuosamente la mano que le tendía, y añadió riendo:

—¡Queda el capítulo de las objeciones!

—¿Qué objeciones?... Pero ¡oh!... no las diga usted; las conozco... Hay matrimonios malos, ¿verdad?... y hogares muy tristes...

—Hay muchos, dijo Lionel.

—¡Cómo no ha de haberlos!... Hay tantos hombres malos... ó tontos... ó torpes... Pero, en fin, esto, ¡peor para ellos!...

—Parece, querida madrina, que queréis demostrarme que siempre depende del hombre, la desgracia ó la felicidad matrimonial.

—Permitame usted... pretendo demostrarlo, porque es verdad. Fijese usted, sino, amigo mío, en las esposas de los marinos. ¿Por qué son espejos de fidelidad y buena conducta? ¡Ahí está mi hija!... Pues, porque los marinos, no están á su lado para echar á perder la situación...

—Vamos, madrina querida, que hay mujeres terribles, con las cuales los maridos, ausentes ó presentes, no pueden modificar en nada la situación.

—Se engaña usted, amigo mío; entre nosotras, no hay mónstruos, ó, por lo menos, son muy raros... excesivamente raros. Es que los hombres, tienen la manía de sostener, que todas las mujeres son mónstruos de nacimiento... Procedimiento cómodo, con el cual eluden toda responsabilidad.

Por lo demás, puede usted tener la convicción, de que no le daré ningún mónstruo... Respondo de ello. Luisa, agregó dirigiéndose á su nuera; ¿sabes en quién he pensado para él?

La joven, miró al techo con sus grandes ojos claros, reflexionando, y exclamó de pronto, mirando á la marquesa:

—¡María!

—¿No es verdad que formarían una soberbia pa-

reja?... ¿Le gusta á usted? hace ya mucho tiempo que bullía en mi cabeza ese matrimonio.

—María, dijo el señor Rias; es un nombre muy bonito, cuando lo es la mujer que lo lleva; pero, permitame usted preguntar; esa señorita María, ¿es parisina?

—Todo lo más parisina posible, dijo la señora de Lorrís.

—Pues eso basta: rechazo rotundamente su candidatura.

—¿Por qué? interrogó la marquesa.

—Porque conozco la educación que reciben las jóvenes en París, y aunque no abrigo grandes ilusiones acerca del candor de las campesinas, creo, no obstante, que ganaría mucho eligiendo para mujer á una provinciana.

—¡Ay, amigo mío, no haga usted eso! exclamó la marquesa; ¡por Dios, no haga usted eso! ¡Qué ocurrencia!... ¡Buscar á su mujer en provincias, ni más ni menos que como si fuese un criado!... ¿Y sabe usted lo que sucede con esos criados provincianos? Que París les emborracha, pierden la cabeza y son peores que los otros... Tendrá usted una mujer torpe, sin trato social, con las manos encarnadas y que le avergonzará á cada momento... ¡y que podrá engañarle como otra cualquiera!... No; fijese usted, amigo mío. Realmente, hay peligros en todas partes, y únicamente importa escoger los menos ridículos.

—¡Verdaderamente, querida madrina, exclamó Lionel riendo; no la comprendo á usted! Yo creí que iba usted á animarme, á excitarme; ¡pero eso que me dice usted, es espantoso!

—Le aseguro á usted, mamá, dijo la señora de Lorriss, riendo á carcajadas; que se da usted muy malas trazas para persuadir.

—¿Y qué quieres que le diga, hija mía? El, desea, como todos los hombres, que le ofrezcan en bandeja de plata, un matrimonio sin inconvenientes, sin peligros y sin malas probabilidades... Y no los tengo de esa clase, porque no los hay. Regla general, amigo mío: yo caso únicamente á las personas que reúnen condiciones suficientes de paz y de felicidad. Conozco á una señorita, por ejemplo, de muy buena familia, bien educada y que puede ser una esposa admirable, y conozco también á un joven distinguido, honrado y casi encantador... como usted, entre paréntesis... Pues les caso, y mi misión ha concluido; lo demás es cuenta de ellos... ¡Yo te caso y Dios te guíe!... Además, oiga usted, querido Lionel: en la situación en que está usted colocado, de nada le sirven sus reflexiones y sus razonamientos. Ha explicado usted sus síntomas, y son decisivos. ¡Ya está usted maduro; déjese atrapar y no procure defenderse!...

—En realidad, repuso Lionel con aire serio; no estoy tan resuelto como parece, y deseo seguir meditando en ello.

—Puede usted hacerlo así, amigo mío. Únicamente que, mientras usted lo piensa, acaso mi pájaro raro levante el vuelo.

—¡Ah... pues que vuele! dijo el joven, cogiendo su sombrero como para retirarse.

Pero no se fué, y recostándose sobre la chimenea, suspiró largamente y añadió con una especie de murmullo melancólico:

—¡Casarme, bueno!... ¡Pero no quiero casarme mañana mismo!

La anciana marquesa, miró á la señora de Lorriss, y repuso con gravedad cómica:

—Está usted asistiendo, hija mía, á una escena conmovedora... ¡Las últimas convulsiones de un soltero!

Lionel se echó á reír.

—Veamos, dijo ¿cómo han educado á vuestra jovencita?

—Querido amigo, repuso la marquesa; ha sido educada por las hadas dentro de una torre. ¿Le conviene á usted?

—¿Es amiga de usted, señora? preguntó el joven á la señora de Lorriss.

—Sí, señor; la quiero mucho.

—Eso ya es algo.

—¡Válgame Dios! dijo la marquesa; ¡basta de misterios! No solamente es su amiga, sino su prima... y, para concluir, es la señorita Fitz-Gerald.

—¡La señorita Fitz-Gerald!

—Sí... ¿qué tiene usted que decir?...

—Que sería un enlace tan ventajoso como honroso, pero, ¿está usted segura de que hay una señorita Fitz-Gerald?... Recuerdo que los Fitz-Gerald tenían un hijo... pero creía que era un niño.

—Pues no; es niña.

—¿Y dónde se la vé?

—En todas partes, desde hace dos años... precisamente los que lleva usted de luto; de modo que no estraño que no la conozca usted.

—¿Se acuerda usted, dijo la señora de Lorris, de mi pobre cuñadita?

—¿De la señora de Kévern? ¡Ciertamente, pobre joven!... Era preciosa.

—Pues bien: María Fitz-Gerald, es por el estilo. Hasta se parece á ella físicamente. ¿Verdad, mamá?

—Tal vez, repuso la marquesa; de todos modos, amigo mío, lo mejor es que juzgue usted por sí mismo; pues pienso realizar, en obsequio á usted, un acto heroico. María y su madre están ahora en el campo, cerca de Melun. Ese pobre Kévern, el hermano de mi nuera, tiene allí un hotelito, que durante su ausencia está á nuestra disposición. Es un sitio que no me agrada, pero iré allí con Luisa, á instalarme durante algunos días. Usted irá á vernos y la presentación vendrá por sí misma. ¿Le parece á usted bien?

—Me abruma usted con sus bondades, dijo Lionel; pero no quisiera que este enredo me comprometiese de un modo definitivo.

—¡Qué hombre, Dios mío! Tranquilícese usted, amigo mío, que nadie pretende casarle contra su voluntad. Además, también usted puede no gustar... ¡Sí, no se admire usted, que eso puede ocurrir! De suerte, que nadie se comprometerá. ¿Quiere usted llamar, amigo mío? Vuelva usted mañana, y acabaremos de arreglar nuestros proyectos.

El señor Rias reiteró sus cumplimientos, y después de despedirse, se retiró, dejando á la señora Veyle y á su preciosa nuera entregadas á esa pla-

centera excitación que experimentan las mujeres jóvenes ó viejas, cuando se hallan relacionadas, aunque sea indirectamente, con alguna aventura en que el amor está llamado á representar su papel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO GARCÍA ROBLES"
Cada. 1621 MONTREY, MEXICO



La señora de Fitz-Gerald, vinda de un consejero de Estado, había sido muy guapa, y lo era aún, apesar de sus cuarenta y cinco años. Cuando, con los primeros calores de marzo ó de abril, arrinconaba los abrigos de pieles, para pasear por los *boulevares*, acompañada de su hija, desde la calle de la Paz hasta La Magdalena, los paseantes que les abrían paso, movidos por una deferencia involuntaria, podían formarse, al verlas, una idea cabal de la refinada elegancia parisina. La madre y la hija, aunque poco acostumbradas á pasearse á pié, caminaban con paso firme y resuelto, atravesando la multitud con perfecta indiferencia y conversando con voz breve y alta, cual si estuviesen en su

parque. Sus atavios, perfectamente armonizados con su edad, tenían un encanto suigéneris que se amoldaba también á sus ademanes y continente, y dejaban tras sí un olor á flores de invernadero, que parecía purificar el aire, como sus pequeños pies parecían purificar el asfalto que taconeaban. Los extranjeros desmenuzaban con ojos celosos la actitud, los movimientos y el regio contoneo de aquellas dos parisinas, que recorrían su imperio, des-
esperándolos con su apostura inimitable.

Aunque enviudó siendo muy joven y hallándose en todo el apogeo de su belleza, la señora de Fitz-Gerald, había llegado á su mayor edad con una reputación sin tacha. Sin estar dotada de principios muy sólidos ni muy elevados, sentía intensamente la religión de los armiños y de las mujeres de mundo: el horror á las manchas. Aplicaba al orden moral, las aficiones y las repugnancias que tenía con el cuidado físico de su persona, y sus instintos y costumbres, condenaban cualquier man-cilla ó cualquier desorden. El mal, para ella, no era solamente mal; era, ante todo, inconveniencia, y sin estremar el alcance moral de este modo de sentir, fuerza es reconocer su delicadeza y su valor práctico, puesto que es la única salvaguardia de muchas mujeres. Es un encanto que se parece á la virtud.

Un tío de su esposo, el conde Patricio Fitz-Gerald, se había dedicado á agasajar á la joven viuda, con caballeresca cortesanía, convirtiéndose en guía y protector suyo, hasta que llegase el momento en que ella pudiera presentarse en el mundo

con su hija; y cuando vino aquel día, el conde Patricio regresó satisfecho á su castillo de Fresnes, á donde su sobrina solía ir á verle durante los meses de verano.

Allí fué, y en una hermosa mañana de Julio, donde la señora de Fitz-Gerald, supo la interesante comunicación que la marquesa de Veyle ya la había insinuado, valiéndose de una misteriosa misiva. Estos prolegómenos matrimoniales fueron acogidos con un entusiasmo que no pudieron disimular las reservas exigidas por las circunstancias. La señora de Fitz-Gerald, trató de decir que su hija era muy joven aún, que apenas contaba diecinueve años, que tenía muchos pretendientes y que estaba en condiciones, por tanto, de escoger; pero luego, impulsada por su vehemencia maternal, olvidó las conveniencias y se abrazó al cuello de su amiga, anegada en lágrimas... Porque Lionel de Rias era, en efecto, uno de esos hombres que por su posición social, su nombre y sus relevantes cualidades, constituía uno de esos yernos excepcionales, que las madres se complacen en evocar en sus ensueños.

Como era natural, el conde Patricio asistió al consejo de familia, y también se mostró partidario de aquella alianza probable, é invirtieron algunos días en tratar todas aquellas cuestiones de conveniencia y de interés. La marquesa estaba instalada en una bonita casa de campo, que llamaban el Pabellón, y que pertenecía al hermano de su hija política: el Pabellón solo distaba dos ó tres kilómetros de Fresnes, y merced á esta corta distancia, mul-

tiplicaban sus visitas y sus conferencias secretas acerca de tan delicado asunto, pero sin sobresaltar la curiosidad de la señorita Fitz-Gerald, ni alarmar su sensibilidad. Podía suceder que Lionel no la gustase, ó que ella no le agradase á Lionel. Era de sumo interés evitarla agitaciones prematuras, poco convenientes en una jovencita; y mientras las personas mayores se entregaban á sus cábalas, la joven señora de Lorris quedó encargada de distraer á la señorita María, comisión que desempeñaba á conciencia y con magistral habilidad.

En fin, llegó el día designado para la entrevista de los dos jóvenes, teniendo todos la alegre certidumbre de que María, afrontaba esta prueba con entera libertad de corazón y sin recelar de lo que se trataba. Sin embargo, no se omitió ninguna precaución para quitar á la entrevista todo carácter oficial, fingiendo que todo fué una improvisación inesperada de la casualidad. Aunque la llegada del señor Rias, como la de otro cualquiera, á casa de su madrina, no tuviese nada de sospechoso, se convino de antemano en que se cruzasen las siguientes esquelitas, entre el Pabellón y el castillo de Fresnes, la misma mañana del día solemne:

•La señora de Veyle á la señora Fitz-Gerald.

Mi querida Clarisa:

No nos aguarde usted para comer. Tengo convidados que llegarán hoy en el tren, y aunque son

personas muy simpáticas, hubiera deseado que escogiesen otro día; ó, sobre todo, que me hubiesen avisado con la oportuna antelación. Detesto las sorpresas por agradables que sean.

Recibe, hermosa, mis afectuosos recuerdos.»

«La señora Fitz-Gerald á la señora de Veyle.

Tráigame usted, querida mía, á esas personas tan simpáticas, y dígame usted cuántas son, para disponer la comida.

Su amiga que la abraza...»

«La señora de Veyle á la señora Fitz-Gerald.

Querida amiga: Mis huéspedes simpáticos quedan reducidos á mi ahijado Lionel Rias, pero ni puedo dejar que se quede á comer solo aquí, ni llevarosle, porque como no ha venido más que para un día, no ha traído frac.

Lo siento muchísimo.»

«La señora Fitz-Gerald á la señora de Veyle.

Querida amiga: Tráigase usted al señor Rias conforme esté. Mi tío vestirá de bata para inspi-

rarle más confianza. Venga usted temprano y daremos un paseo.

Siempre á sus órdenes.»

«La señora de Veyle á la señora Fitz-Gerald.

Estamos conformes, amiga mía. Esta tarde, á las tres, iremos á verla el general, Luisa y yo. En cuanto al señor Rias, tiene que hacer varias visitas por estos alrededores, pero luego, á eso de las seis, acudirá á reunirse con nosotros en uno de los caballos del general.»

La señora de Fitz-Gerald, tuvo especial cuidado de ir comunicando sucesivamente á su hija, todas las cartas de esta artificiosa correspondencia, y se congratulaba de la perfecta indiferencia con que María escuchó la lectura.

No obstante, á eso de las cinco y media de la tarde, una joven se paseaba sola por la terraza de un parque que dominaba el camino de Melun á Fontainebleau. De vez en cuando se detenía, creyendo escuchar algún ruido lejano, y se inclinaba hacia la carretera, mirando á todas partes por uno de los huecos abiertos en el espeso follaje. Después reanudaba su paseo, deslizándose lijera-mente, como la mujer que empieza á valsar.

Acababa de dirigir una nueva y furtiva mirada

á través de la verde espesura, cuando echó el cuerpo bruscamente hacia atrás, murmurando algunas palabras que se escaparon de sus labios, entreabiertos por una placentera sonrisa. Se oía sobre el piso duro de la carretera el raudo galopar de un caballo, que debía de ser de pura raza, y que seguramente era montado por un caballero de gran distinción. La joven, siempre sonriendo, se escondió, buscando entre el follaje un sitio seguro desde donde atisbar sin ser vista. El gipete pasó, y la niña le miró con tan vivísimo interés, que ni aún á respirar se atrevía. Había visto al señor Rias en toda su natural elegancia, con su varonil apostura y sus correctas y enérgicas facciones, algo empalmeadas en aquel momento por la emoción.

Cuando desapareció, la joven lanzó un prolongado suspiro, oprimiéndose con una mano su corazón palpitante; después fijó en el vacío sus radiantes ojos azules y murmuró bajándolos lentamente hasta el suelo:

—¡Mi marido!

Entonces su rostro se arreboló, y ocultándolo entre sus manos, permaneció inmóvil, semejante á la estatua del pudor, y después regresó apresuradamente al castillo.

Allí la esperaban con gran impaciencia, pues ya el señor Rias había entrado en el patio, con gran sentimiento de la anciana marquesa.

—¿Pero, dónde está María? preguntaba á la señora de Fitz-Gerald, que estaba á su lado, asomada á una de las ventanas del salón. Lionel monta muy bien, y yo había dispuesto las cosas de modo

que le viese en toda su gentileza... porque la primera impresión es la más valedera... ¡Ya está aquí, y la pequeña no ha venido aún!... Mala suerte.

—Querida marquesa, repuso la señora Fitz-Gerald; ya sabe usted que hemos procurado, antes que nada, que María no conciba ninguna sospecha... Además, vuestro ahijado, me parece tan apuesto á pié como á caballo; así que nada hemos perdido.

Cuando la señorita María tuvo á bien presentarse en el salón en que estaba reunida la familia, pocos minutos antes de comer, halló al señor Rias ya aclimatado y dueño de las simpatías de la señora Fitz-Gerald y del conde Patricio. Cuando le presentaron al joven, María correspondió á su ceremonioso saludo con una leve inclinación de cabeza y como distraída. Lionel, acostumbrado á que las mujeres le recibiesen mejor, quedó algo confuso, buscando en sí mismo el origen de aquella fría acogida, y á fuerza de maquinarse en su imaginación, creyó haberlo descubierto. La señora Veyle le había enseñado su matutina correspondencia diplomática con la señora Fitz-Gerald, y aunque el proyecto, en general, le pareció bien, encontró muy ridiculo el detalle relativo á su traje. Pensó que á la señorita de Fitz-Gerald, muy perita en todo lo que al trato social se refiere, también la había chocado aquel detalle, pareciéndole risible en extremo, el que un hombre anduviese haciendo visitas en traje de campo.

Como se vé, ese antojo era una verdadera puerilidad de enamorado. ¿Lo estaba ya Lionel? En

realidad si, y antes de que se presentase la señorita Fitz-Gerald; pues si el misterio del matrimonio despierta secretos temores en los hombres de la edad del señor Rias, también les seduce y encanta. Es el desasosiego de una clase de amor, y, por así decirlo, la voluptuosidad que su vida pretérita, por fecunda que haya sido en emociones de este género, no logró nunca darles á conocer; es el espejo de un manantial cristalino, en donde el corazón y los sentidos fatigados reviven y se rejuvenecen como bajo la acción bienhechora del rocío; y es, en suma, la imagen ideal de la criatura inmaculada, como el mármol de Pígalión, en cuyo seno virginal palpitan los primeros rubores.

Vivamente impresionado por estas ideas desde hacía algunos meses, el señor Rias no tardó en enamorarse de María, que le pareció la más pura encarnación de sus ensueños; porque era, en efecto, muy linda, graciosa y flexible, con aires de ninfa pudorosa y magníficos ojos azules, bajo bien perfiladas cejas negras. Lionel advirtió con disgusto que el mármol no se caldeaba á su contacto con la prontitud que él soñó, y la actitud de la señorita Fitz-Gerald durante la comida acabó de desconcertarle, pues no hubiera podido mostrarse más indiferente delante del cara de la parroquia. Parecía tranquila y absorta, bromeando algunas veces con su prima, la señora de Lorris, y respondiendo á las preguntas de Lionel con fría urbanidad.

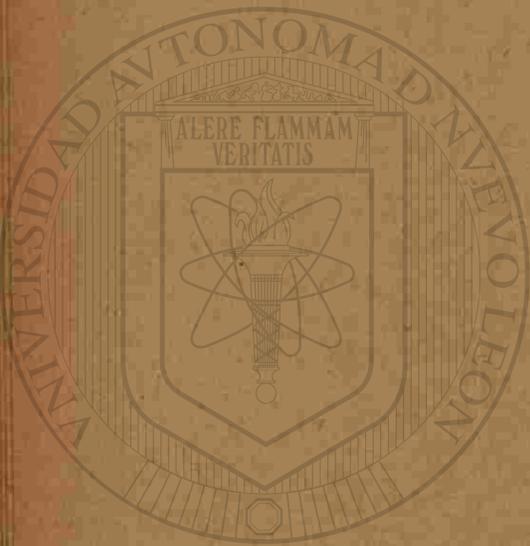
Aquel continente acabó porsobresaltar á la misma señora de Veyle, á pesar de su pericia en todos los recursos y triquiñuelas de su sexo. Al levantarse de la mesa, llamó aparte á su nuera.

—Chiquita, dijo; por un lado todo va muy bien; decididamente Lionel está enamorado de la muchacha: pero ella me preocupa; trata de inquirir lo que piensa... mas con disimulo. ¿eh?...

Momentos después se veía á las dos jóvenes primas correr y perseguirse, como colegialas, á través de los *parterres* del jardín que adornaba la fachada anterior del hotel. De pronto, la señora de Lorris echó á correr y se aproximó á una de las ventanas abiertas. é inclinando el busto dentro del salón, le hizo una seña á su madre política.

—Mamá, dijo; tranquilícese usted... María no me ha dicho nada, pero estoy segura de que lo ha adivinado todo y de que le agrada, porque me besa á cada instante.

El tren de París pasaba á las nueve, y Lionel, debiendo ajustarse fielmente al programa, según el cual debía partir aquella misma noche, se dispuso á volver al Pabellón, situado á pocos pasos de la estación. Le trajeron su caballo al patio. Era un animal de raza árabe, vivo, que empezó á hacer piernas y á barrer la arena con sus largas crines flotantes. La señorita María parecía conocerle, porque le llamó por su nombre, «¡Sahib!...» le acarició con la voz y con la mano, y le dió un puñado de hojas: por último le ofreció una magnífica rosa, que quitó riendo del seno de la señora Lorris... Estas atenciones las agradeció, mucho más que el caballo, el caballero.



III

UNIVERSIDAD DE TERCER AÑO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO GARCÍA"
Año. 1923 MONTECINCO, MEXICO

Algunas semanas después, llegaba al castillo de Fresnes, una persona que casi nunca iba por allí: era la condesa Julia de Bruce, hermana del conde Patricio. Habitaba en las cercanías de Cherbourg, cerca del mar, un hotel agreste, en donde vivía entregada a la agricultura y a hacer obras de caridad, y de donde únicamente salía en circunstancias extraordinarias de familia. Su llegada, como ella decía, equivalía a un sacramento, puesto que era infalible presagio de matrimonio, de bautizo ó de muerte.

La condesa Julia, a pesar de este nombre juvenil con que siempre la llamaban, era septuagenaria. Era una viejecilla de ademanes resueltos, que

vestía con extremada limpieza, aunque con monástica sencillez. Estaba viuda desde hacía cincuenta años, y siempre fué imposible saber qué clase de hombre había sido el conde Bruce, porque ella nunca hablaba de él, y cuando la interrogaban acerca de su larga viudez, respondía:

—Los cinco meses que estuve casada, han bastado para darme á conocer la poquisima importancia de ese divertimento.

Esto era todo lo que se sabía del conde.

La anciana llegó muy temprano la víspera del día señalado para el matrimonio de su sobrina con Lionel Rías. Este, que desde hacía algún tiempo vivía instalado en el Pabellón con su madrina, á fin de cortejar á su prometida con mayor asiduidad, estaba también en el hotel desde el amanecer, de modo que pudo ser presentado inmediatamente á la condesa Bruce, quien, después de haberle observado con gran fijeza, le dijo bruscamente:

—Reconózcame usted como una servidora...; es usted simpático y no me disgusta... ¡Esto va muy bien, muy bien!...

Después de lo cual le volvió la espalda, se sentó en un sillón y desenvolviendo un gran colcha de punto, se puso á trabajar resueltamente.

Entretanto, la señora Fitz-Gerald, sufría presa de crueles perplejidades, de las cuales habló confidencialmente con la condesa Bruce.

—Querida tía, dijo; ya que ha tenido usted la amabilidad de venir tan temprano, voy á pedirle un favor... Su presencia me redime de un grave aprieto... esperamos para almorzar á una veintena

de parientes y amigos...; tengo una porción de preparativos por hacer y de órdenes que dar... y además vigilar á mis dos enamorados... ¡Hay para perder la cabeza!... Pero, gracias á Dios, está usted aquí para relevarme... Tengo absoluta confianza en la delicadeza del señor Rías... mas, en fin, hay miramientos que importa observar... Después de la boda concluyó mi papel... pero hasta entonces, me parece altamente inconveniente que mi hija y mi futuro yerno se queden solos ni un solo instante. Hasta aquí les he vigilado sin descanso, pero hoy se los confío á usted... ¡Por Dios, cuando yo salga, no les pierda usted de vista!... ¿Me lo promete usted, no es cierto, querida tía?

Mientras ella hablaba, una sonrisita volteriana contralía las facciones marchitas de la condesa Julia, aunque indicó, no obstante, con un signo de cabeza muy acentuado, que admitía la misión que la encomendaban.

La ocasión de que cumpliera su cargo no tardó en presentarse. Terminado el almuerzo, la señora de Fitz-Gerald y su tío fueron á cumplir las obligaciones hospitalarias que les reclamaban, y la madre de la señorita Fitz-Gerald se marchó, después de haber clavado en su anciana tía una mirada expresiva y suplicante.

La condesa Julia se había instalado en el hueco de una ventana, y trabajaba afanosa en su colcha de punto, lanzando con frecuencia miradas severas á María, que ejecutaba una partitura, y sobre Lionel de Rías, que iba volviendo las hojas con aire melancólico. Los dos jóvenes murmuraban un diálogo rápido.

—¡Caballero! dijo la señorita Fitz-Gerald, sin interrumpirse y mirando de soslayo.

—¿Señorita?

—¿Qué le sucede á usted? ¿Tiene usted trazas de mártir?

—Y lo soy.

—¿Cómo?

—¿No ve usted lo que ocurre?

—¿Qué?

—¡Que estamos vigilados por un dragón. La madre de usted es inexorable!...

—Ya sabe usted que la gustan mucho las buenas formas sociales... ¿Y á usted?...

—Me agradan, ciertamente..... especialmente cuando me convienen... Pero, la verdad, su madre...

—Vamos, no hable usted mal de mi madre.

—Ya sabe usted que la adoro... Pero, francamente, creo que debía darse por satisfecha con los dos meses que nos ha vigilado y dejarnos respirar siquiera el último día... ¡Pero nada, nos entrega sin piedad á ese vigia!

—¿Verdad que es muy simpática mi tía?

—No; la encuentro muy antipática.

—¡Cuidado... que no es sorda!

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque, como es lógico, deseo decirla á usted muchas cosas...

—Hable usted... ¡Voy á apoyar el pedal!

El señor Rias se inclinaba hacia el oído de su novia para decir alguna de las mil ideas que pensaba,

cuando una mirada más penetrante y más austera de la condesa Julia, le contuvo repentinamente. La anciana dejó de trabajar y dijo clavando en su cofia su aguja:

—Acercáos, hijos míos... He oído asegurar á personas instruidas, y mi menguada experiencia del matrimonio ha corroborado esta afirmación, que lo mejor del matrimonio está en la víspera de la boda... Me parece, por ende, absurdo á todas luces, que no os dejen disfrutar hoy de entera libertad, y, en virtud de los poderes plenos que vuestra madre me ha conferido, abro las puertas de vuestra cárcel. El tiempo es magnífico. Id á pasear. Ea, hijos míos, marcháos de paseo.

Las mejillas de María se arrebolaron.

—Pero tía...—murmuró tímidamente.

La anciana, sin responder, la cogió de la mano y la condujo fuera del salón por la puerta-ventana que se abría inmediatamente sobre el parque, y Lionel la siguió presuroso, después de besar la mano de aquella hada huraña, pero bienhechora.

Cuando los dos jóvenes se encontraron al aire libre, semejantes á pajarillos, largo tiempo cautivos, que encuentran repentinamente la puerta de su jaula abierta, se quedaron maravillados de su nueva libertad y se miraron riendo, asombrados de su buena suerte. Después, la señorita Fitz-Gévald aceptó el brazo que Lionel la ofrecía.

Cuando se dirigían lentamente hácia una de las alamedas más próximas del parque, vieron que se abría una de las ventanas del piso superior del castillo.

—¡Vuestra madre!—gritó alegremente Lionel;—
¡Estamos perdidos!

Y venciendo la débil resistencia de la joven, la arrastró en una rápida carrera por la parte mas sombría de la alameda.

Bien pronto llegaron á la primera encrucijada del parque, donde se detuvieron para cobrar alientos; la señorita de Fitz-Gérald estaba cada vez más satisfecha de aquella peregrina travesura, y aferrada del brazo de Lionel le interrogaba con voz anhelante y haciendo lindas muecas de espanto.

—¿Cree usted que nos han visto?

Siu duda alguna.

—¿Mi madre?

—Temo que fuese ella.

—¿Y qué piensa usted que hará?

—¡Qué dará parte á la policía!

Y los dos enamorados se echaron á reir.

—¡Escuche usted!—dijo la joven de pronto;—
¡Oigo pasos!

Rías prestó atención.

—Seguramente, alguien viene... Somos perseguidos... ¿Qué le parece á usted, señorita? ¿Nos rendimos?

—¿Ya?...—preguntó ella.

En aquel momento, un ruido de pisadas más cercanas, les hizo huír como dos corzos, internándose al azar en un sendero de caza que culebreaba á través de la maleza. Siguieron por aquel camino rápidamente y durante algún tiempo, y Lionel, que iba delante apartando las ramas y los hierbajos

que embarazaban el paso, se volvía de vez en cuando sonriendo para mirar á su prometida que también le sonreía. De repente, María le vió detenerse y mirar con precaución. Estaban á pocos pasos de una de las avenidas del parque á donde desembocaba el caminito.

—¿Qué hay?—preguntó timidamente la señorita de Fitz-Gérald;—¿Vé usted algo?

—¡Chitón!... ¡Veo á vuestro tío!... Le envían, probablemente, para prendernos... Va buscando á derecha é izquierda. Viene hácia aquí... ¡pronto, escóndase usted!

Había cerca de allí un grupo formado por dos ó tres encinas añejas cuyos troncos, cubiertos de yedra, estaban casi reunidos. Lionel se recató tras los árboles, mientras la joven se arrodillaba precipitadamente sobre el musgo que tapizaba las raíces. Así permanecieron algunos minutos: él de pié, con un dedo sobre los labios y mirándola; ella palpitante, acurrucada á sus piés como una niña, y contemplándole con dulce semblante embellecido por el placer, la ternura y la inocencia.

El conde Patricio, entretanto, comisionado, efectivamente, por la señora Fitz-Gérald de poner término á aquella entrevista inconveniente, miraba distraídamente en torno suyo, como hombre que cumple un deber en cuya capital importancia no cree. Aún se detuvo para escuchar por última vez, y después se resolvió haciendo con la cabeza y, con la mano un gesto que indicaba su propósito de no seguir la pista. Un instante después habia desaparecido.

Convenido Lionel de esta feliz determinación se la comunicó á la señorita Fitz-Gérald y ambos salieron á la alameda.

—¿Y ahora, caballero,—dijo ella,—qué vamos á hacer?

—Sigamos hácia adelante... solos, bajo el cielo azul... ¿No le parece á usted delicioso?

—Sí, delicioso,—repuso María;—le voy á enseñar á usted los sitios que más me placen... Sígame usted, caballero, sin temor...

—Realmente, no sé si tenerlo,—dijo Lionel,—porque estoy seguro de que va usted á perderme.

—No, esté usted tranquilo.

Lionel siguió á la graciosa niña que avanzaba de nuevo á través de los matorrales con la flexibilidad de una culebra. Llevaba unas zapatillas con hebillas de plata y tacones altos que no eran muy idóneos para andar por el bosque y que, no obstante, desempeñaban su oficio á maravilla. Lionel miraba con extraordinario interés aquellas menudas zapatillas, que se posaban en el suelo y tornaban á levantarse con elástica firmeza, despreciando los obstáculos, evitando las raíces, rompiendo los hierbajos y ocultándose á veces entre las hojas secas para reaparecer enseguida triunfantes.

Llegaron al borde de un arroyo que tenían que atravesar por un dique de gruesas piedras cubiertas de musgo húmedo y escurridizo. La señorita Fitz-Gérald atravesó el vado como un pájaro; pero Lionel fué menos afortunado, deslizósele un pié en mitad del camino y no pudo evitar una leve remojadura, que hubiera sido completa si María no se

hubiese apresurado á tenderle una mano desde la otra orilla, mientras los ecos del bosque resonaban con sus alegres carcajadas.

La joven le fué conduciendo así de aquí para allá, por valles y prados, deteniéndole delante de sus sitios predilectos, y ante las perspectivas risueñas ó salvajes que más cautivaban su imaginación juvenil, y á casi todas las cuales había bautizado con nombres simbólicos. Allí estaban la *Sala de baile*, que era una esplanada adornada de un modo extraño con enredaderas que parecían girándulas; después la *Capilla de la ermita*, no lejos de la *Rotonda de las hadas*. Del género trágico la joven le hizo admirar la *Charca criminal*, viejo estanque de agua cenagosa que parecía esconder, en efecto, algún misterio siniestro bajo su oscura superficie; y, finalmente, el *Puente del secreto*, así llamado porque se le suponía cómplice de la *Charca criminal*.

Estos episodios insignificantes servían de tema á sus alegres conversaciones y á sus discusiones alocadas, infantiles é indignas de pasar á la historia, pero que divertían grandemente á los dos jóvenes enamorados; porque cuando el piano está pulsado por el amor, lo de menos es la tonadilla, pues con tan delicioso acompañamiento cualquier música tiene melodía.

Por fin María miró su reloj y lanzó un grito de espanto al ver que habían trascurrido cerca de dos horas desde que salieron del hotel.

—Volvámonos, ya, caballero,—dijo.

—Es lástima—exclamó Lionel.

—Sí.

A pesar del suspiro con que acompañó su respuesta, emprendió la retirada por el camino más corto: conforme se aproximaban al hotel iban quedándose silenciosos, y ya su conversación no tenía la alegre frivolidad de antes. Entonces estaban en la terraza de carpinos que festoneaban el camino.

—¡Dios mío!—murmuró Lionel,—qué emoción y qué intranquilidad sentía yo la primera vez que pasé por aquí.

—¿De veras?... ¿Y, por qué?

—Porque temía no gustarle á usted... y acerté, porque, realmente, no la agrado mucho.

—¿Cómo?... Pues, me parece...

Y remató la frase con una mirada y una sonrisa.

—Sí, después se resignó usted... pero confiese que al principio la disgusté bastante...

—¿En que se funda usted?

—Su recibimiento. Ni siquiera me miró usted...

—Porque ya le había visto.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Aquí—dijo ella indicando el camino.

—¡Hola! Tan joven y ya tan pérfida...—replicó Lionel estrechando apasionadamente el brazo que se apoyaba sobre el suyo.

María agregó después de una pausa:

—¿Cree usted que es verdad lo que ha dicho mi tía, que la víspera de la boda es lo más exquisito del matrimonio?...

—Ahora estoy á punto de creerlo,—respondió Lionel emocionado,—pues me parece imposible que haya una hora más dulce que ésta.

—Eso digo yo también... pero, ¿no seremos siempre, amigo mío, tan dichosos como ahora?

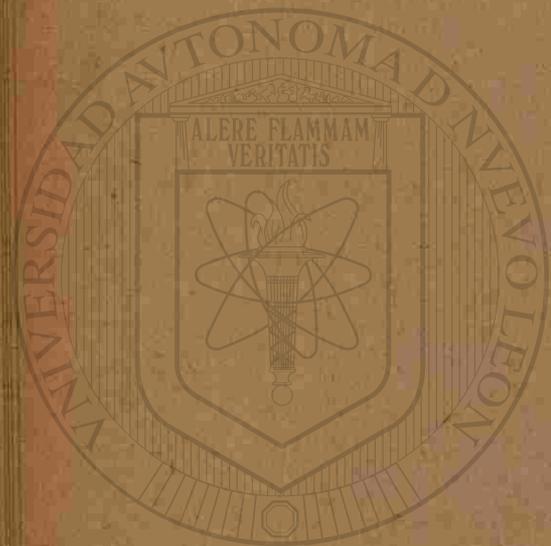
El joven se detuvo y repuso conmovido cogiéndola ambas manos y mirándola á los ojos:

—Para eso basta amarla á usted, María: sí, seremos dichosos... ¡la quiero á usted tanto!

Su voz se enterneció completamente.

—¡Te quiero con toda mi alma!—añadió.

Y la atrajo hácia sí lentamente; ella bajó los ojos, su rostro, alterado repentinamente, adquirió una expresión grave y presentó su frente pura y pálida al joven, que la oprimió largo tiempo bajo sus labios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO MARTÍNEZ"
IV
Edo. 1625 B. G. P. A. M. E. N. D. O.

Imaginar que la señora de Fitz-Gérald recibió á los dos fugitivos con reproches y explosiones de cólera, sería desconocerla en absoluto. Aquella escapatoria tan contraria á todas sus ideas relativas á las conveniencias sociales, la dejó estupefacta, pero el colmo del mal gusto hubiera sido exagerar su gravedad, y se limitó á sonreír y encogerse ligeramente de hombros cuando vió á los culpables.

—Sois muy ridículos, hijos míos—dijo;—se portan ustedes como dos novios de pueblo.

—Mamá,—repuso María abrazándose á su cuello,—hemos obedecido á la tía.

30154

—Pero tu tía, querida, tu tía, ya lo debes de saber, es hirsuta... No está acostumbrada á vivir en sociedad; tu tía, en fin, es una mujer de los bosques.

Desde el mediodía hasta la noche, reinó en el hotel una animación extraordinaria. Los diversos trenes de París llegaban continuamente trayendo señoritas, parientes, amigos y testigos, que acudían cargados con sus equipajes. El interesante rodar de los coches en el patio, los saludos de bienvenida, las risas de las jóvenes y los gritos de los criados que subían y bajaban los baules por las escaleras, todo forma una confusión y un barullo indescriptibles. La señora Fitz-Gérald y su hija, secundadas por el conde Patricio, se ocupaban en recibir á sus huéspedes y en guiarles por el dedalo de corredores hasta dejarles instalados en sus respectivas habitaciones. Lionel, en cuanto su situación se lo permitía, prestaba su concurso con cortés afabilidad, aunque para sus adentros le pareciese que aquella fiesta sólo ofrecía un mediano interés. Solamente una persona permanecía ajena á todo aquel movimiento, y era la condesa Julia que, sentada siempre delante de la ventana, continuaba sus labores con imperturbable serenidad.

A tan tumultuoso barullo sucedió bien pronto el suave roce de los vestidos de seda arrastrados por los pasillos y las escaleras. Una comida régia reunió á todos los invitados en una vasta galería rodeada por un marco odorante de verdura y de flores; y luego pasaron de la galería al salón animados por ese buen humor expansivo y esa reciproca

simpatía que son, en todas las clases sociales y bajo todas las latitudes, las consecuencias obligadas de una comida confortable.

Mientras se bebía el café, la señorita de Fitz-Gérald se creyó en la obligación de presentar particularmente á su prometido á dos mujeres jóvenes, la duquesa de Estrény y la señora de Chelles, que eran, como la señora de Lorrís, primas suyas y amigas de la infancia.

La señora de Chelles, reidera, petulante y de descocados ademanes, tenía en aquel momento en el fondo de sus ojos negros, una expresión singular de profundo ensimismamiento.

—Querida,—exclamó con su voz brusca y dirigiéndose á la señorita Fitz-Gérald;—la primera vez que vaya á los *Bouffes Parisiens* ó al *Palais-Royal*, iré contigo. Quiero conocer tus primeras impresiones... Es muy gracioso, ya verás... Yo me casé, principalmente, por ir á esos teatrillos.... Pero ya empiezo á cansarme de ellos, porque mi marido me lleva continuamente.

—Me parece que no debe usted quejarse, querida mía,—dijo el señor Chelles que intervino atusándose su bigote azafranado.—Yo tengo un sistema,—añadió sentenciosamente, pues era de esos cuya gravedad aumenta con el vino;—mi mujer comparte todos mis placeres; no soy egoísta... Asocio á mi mujer á mis gustos... Me divierten los teatrillos en que se dicen chistes pícaros... y llevo á mi mujer conmigo. Soy aficionado á las carreras de caballos... pues con mi mujer. Asisto al baile de La Opera... con mi mujer cogida del brazo.

Voy á cenar con algunos amigos después del baile... no importa, mi mujer cena con nosotros.... Una mujer debe ser el camarada de su marido.... ¡Ese es mi sistema!

—¡Válgame Dios!—dijo la señora de Chelles;— es usted un mentecato con su sistema... ¡Me pierde usted, amigo mío!... Y eso que no le tomo en consideración...

Y le volvió la espalda, lanzando una carcajada.

La duquesa de Estrény era rubia, flexible y elegantísima, con unos ojos llenos de languidez y aún de melancolía. Estaba triste porque su marido el duque, que indudablemente la amaba, no la amaba románticamente. Cuando su prima le presentó al señor Rias, le miró con expresión de doloroso interés, y luego exclamó abrazando á la señorita Fitz-Gérald:

—¡Caballero, quiérala usted mucho!...

—¡Sí!—exclamó simultáneamente detrás de ellos una voz sonora y jovial;—pero, ¡diablo! amadla á todo trapo... Ahí está todo. Hágalo usted así, querido Lionel,—agregó el duque de Estrény, que era un hombre guapo y de atlética apostura;—hay que amar á las mujeres románticamente ó no casarse... Esta pobre duquesa se desespera conmigo porque no canto trovas, al pié de su ventana ni escribo versos... ¡Pero, Dios santo, si yo no sé escribir versos!... ¿Qué quiere usted?... Así nací; no sé escribirlos...

Y recalcaba estas palabras con ahinco, como queriendo significar que, aunque no fuese poeta, se consideraba prosista de los más distinguidos,

Durante esta parrafada la duquesa se quitaba los guantes y ajustaba sus sortijas con absoluta indiferencia; y cuando el duque concluyó de decir sus alegres ocurrencias, se volvió tranquilamente hácia la señorita de Fitz-Gérald, preguntando:

—¿Vamos?

Las dos se dirigieron al piano. La duquesa empezó remediando la indignación de su alma con un diluvio de escalas cromáticas, y enseguida los compases de un vals ejecutado á cuatro manos, resonaron bulliciosamente en el salón, haciendo palpar el corazón de las jóvenes invitadas.

Poco después fué Lionel á sentarse junto á la marquesa de Veyle, que asistía con aire triunfal á aquella fiesta de familia.

—Querida madrina,—dijo el joven con gravedad:—¿tengo tiempo aún de arrepentirme?

—¿Cómo de arrepentirse?—gritó la marquesa saltando de su sillón;—¿está usted loco, hijo mío?

—Lo estoy, seguramente, por la señorita de Fitz-Gérald.

—Pues entonces, ¿qué quiere usted decir?

En aquel instante Maria pasó valsando por delante de ellos, é inclinándose rápidamente y sonriendo, murmuró en voz baja:

—¿Qué está diciendo, señora?

—Que está completamente loco por ti.

—¡Oh, qué excelente locura!—exclamó la joven alegremente tornándose á lanzar en el torbellino del baile.

—Nunca,—continuó diciendo Lionel—he podido apreciarla como hoy. Es buena, sencilla, tierna y

recatada... ¡Es una criatura encantadora, un ser angelical!...

La señorita Fitz Gérald, comprendiendo, que seguían hablando de ella, detuvo por segunda vez á su pareja.

—Y ahora, ¿qué está diciendo?—preguntó á media voz.

—¡Dice que eres un ser incomparable.

—¡Está verdaderamente loco!—dijo la joven.

Y volvió, radiante de contento, á los brazos de su pareja, que sonreía galantemente aunque nada de aquello le divertía.

—Y, no obstante—prosiguió Rias—ésta noche me hallo acosado por ideas siniestras.

—¿Qué ideas, amigo mío?

—He advertido un detalle espantoso. Tenemos entre nuestros invitados seis ó siete matrimonios que no han sido escogidos apropósito, si no que son como la generalidad... y no hay uno solo que no esté malquistado y desunido... Mire usted á su alrededor; la desafío á que me desmienta.

La anciana marquesa lanzó una mirada por el salón y repuso haciendo con los labios un esguince burlón:

—Es cierto que no está aquí la flor y nata de los matrimonios.

—Pues bien, yo me digo... lo digo con amargura, que todos esos individuos ó por lo menos, la mayor parte, se habrán amado como la señorita Fitz-Gérald y yo nos queremos; que habrán gozado en el día víspera de su boda, de horas tan abastadas de esperanzas y de encantos como las nuestras, y

concluyo que debe de haber en nuestra civilización, y particularmente, tal vez, en nuestra sociedad, causas generales que alteran la esencia del matrimonio, infiltrándole un germen nefando.... que esteriliza por anticipado las disposiciones más generosas y sinceras, convirtiendo casi infaliblemente en una institución de odio y de luchas, lo que debió ser una institución de paz y de amor... ¡Y no podéis dejar de confesarme que estos pensamientos son terribles para un hombre que se casa mañana!

—Pero, Dios mío, no busque usted imposibles, hijo,—exclamó la marquesa:—no existen esas causas generales, ni ese germen fatal... no hay nada de todo eso... Ya he tenido el honor de decírselo á usted en otra ocasión: hay malos maridos y nada más.

—¡Es que yo rechazo vuestra teoría por demasiado absoluta!—gritó Lionel.

—Permítame usted, amigo mío... Examinemos á todos esos maridos, se lo ruego á usted... Ahí tiene usted, en primer lugar, al duque de Estrény... Seguramente es un hombre simpático... y hasta si quiere usted, confieso que es buen marido... pero es un soberano badulaque. Su esposa es joven delicada y sentimental como el rocío... y él es un cerrajero... un verdadero cerrajero... que no deja de mofarse de su inocente manía romántica... Pues bien; la mortifica, la exaspera... y ya verá usted cómo ella concluye por encontrar alguno que la comprenda, eso es indiscutible... ¿Y, quién tendrá la culpa?... Examinemos ahora á Chelles, ese chisgaravis...

—¡Oh, de Chelles no hablemos!—exclamó Lionel;—trata á su mujer como á un amigo... ¡es un tonto!

—Y van dos—dijo la marquesa;—pues los otros son muchísimo peores. Usted sabe que el señor de Eblis ha empezado por hacer que su querida presente en sociedad á su mujer... ¡Buen modo de empezar! Allí tiene usted otro cuya sórdida avaricia ha obligado á su mujer á recibir toda clase de expedientes, de deudas y la secuela que esto trae consigo. Ya lo sabe usted, si acaso lo ignoraba.... Charny, por el contrario, no es avaro... y acaba de regalar á no recuerdo qué atriz de *Varietés*, un tronco de caballos tasados en veinticinco mil francos, mientras los de su mujer valdrán tres mil, á lo sumo... Y estad seguro de que la infeliz encuentra á la otra todos los días en el bosque de Bolonia, papeloneando aquel boato cuya procedencia conoce... El señor Lastère es un hombre sério, demasiado sério...; quiere ser ministro y se ocupa de economía política; pero como su mujer no entiende nada de eso, la menosprecia y abandona... En cambio se compadece de ella, y la envía todos los amigos que encuentra en el *boulevard*: «Vaya usted á visitar á mi mujer... vaya usted á acompañar á mi mujer... vaya usted á oír cómo toca el piano mi mujer»... etc. Ese pobre Laumel tiene aficiones más pacíficas; es modesto, tímido y desconfía de sí mismo...; tiene miedo de las actrices, de las mujeres de mundo y hasta de su esposa... pero en cambio se atreve con las criadas de su casa... con ellas se consuela... De suerte, amigo mío, que debe usted tranquilizarse.

—¡Dispéñseme usted, ahora menos que nunca!—repuso Lionel riéndose, apesar suyo, de aquella despiadada enumeración.—En primer término me cuesta mucho trabajo creer que las consortes de esos caballeros sean todas candidas víctimas irresponsables de las maldades de sus maridos... Pero, aún suponiendo que así sea, dificulto que haya ningún hombre que pueda lisonjearse de no ser juzgado desfavorablemente por usted... pues, á juzgar por lo que dice, el que no es malo, es torpe... ¿Y cuántas clases hay de torpes?

—Hay cien mil, amigo mío—dijo la marquesa—y especialmente una, que consiste en quintesenziar las cosas filosofando con su vieja madrina, en vez de ir á bailar con una mujer que lo está deseando.

Esta sapientísima indicación determinó al señor Rías á cumplir con una obligación que era su mas grato placer, y bien pronto olvidó las enfadosas preocupaciones que momentos antes le habían obsesionado bajó las miradas de los azules ojos de su prometida.

El día siguiente, que era el elegido para la celebración del matrimonio, fué insoportable para Lionel. Poco tiempo antes el joven había insinuado tímidamente á la señora de Fitz-Gerald, su deseo de que el matrimonio civil y religioso se efectuase á las seis de la mañana ó á media noche, y en la mayor intimidad. Pero la señora de Fitz-Gerald rechazó esta proposición, considerándola como una excentricidad salvaje que hubiese dado á la boda de su hija una especie de carácter clandestino in-

conveniente, y el matrimonio se verificó á medio-día, á toque de campana y con gran regocijo del público; y el pobre Lionel tuvo que soportar la curiosidad de la multitud, los abigarrados colorines de los cocheros vestidos con libreas nuevas y de los caballos enjaezados, y toda esa aparatosa baranda, á la vez brillante y vulgar, de los casamientos.

Durante la religiosa ceremonia, que fué lo único que agradó y conmovió al señor Rias, advirtió éste un hecho que podía justificar las teorías de su madrina. Entre los concurrentes, la mayoría de los hombres afectaban actitudes distraídas, indiferentes ó un tantico irónicas; mientras las mujeres tenían un fervor apasionado y permanecían arrodilladas en sus sillas, sumidas en un misterioso recogimiento; algunas lloraban y todas parecían recordar angustiadas que también hubo en su vida una hora como aquella, pura, plétórica de confianza, de grandes esperanzas y de dulcísimos juramentos que hubieran deseado cumplir.

Al principio habían pensado en concluir la fiesta marchándose inmediatamente los recién casados á Escocia ó á Italia, pero la señora de Fitz-Gerald rogó á su yerno que no se llevase á María tan pronto y Lionel, que era demasiado parisinopara que los viajes le agradasen, accedió gustoso, á esta petición.

Fuerza es confesar que al día siguiente se arrepintió, cuando tuvo que presentarse en el salón á la hora del almuerzo delante de una docena de amigos y parientes que aún quedaban en el hotel.

En casos tales, aún los hombres más corridos, no saben qué hacer: la sonrisa es torpe, la risa extemporánea, ridículo el abatimiento y el aire de triunfo, grosero. El aspecto habitual es el mejor, pero es imposible conservarlo.

En cambio la señora de Rias tenía el diabólico aplomo de las recién casadas, y sirvió el té como de costumbre, sonriendo dulcemente, con expresión plácida y limpidos ojos.

Aquella misma mañana se fué del hotel la condesa Julia. Una vez en el coche se despidió de su sobrina y después de abrazarla deslizó en su oído esta prudente máxima:

—Acuérdate siempre, pobre niña mía, de que la mujer nació para sufrir... y el hombre para que le sufran.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROSALES"
V
Aedo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Después de pasar en Fresnes dos ó tres semanas, entregados á los encantos de su mútuo amor, los recién casados fueron á establecerse en París, en un hotelito de Lionel, situado en la calle *Vanneau*. La señora de Fitz-Gerald, regresó á su casa de la *Chansée d' Antin*, pues, aunque estaba un poco lejos de su hija, no quiso dejar aquel barrio, cuya tranquilidad siempre estaba ponderando, porque *Saint-Germain*, con su relativo sosiego, la recordaba la paz de los campos que tanto odiaba.

Corrían los primeros días de Febrero del invierno siguiente, y la luna de miel continuaba brillando sin intermitencias y con sus más suaves res-

plandores en el cielo del joven matrimonio, cuando una mañana la señora de Rias mandó llamar á la madre valiéndose de un billetito misterioso. La señora de Fitz-Gerald acudió sin demora á la calle de *Vanneau*, y después de una larga conferencia con su hija fué á ver á Lionel, que estaba trabajando en su despacho: tenía los ojos humedecidos pero el semblante radiante de satisfacción.

—Amigo mío, dijo con acento conmovido. Maria está algo indispuesta, pero no se alarme usted, que el caso no reviste gravedad ninguna: cediendo á esa timidez natural en las jóvenes, no se atrevió á decirselo á usted... En fin, querido amigo, vaya usted á abrazarla.

—¿Cómo, señora! exclamó Lionel. ¿Será cierto?

—Sí, bésela usted... así se animará...

—Pero, repuso el señor Rias, ¿sufre, está preocupada?...

—¿Qué quiere usted que la preocupe, amigo mío?... Está contenta y disfruta de excelente salud; pero, qué diantre, es un fenómeno que siempre sorprende á las muchachas que por primera vez... ¿verdad?... vamos, vaya usted á abrazarla...

Lionel se dió buena prisa en cumplir tan grato deber, mientras la señora de Fitz-Gerald se paseaba lentamente por la biblioteca, enjugándose suavemente con su pañuelo que embalsamaba el aire con exquisitas esencias.

Algunos minutos después, se reunían en el comedor tres personas completamente felices. La señora de Fitz-Gerald, orgullosa de su hija, la

contemplaba enternecida; la señora de Rias, envanecida secretamente de sí misma, estaba en un estado encantador de confusión y de contento, y Lionel admiraba á su mujer, que le parecía más interesante aún bajo aquella nueva fase de joven madre en capullo.

El feliz acontecimiento que acababan de comunicarle oficialmente, causaba también al señor Rias otras varias satisfacciones: porque no solamente halagaba su legítimo orgullo de familia, sino que despertaba en su corazón al mismo tiempo las expansiones de una generosa sensibilidad y le inducía á suponer que así concluiría aquel primer periodo del matrimonio, que soportaba de buen grado y que ya empezaba á fatigarle. Este periodo lo consagró, como era natural, en divertir á su mujer, y especialmente á los placeres mundanos, que tienen para una recién casada la seducción del fruto prohibido. Lionel la había llevado á los teatros con su prima la señora de Chelles, y dejado saborear hasta el alba las embriagueces del cotillón, y permitido entregarse á los fatigosos placeres de la caza, y festejándola y mimándola, en suma, como hombre galante y enamorado. También la acompañó en sus visitas de boda, aunque el círculo aquel le pareció demasiado extenso.

Entre estas obligaciones y devaneos, había muchos de los cuales el señor Rias ya no gustaba, según acontece en casi todos los hombres de su edad. Eran muy raras las visitas que hacía por cuenta propia, resignándose con las más necesarias ó escogiendo las más agradables. En otros

tiempos había sido un entusiasta director de cotillones, pero entonces apenas comprendía que hubiera encontrado recreo en divertimento tan pueril; y las reuniones mundanas, especialmente aquellas en que se bailaba, llegaron á serle de todo punto insoportables. Las noches las pasaba en el círculo, ó entregado al estudio, y cuando iba al teatro era como *dilettanti* estragado; esto es, detrás del telón. Reanimado por el vigoroso empuje de la pasión que le inspiró su joven consorte, había readquirido momentáneamente algunas de las aficiones de su primera juventud. Esta fase culminante del matrimonio había formado parte, ciertamente, de su programa, pero no quería que fuese crónica y ya empezaba á discurrir los medios de disponer y apaciguar su vida conyugal, cuando la feliz indisposición de su esposa vino á resolver el problema con providencial oportunidad.

Algunos celos le asaltaban aún. Temía que su mujer, atajada en sus primeros ímpetus, en el apogeo de las diversiones mundanas y en el rigor del invierno, se rebelase contra el destino y hasta quisiera imponérsele. Pero acerca de esto se engañaba, porque si él tenía su plan también su mujer había trazado el suyo, en el cual figuraba el nuevo acontecimiento, complemento previsto y hasta deseado de su dignidad de mujer casada, porque la joven siempre había sospechado aquella cuna en el fondo de su canastillo de boda. Lejos de encubrirse á sí misma ó á los demás sus esperanzas de maternidad, las puso, por el contrario, de relieve, recreándose en ir enumerando los síntomas

con inocente orgullo. Renunció gustosa á las salidas nocturnas, y recibió, desde aquel momento, con bata, á todas sus visitas, extendida en una anaclintera y afectando prematuras languideces.

Todos estos síntomas tranquilizaron al señor Rías y aquella completa y dulce resignación le convenció de que había encontrado en la señora de Fitz-Gerald el ideal soñado y que es, generalmente, el tipo ambicionado por el sexo fuerte: una mujer de su casa.

Muy satisfecho del presente, Lionel miraba con fiadamente hacia el porvenir. ¿Qué causas podrían perturbar, en lo sucesivo, un enlace cuyo bienestar parecía reforzarse con cada nuevo día? Por parte de su esposa no había nada que temer; durante los meses que llevaban casados tuvo tiempo holgado de conocerla bien. Era buena y leal, todos sus instintos eran sanos y estaban robustecidos por la educación y el ejemplo de una madre de intachables costumbres; y además, quería á su marido y reunía todas las condiciones para ser amada: hermosura cabal y finísimo trato. Solo tenía un defecto; la insuficiencia manifiesta de su cultura intelectual: en diversas ocasiones Lionel pudo advertir que los conocimientos históricos y literarios de su mujer, eran muy escasos; pero, aún en su misma ignorancia había algo encantador, y el señor Rías se divertía grandemente con aquella erudición fantástica.

En cuanto á sí mismo, nunca pudo averiguar si sería ó no capaz de cometer los errores atribuidos á otros maridos, únicos responsables de sus des-

gracias. Sin exagerar sus buenas cualidades personales, se conocía bastante bien y tenía confianza en su virtud; era digno de que una mujer le quisiese, é indudablemente él había logrado conquistar el corazón de la suya: ¿qué faltas ó qué torpezas podrían despojarle de aquel cariño? Seguramente no se estrellaría contra obstáculos vulgares, ni tampoco encontraba meritorio el evitarlos, puesto que ninguna de aquellas torcidas aficiones le atraía. No era tacaño y había arreglado espléndidamente la pensión de la señora de Rias y el presupuesto de su casa. Tampoco era hombre que desmoralizase á su mujer llevándola á cenar á los gabinetes reservados. No estaba ciego y sabría alejar de su hogar las intimidaciones peligrosas, en vez de atraerlas como tantos otros; y como tenía mucha experiencia y amaba lealmente á su mujer, no sentía barruntos de atormentarla con ofensivas rivalidades. En suma; que tanto por su parte como por el de la señora de Rias, solo veía probabilidades firmes y valederas de una unión apacible y sólida.

Con estas lisonjeras ilusiones se dedicó alegremente á organizar su nueva vida, tal como él la comprendía.

Aunque hombre de costumbres mundanas, también tenía el señor Rias grandes aficiones al estudio: era abogado y atesoraba instrucción vastísima. Sirvió en otro tiempo con éxito notable en la carrera diplomática, pero luego renunció á su profesión para ir á vivir con su madre, que había envejecido. Para distraer una inacción que le aburría

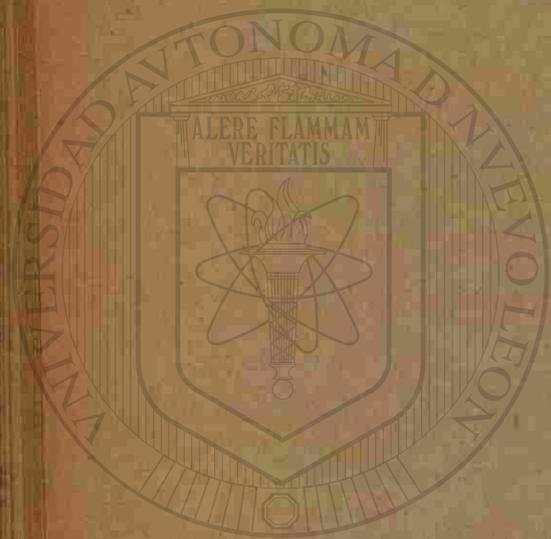
y mortificaba, emprendió con el mayor misterio una obra literaria que le enaltecía á sus propios ojos hasta que le honrase públicamente: era una historia de la diplomacia francesa en el siglo XVIII. Lionel se había propuesto continuar asiduamente aquel interesante trabajo, interrumpido reiteradas veces por los divertimientos de su vida mundana, el día en que el matrimonio regularizase mejor su existencia embelleciendo su hogar. Aquel día había llegado y Lionel cumplió su palabra invirtiendo muchas horas en recorrer los archivos de negocios extranjeros, recogiendo materiales que luego clasificaba y ordenaba en su biblioteca. Para amenizar su trabajo el señor Rias se reconcilió con algunas costumbres que habían llegado á serle casi indispensables, y que, á su juicio, se armonizaban perfectamente con el matrimonio. Conocedor de las bellas artes y gran aficionado á los diversos géneros de *sport*, gustaba de estudiar la vida parisina en sus múltiples y continuas manifestaciones; se complacía en estar al corriente del último acontecimiento, y estas novedades las buscaba, lo mismo en las tertulias de su casino que en las tribunas de las carreras, ó entre los bastidores de los teatros.

Su mujer, entre tanto, reclinada en su anaclitona, le esperaba poseída de dulce impaciencia; él que la amaba con un afecto leal y profundo, tornaba á verla llena de contento, convencido de que aquella mujer colmaba sus más ambiciosas esperanzas; y siempre que entraba en su casa veía un rostro dulce que le daba sonriendo la bienvenida, una mujer solícita que cuidaba de evitarle hasta

las molestias más insignificantes de su vida material, una chimenea siempre encendida, flores siempre frescas y un asilo seguro contra las horas de cansancio y de hastio... En una frase: el hechizo de un hogar tranquilo, adornado, apacible, que dulzura las arideces de su trabajo y embellecía sus distracciones caseras. Era, en fin, el matrimonio ideal que el señor Rias, lo mismo que otros muchos hombres, había soñado.

Prescindiendo de los temorcillos naturales, el tiempo, que la señora de Rias pasó recostada en su anaclítera fué delicioso, tanto para ella como para su marido. La joven estaba muy atendida y obsequiada; sus aristocráticas primas las señoras de Lorris, de Chelles y de Estreny, la referían las noticias más salientes de París. Su madre se separaba de ella únicamente para recorrer los almacenes buscando los objetos que habían de formar la futura canastilla, y que desde luego sometía á la aprobación de su hija. La anaclítera y el suelo del gabinete estaban cubiertos continuamente de batistas, franelas, encajes, cintas y gorritos caprichosos. Las señoras de Lorris, de Chelles y de Estreny, discutían todo aquello validas de su experiencia, y el señor Rias, que volvía á su casa á la caída de la tarde, aumentaba con sus ocurrencias el contento de aquel círculo de simpáticas matronas. Llegaba, generalmente, con las manos y los bolsillos cargados de cajitas, saquitos y paquetitos misteriosos; y cuando enseñaba todo aquello los circunstantes admiraban las alhajas, y comían los dulces y se repartían las flores. Era una fiesta.

La llegada de la condesa Julia á fines de Agosto, imprimió al cuadro cierta gravedad. Algunos días después se la vió en la iglesia de Santa Clotilde, teniendo sobre la pila bautismal al niño Luis Enrique Patricio de Rias. A la mañana siguiente salió, con sus labores de punto, hacia su hotel de las cercanías de Cherbourg.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



VI

La señora de Rias se repuso con una prontitud que honraba mucho su constitución, y no tardó en reaparecer por el *boulevard*, en todo el apogeo de su arrogante maternidad, y acompañada por una nodriza provenzal cuyos magníficos ojos negros y singular indumentaria, cautivaban la atención de los transeúntes. Lionel había deseado mucho que su mujer amamantase al niño, pero la señora Fitz-Gerald supo aducir, en nombre de la salud y de la hermosura de su hija, algunos de esos capciosos argumentos femeninos á los cuales los hombres no saben qué responder. Por otra parte, Lionel se congratuló de ver que María cuidaba

de su hijo con apasionada solicitud, aunque también advirtió con disgusto que aquella ocupación la permitía muchas horas de libertad. No obstante, el señor Rias siguió haciendo la misma vida que llevó durante el embarazo de su mujer, ya que no hay costumbre de que los maridos acompañen á sus esposas en sus visitas y paseos diurnos, y él se ajustó á la moda dejando á su mujer en completa libertad y conservando la suya. No ocurría, desgraciadamente, lo mismo por las noches, ni la prudencia y el buen parecer consentían que la señora de Rias hubiese andado sola de baile en espectáculo; y justamente un violento deseo, acariciado por una larga y forzosa reclusión, había despertado en la joven arrastrándola hacia este género de diversiones. París ofrecía aquel invierno un sinnúmero de placeres, y rara era la noche en que Lionel no se encontraba invitado para tres ó cuatro fiestas diferentes; mas su mujer tenía derecho, realmente, á ciertas compensaciones, y aunque apartado de sus costumbres y trabajos por esta fiebre mundana de su mujer, Rias, conformándose con su cariño y con su deber, accedía á todo satisfecho, por lo menos en apariencia. Aquella era, á su juicio, una crisis pasajera, y tal vez esperaba también que la Providencia le acudiese, como el invierno anterior, en aquel nuevo trance.

Una mañana, en efecto, después de almorzar, María, que había comido y estaba muy pensativa, se cubrió de pronto el rostro con ambas manos y rompió á llorar.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso, querida niña, qué tie-

nes? exclamó el señor Rias, corriendo presuroso á su lado.

—Nada... repuso María sollozando; no es nada... quisiera ver á mi madre...

—¿Pero sepamos qué la sucede á usted... qué tiene?...

—Nada... solo le ruego que mande llamar á mi madre...

En aquel preciso momento la señora de Fitz-Gerald, atraída tal vez á la calle Vanneau por algún vago presentimiento, entró en el comedor, y su hija la condujo inmediatamente á un salón vecino, en donde á los pocos instantes oyó Lionel un duo confuso de lamentos y sollozos reprimidos.

La situación era embarazosa para el señor Rias, que después de encogerse de hombros y de encender un cigarro, se puso á mirar distraídamente un periódico, esperando á que la entrevista terminase.

Después de media hora larga, la puerta se abrió y apareció la señora de Fitz-Gerald sola, con los ojos enrojecidos y el semblante arrebolado: prometió á su hija volver aquella misma noche, y murmuró envolviéndose en su abrigo y al pasar por delante de su yerno:

—¡Ya podía usted ahorrarse el trabajo de matar á mi hija!...

Y diciendo esto salió majestuosamente.

El señor Rias, aún en situación tan difícil, supo demostrar que era un hombre ingenioso y galante. Después de reprimir, no sin grande esfuerzo, los impulsos de su enérgico carácter, entró en la ha-

bitación de su mujer que aún continuaba lloriqueando: habló con ella seriamente, mas empleando al mismo tiempo un lenguaje tierno y regocijado, y riñéndola un poco y besándola mucho, logró convencerla de que era una mujercita digna de piedad, seguramente, pero muy querida y bastante dichosa. Cuando la señora de Fitz-Gerald volvió, les halló sentados en un sofá, el uno junto al otro, cogidos de las manos y sonriéndole á su hijo Luis-Patricio, que ensayaba sobre la alfombra sus primeros pinitos gimnásticos.

—No puede usted figurarse, querida mía, dijo Lionel alegremente á su mujer, la dureza con que su madre me trató esta mañana.

—Por Dios, amigo mío, repuso la señora de Fitz-Gerald, vencida por la escena íntima que tenia ante sus ojos, le pido á usted mil perdones... Reconozco haberme equivocado... pero realmente hay cosas inauditas... Si pensaba usted hacer de mi hija una gallina clueca, debía usted habérmelo dicho... Ahora, no obstante, parece que ella se conforma y nada tengo que objetar...

—No, esto no me agrada, mamá, dijo la señora Rias, pero comprendo que...

—Bien, bien, hija mía... si tú lo comprendes, perfectamente...

No creyó Lionel haber pagado á muy alto precio con aquel pequeño rozamiento, el reposo y la tranquilidad, que, desde aquella mañana, iba á reinar en su casa. Ya veía desarrollarse ante él una larga serie de meses tranquilos y felices, pasados en un cuadro seductor cuyo centro lo ocupaba la ana-

clíntera de su mujer. Pero aquello fué un espejismo mentiroso. No tardó en comprender que las mejores razones se gastan y que no siempre idénticas causas producen iguales efectos. La salud general de la señora de Rias se había robustecido tanto desde el año anterior, que pudo ocultar al público su embarazo. Merced á cuidados prolijos pudo seguir durante todo el invierno su vida habitual; el verano lo pasó en Trouville, cediendo á las indicaciones de un médico que no la contrariaba, y únicamente recurrió á la anaclíntera en los quince últimos días. En una palabra: que llanamente, sin demostraciones de desagrado y casi con alegría, pareció demostrar al mundo que no se ganaba mucho componiendo ciertos planes maquiavélicos.

El señor Rias, aunque seguía prendado del ingenio y gracejo de su mujer, se sintió presa de un invencible descorazonamiento. Ciertamente era muy hermosa la niña recién nacida, pero el aumento de la diminuta familia y los cuidados que necesitaban aquellos dos chicos, ¿podrían mitigar la fiebre de diversiones que tenia su mujer y retenerla en su hogar? No, no abrigaba ninguna esperanza, y hacia muy bien. La señora de Rias consagraba á sus cuidados maternos todo el tiempo necesario, pero no por ello declinaba su afición á aquel género de vida que la era tan familiar, ya que además la parecía correcto y absolutamente irreprochable.

Lionel procuró emplear algunos paliativos: impuso ciertas restricciones y para que las acepta-

son sin protesta, tuvo el buen acuerdo de hacer que su suegra le ayudase. Se trataba de una de esas rifas caritativas que suelen organizar las señoras aristócratas para divertirse improvisando tiendecillas elegantes que ellas acreditan con su hermosura, y todo ello so capa de proteger á los pobres. La señora de Rias fué invitada á figurar entre las vendedoras, y solicitó el permiso de su marido.

—¡Por Dios, hija mía! dijo Lionel, haga usted lo que quiera... Yo no deseo contrariarla, pero creo que lo mejor sería atenerse al parecer de vuestra madre. Veamos, señora, añadió dirigiéndose á la señora de Fitz-Gerald; usted, que en lo relativo á conveniencias sociales tiene un tacto tan delicado y seguro, que no hay dos como usted... ¿qué opina usted de ésta?...

—Amigo mio, dijo la señora de Fitz-Gerald grandemente halagada en su vanidad; si he de hablar francamente, no me agradan esas exhibiciones. En mi tiempo no había rifas... También es cierto que las jóvenes de ahora son más despreocupadas.

—Ya oye usted lo que dice su mamá, querida niña, repuso el señor Rias; pues bien, yo declaro que estoy conforme con su opinión, y que me dolería mucho ver el nombre de mi esposa impreso en los periódicos entre aduladores comentarios acerca de su tocado y de su belleza... En fin, no me agradaría que formase usted parte de lo que generalmente se llama, *todo Paris*... Y aún diré más, ahora que estoy oficiando de tirano, de buen grado

suprimiría de todas sus diversiones presentes ó futuras, aquellas que exponen á la mujer á esa clase de publicidad maledicente... Veo que su madre aprueba lo que digo con los ojos, y eso me anima... Quisiera suprimir las aparatosas exhibiciones en el hipódromo, las visitas furtivas á esos teatrillos en que se representan obras inmorales, la afición desmedida á los estrenos, los bailes de máscaras, las comedias de salón; y ajustándome al sano criterio de vuestra madre, todo aquello que busca generalmente vuestra prima la señora de Chelles... También desearía, si vuestra madre no se opondrá, que no intime usted mucho con esa señora de Chelles, que cada día es más extravagante... ¿No es cierto, querida señora?

—Por Dios, amigo mio, dijo la señora de Fitz-Gerald; ciertamente es una joven que se prodiga mucho... Mi hija no es afortunada con ninguna de sus primas... hago caso omiso de la señora de Lorris, que es un dechado... pero esa pobre duquesa me inquietaría mucho si yo tuviera el trabajo de ser su marido.

—¡Oh, mamá! exclamó la señora de Rias en tono de reproche; ¡deje usted á la duquesa!... Convengo en que es un poco coqueta... pero con tal suavidad... y, además, ¡me gusta tanto!

—Si la gusta tanto, dijo el señor Rias; dejémosle á la duquesa.

Y no agregó que la duquesa también le agradaba á él, como era verdad.

Después de haber ejecutado esta especie de discción en los divertimientos de su mujer, Lionel

no se sintió mucho más satisfecho que antes. En cierto sentido su dignidad y sus susceptibilidades de esposo estaban mejor guardadas, pero su independencia individual continuaba encadenada. En los límites que acababa de prescribir á su mujer, aún tenía la señora de Rias un círculo de diversiones mundanas muy grande, y forzado, como estaba, á acompañarla, iba ocultando siempre bajo su habitual apariencia de gravedad y cortesanía, un profundo fastidio.



VII

Por aquella época la señora de Rias tuvo el sentimiento de verse separada de la prima mejor y que más quería. La señora de Lorris la dejaba para ir á reunirse con su marido recién llegado de la Indo-China, y con el cual debía de pasar uno ó dos años en Cherbourg, antes de que reanudase sus excursiones marítimas. Al mismo tiempo la señora de Rias, por complacer á Lionel, iba relajando paulatinamente sus relaciones con su prima la de Chelles, en la cual tuvo, dicho sea entre paréntesis, una enemiga implacable. María cifró, pues, todos los apasionamientos de su amistad en la duquesa de Estreny, cuya graciosa languidez, dulce melancolía y refinada distinción, tenían para

ella un gran atractivo. Aquel año las dos amigas ocuparon en La Opera y en el Teatro Frances, el mismo palco. La duquesa correspondía pródigamente al cariño de su prima, cuya suerte la interesaba mucho, y solía preguntarla clavando en ella sus hermosos ojos entenebrecidos por una nostalgia eterna.

—¿Dime, querida mía, te quiere mucho tu marido?...

—Croo que sí, respondía la joven.

—Pero, ¿está enamorado realmente?

—Sí, eso parece.

—¿De suerte que nada te falta?

—No.

—¡Pobre angel mio! ¡Eres dichosa!

Y la besaba en la frente con apasionamiento maternal.

La duquesa tenía la indiscreta costumbre de inquirir la intimidad de los matrimonios jóvenes que conocía, y todos los maridos, excepto el suyo, eran objeto, para ella, de un exámen minucioso. Desmenuzaba su modo de ser, su conversación, la conducta que observaban en el seno del hogar, y en seguida entablaba comparaciones de las cuales casi siempre salía mal parado el duque. Pero éste continuaba satirizándola cruelmente por sus aficiones románticas y sus ensueños de idealidad, sin comprender que los enfermos se desesperaban y hasta tienen deseos de morir cuando oyen que se burlan de sus dolencias.

La duquesa, para protestar ostensiblemente del materialismo de su marido y sobre todo contra su

insaciable apetito, afectaba comer muy poco; hasta hubiera querido hacer creer que se alimentaba casi exclusivamente de flores y frutas, siempre estaba mordisqueando hojas de rosa y ramitos de lilas, y de las frutas solo le gustaban las más raras: conservaba en todo tiempo ananas de invierno, que ella misma cortaba en pequeñas y súbtils rebanadas y que siempre tenía á su lado, sobre un velador. El duque, con su habitual regocijada grosería, decía que su mujer se levantaba por las noches, como la glotona de los cuentos árabes, y que habiéndola seguido una vez por curiosidad, la sorprendió delante de un enorme pastel de liebre y jamón.

—¡Me asusté, añadía el duque, de lo que comía!

Todos los martes había baile en casa de la duquesa, y la señora de Rias era una de las concurrentes más asíduas. Una noche, ó por mejor decir, una madrugada, en que la joven se abandonaba sin rebozo á los placeres de un cotillón inacabable, su prima la señora de Chelles, que ya se iba, la dijo al pasar á su lado:

—Cuando quieras ver á tu marido, querida mía, le hallarás en la estufa con Sabina.

La señora de Chelles acompañó estas palabras con una sonrisa que no pasó inadvertida para la señora de Rias. No obstante, pareció agradecersele con una mirada y prosiguió bailando hasta que la perdió de vista, y entonces, fingiendo estar cansada, saludó bruscamente á su pareja y se alejó con aire de malhumor.

Atravesó dos ó tres salones que en aquel momen-

to estaban casi desiertos, y llegó delante de un cristal de espejo no azogado y que permitía, por consiguiente, ver el interior de la estufa. María escudriñó con sus miradas los grupos de plantas exóticas que llenaban el invernadero, y por sus venas circuló repentinamente una corriente de frío. Lo que vio no tenía, sin embargo, nada de extraordinario: su marido estaba sentado tranquilamente junto á la duquesa, y los dos charlaban á media voz y sonriendo; ni siquiera era animado su diálogo, porque había pausas y momentos de silencio; únicamente la duquesa arrancaba de vez en cuando algunas violetas de las que se marchitaron sobre su seno durante el saráo y las comía, y también le daba alguna que otra al señor Rias, que parecía encontrarlas muy sabrosas. Después quisieron comer algo más substancioso, y la duquesa cogió de un plato japonés un trozo de sus queridas ananas y empezó á mordisquearlo con sus blancos dientecillos; pero solo comió la mitad, porque después de titubear un momento, durante el cual Lionel debió de decir algo muy elocuente, le dió la otra mitad.

La señora de Rias, viendo la inquietante progresión de aquella poética merienda, no quiso esperar al tercer plato y entró violentamente en la estufa.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí? dijo: ¿quiere usted que nos vayamos?

—¡Tan pronto! exclamó riendo Lionel, que se había incorporado presuroso: ¡me asombra usted, querida mía!..., ¡Si apenas son las tres!...

La joven recibió ó, por mejor decir, soportó el beso de despedida de la duquesa y salieron.

En cuanto subieron al coche la señora de Rias fingió adormecerse profundamente en un rincón, y Lionel se sintió calmado agradablemente de los temores que le sugirió su conciencia turbada.

Una vez en el hotel, el señor Rias iba á separarse ya de su esposa, después de haberla acompañado hasta el tocador contiguo á su dormitorio, cuando ella le cogió por las manos violentamente y exclamó con acento conmovido y mirándole á los ojos:

—¡Qué pena tan grande!...

Después se arrojó sobre una butaca y empezó á sollozar amargamente, mientras mordía los encajes de su pañuelo.

Aquella explosión dolorosa fué tan repentina, que el señor de Rias se desconcertó: pero en seguida recobró su aplomo y aproximóse á su mujer, sentándose á sus pies en una banqueta.

—Veamos, María, dijo cariñosamente; ¿qué tiene usted, querida mía?

Y como ella continuase dando sueltas á su desesperación y sin responder...:

—¡Oh, Dios mío! añadió; ya sé de qué se trata... ¿Me ha visto usted comer las violetas de la duquesa... no es eso?...

La joven barbotó algunas palabras entrecortadas por sus sollozos:

—¡Y las ananas! exclamó.

El acento patético de la celosa niña hizo sonreír á Lionel.

—¿Y las ananas también? dijo; ¡pues ya no falta nada!

—¡Sí, mi desventura es completa! repuso ella tristemente.

—No piense usted eso siquiera, querida muñeca, contestó Lionel; tiene usted demasiada sensatez para tomar en serio semejantes chiquilladas... Ya sabe usted que eso no vale nada... sobre todo tratándose de su prima, que es una criatura espiritual que únicamente habla el lenguaje de las flores.

—¡Y de las frutas! agregó María que iba calmándose poco á poco.

—Y de las frutas, si usted quiere... no pretendo excusarla... Esas coqueterías son inconvenientes... Ha hecho muy mal en permitirselas y yo en acceder á ellas... Pero, en resumen, niña mía, ¿qué hay de extraordinario en esa historieta?

—Francamente, no lo sé, repuso la señora de Rias.

—Pues bien, querida mía, se lo voy á explicar á usted, dijo Lionel levantándose para dar mayor valimiento á su elocuencia. Le gustan á usted demasiado las diversiones, su vida y por consiguiente, la mía, es un baile perpétuo. Baila usted en París durante el invierno, y en las playas durante el verano, y en otoño en el campo... Usted no ve lo que hay de malo en ello, y esa ignorancia la honra mucho; pero fíese usted de mi experiencia: si únicamente los bailes sirviesen para bailar, no concurriría á ellos ninguna persona que pasase de los veintidos años; solo habría bailes de colegiales

y de pensionistas, y los salones se cerrarían... Pero, desgraciadamente, esas diversiones tienen otros atractivos; la sociedad se reduce á un comercio de galanterías, y en eso estriba su verdadera razón de ser. El baile es, casi siempre, la ocasión, el pretexto. Lo que los hombres buscan siempre y las mujeres algunas veces... es lo que llaman necesidad del corazón... aunque el corazón suele representar en estos lances un papel muy secundario. También puede ocurrir que ese afecto se encuentre allí, sin buscarlo, porque en el aire se respira un influjo maligno que suele ser fatal, pero es imposible concebir que un hombre, que no baila, ni juega, ni es un imbécil, pase todas las noches en un salón tres ó cuatro horas, sin sentir las malas tentaciones que engendra el hastio... De modo que, aún cuando no deje de quererla á usted más que á ninguna otra mujer, puedo caer cualquier día, sin quererlo ni procurarlo, en una infidelidad... En cuanto á usted, querida mía, la divierten mucho todavía los inocentes placeres de su tocado, de la zaragata y del baile, pero también llegará día en que la aburrirán si no encubren alguna otra distracción de mayor cuantía y riesgo... En suma: ¿quiere usted conocer el porvenir reservado á nuestro matrimonio si continuamos concurriendo á las fiestas mundanales con la asiduidad que hasta aquí?.. Se lo voy á decir á usted en dos palabras: yo la engañaré á usted y usted llorará... y me perdonará. Y usted me engañará... y yo no lloraré, ni la perdonaré.

—¡Ya no volveré más! murmuró la joven enju-

gando dos lágrimas que le arrancó, no la idea de su sacrificio, sino la sequedad con que su marido se había expresado.

—Yo no exijo eso de usted; únicamente la ruego que tenga más moderación, y que vaya usted siempre con su madre, puesto que yo desconfío justamente de mí mismo.

—¡No, no volveré nunca más! repitió la señora de Rias con profundo abatimiento.

—Piense usted en ello, querida mía, y todo lo que haga usted estará bien hecho... Buenas noches... Perdóneme usted ó, más bien, compadézcame, pues ya sabe usted que las ananas me repugnan...

Después de besarla los cabellos, se retiró.

Precisa confesar que se retiró muy satisfecho de sí mismo. Merced á una habillísima combinación hizo de su desliz una arma, y, no solamente se había librado sin grave esfuerzo de una situación difícil, sino que obtuvo ventajas. Por una parte había recobrado su libertad alegando los pretextos más dignos, y por otra se congratulaba de que, reduciendo continuamente el campo de acción de la señora de Rias, lograría aficionarla á su hogar, del cual sería eje y motor único; que tal debe ser el tipo ideal sublime de la esposa perfecta.



VIII

Al día siguiente, la señora de Rias se vistió con severa sencillez y no salió á la calle. Estuvo ejecutando ejercicios de piano y comenzó un trabajo de bordado. Por la tarde recibió la visita de la duquesa Sabina de Estreny, que llegó más lánguida que de costumbre, lo que no era extraño si estaba en ayunas desde la vispera. Las dos primas se abrazaron y besaron como de costumbre, después de lo cual la señora de Rias continuó trabajando con ahinco inusitado. La duquesa la observaba con ojos inquietos. La conversación abundó al principio en lugares comunes, después decayó completamente y el silencio solo era interrumpido por los chisporroteos del fuego y los suspiros de la duquesa.

gando dos lágrimas que le arrancó, no la idea de su sacrificio, sino la sequedad con que su marido se había expresado.

—Yo no exijo eso de usted; únicamente la ruego que tenga más moderación, y que vaya usted siempre con su madre, puesto que yo desconfío justamente de mí mismo.

—¡No, no volveré nunca más! repitió la señora de Rias con profundo abatimiento.

—Piense usted en ello, querida mía, y todo lo que haga usted estará bien hecho... Buenas noches... Perdóneme usted ó, más bien, compadézcame, pues ya sabe usted que las ananas me repugnan...

Después de besarla los cabellos, se retiró.

Precisa confesar que se retiró muy satisfecho de sí mismo. Merced á una habillísima combinación hizo de su desliz una arma, y, no solamente se había librado sin grave esfuerzo de una situación difícil, sino que obtuvo ventajas. Por una parte había recobrado su libertad alegando los pretextos más dignos, y por otra se congratulaba de que, reduciendo continuamente el campo de acción de la señora de Rias, lograría aficionarla á su hogar, del cual sería eje y motor único; que tal debe ser el tipo ideal sublime de la esposa perfecta.



VIII

Al día siguiente, la señora de Rias se vistió con severa sencillez y no salió á la calle. Estuvo ejecutando ejercicios de piano y comenzó un trabajo de bordado. Por la tarde recibió la visita de la duquesa Sabina de Estreny, que llegó más lánguida que de costumbre, lo que no era extraño si estaba en ayunas desde la vispera. Las dos primas se abrazaron y besaron como de costumbre, después de lo cual la señora de Rias continuó trabajando con ahinco inusitado. La duquesa la observaba con ojos inquietos. La conversación abundó al principio en lugares comunes, después decayó completamente y el silencio solo era interrumpido por los chisporroteos del fuego y los suspiros de la duquesa.

—¿Estás enferma? preguntó secamente la señora de Rias sin levantar los ojos de su labor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no haces más que suspirar.

—Sí.. estoy algo enferma... y también tengo deseos de llorar...

—¿Por qué tienes ganas de llorar?

—¡Qué quieres!... ¡Siempre lo mismo!

—¿Qué?

—¡Soy tan desgraciada con mi marido, que!...

—¿Que creías ser más feliz con el mío? dijo la señora de Rias levantando bruscamente la cabeza y mirando á la duquesa frente á frente.

La duquesa de Estreny, después de algunos momentos de confusión, se arrodilló á los pies de su prima y, como abismada en la amplitud de sus faldas, prorrumpió á llorar.

—¡Qué pensarás de mí! murmuraba.

—Que no eres buena amiga... ¿qué quieres que piense?...

—Te aseguro que sí, te lo aseguro... ¡Fué un raptó de locura!... Estaba celosa de tí, de tu felicidad... ¡Pero he quedado tan castigada, tan humillada!... ¡Tampoco tu marido me quiere!...

—¿Supongo que no creerás que voy á consolarte?

—Puedes vivir contenta... No quiere á nadie más que á tí.

—Pero de eso tú no tienes la culpa... ¿verdad?... Ea, levántate, Sabina... Ya te he dicho lo que pensaba, y no hablemos más de esto...

—¿Te he hecho mucho daño, María? dijo la duquesa cuyas lágrimas redoblaron.

—¡Mucho! repuso la joven que también empezaba á enternecerse.

—¡Pobre niña!

—¡Tenía tan ciega confianza en tí! exclamó la señora de Rias con voz sofocada.

—¡Dios mío, Dios mío! sollozaba la duquesa.

La escena terminó con un ruido confuso de lágrimas y besos.

Cuando el señor Rias regresó á su casa por la noche, encontró á su mujer bordando con afán.

—¡Cielos, querida mía! exclamó. ¿No me engañan mis ojos?... ¿Que está usted haciendo?

—Estoy bordando un cuello para mi madre.

—¡Ah!... ¿Es un cuello para su madre?... Es muy bonito... Hace usted muy bien estas cosas; yo no sabía que atesoraba usted esa habilidad... ¡Y qué adelantado está!... ¿Ha estado usted trabajando todo el día?...

—Todo el día.

—¿Cómo... no ha salido usted?

—No.

—¿No ha ido usted al Petit-Saint-Thomas?

—No.

—¿Ni al Trois-Quartier, ni al Louvre?

—Tampoco.

—¿Ni á casa de Guerre?

—No.

—¡Pero esto es que el mundo se acaba! exclamó Lionel recompensando á su mujercita con un beso que la pareció exquisito. No es preciso que se encierre usted, querida niña... Tiene usted que salir, aunque solo sea á respirar el aire un poco...

¿De modo que ha estado usted solita desde esta mañana?

—No, ha venido la duquesa, dijo la señora de Rias con aire indiferente.

—¿Ah... ha venido la duquesa?... ¡Hola, cuénteme usted!... ¿Cómo se han separado ustedes?

—Muy bien, como siempre...

—¡Ah, qué mujercita de tanto talento! repuso Lionel volviendo á besarla.

—Las dos hemos llorado un poco; eso fué todo.

—¡Es claro!... era de rúbrica.

Desde entonces la señora de Rias, sin imponerse diariamente una reclusión tan austera, continuó demostrando un laudable propósito de reformar las costumbres de su vida. No volvió á salir de noche, únicamente asistió á ciertas reuniones modestas de familia á donde acudía vestida sencillamente. A los que se maravillaban de aquel retraimiento solía decirles la señora de Fitz-Gerald:

—¡Qué quieren ustedes!... Mi hija se encuentra tan bien en su casa que nunca sale de allí. ¡Como mi yerno es tan instruido y tan galante!... ¡Es un hombre de recursos inagotables!...

Por grandes que fuesen los recursos del señor Rias, era difícil que distrajesen las inacabables soledades de su mujer. Sus quehaceres y sus distracciones particulares solo le permitían estar en su casa durante raros intervalos; y por la noche, después de cenar, acompañaba á su mujer algunos momentos durante los cuales María ejecutaba en el piano uno ó dos valeses, y luego se marchaba á trabajar ó á corretear por París. Algunas veces la

llevaba al teatro, pero generalmente la dejaba abandonada á sus propios recursos, imaginando, sin duda, que tenía tantos como él. Lo cierto fué que su intimidad, no estando robustecida por ningún lazo moral común, era difícil. La conversación declinaba rápidamente entre ambos. Apesar de su claro entendimiento, la señora de Rias tenía, acerca de todas las materias, esa notable ignorancia peculiar de las francesas jóvenes, y en cuestiones de arte, de literatura, de historia y de política, solo poseía esas nociones leves y confusas que una parisina aprende en la calle. A veces ocurre que con el tiempo esos conceptos se extienden y clasifican en el cerebro de alguna mujer inteligente, y la prestan, estén bien ó mal interpretadas, un fondo de instrucción que la permite conversar sin tropiezos de cualquier asunto: pero en la señora de Rias tales nociones no se habían precisado aún, y su alocada ignorancia, que tanto agradó á Lionel en los albores de su matrimonio y de su amor, estaba ya muy lejos de divertirle. Un día la joven le vió entrar muy preocupado.

—¡Querida niña! exclamó bruscamente; ¿se ha propuesto usted ridiculizarme?

—¿Por qué, amigo mío?

—¡Porque le está usted diciendo á todo el mundo que estoy escribiendo una historia de la diplomacia francesa... en el siglo VIII!...

—Yo creía... usted me lo ha dicho...

—Yo no he dicho nunca semejante tontería. ¿Qué diplomacia francesa quiere usted que hubiese en el siglo VIII?... ¡Antes de Carlomagno!... ¡Qué desati-

no!... ¡Cuando se confunde el siglo VIII con el siglo XVIII, se habla de trapos, no de historia!...

—Perdóneme usted, amigo mío, dijo la joven aterrorizada; pero en fin, el ridículo, si ridículo hay, es para mí.

—Es para los dos, querida.

El gabinete de la señora de Rias fué teatro varias veces de pequeñas escenas semejantes, y los gestos de fastidio que la joven no siempre lograba reprimir, los bostezos, las nostalgias y las lágrimas furtivas, exasperaban á su marido.

—Es inaudito, decía, que las mujeres no sepan divertirse en su casa... Necesitan estar en la calle... Pero, Dios mío ¿qué hacían antiguamente las mujeres cuando no existía aún lo que ahora llamamos sociedad? En Roma, por ejemplo, una señora honrada no divertía los días en recorrer tiendas y paseos, ni las noches en bailes, sino que vivía pacíficamente y educaba á sus hijos... ¡y era feliz!... Yo no exijo tanto de usted, puesto que tiene medios de distraerse... Usted tiene sus hijos, su casa, sus flores, su aguja, su piano, libros... en fin, cuanto puede necesitar... ¡Tiene usted también deberes religiosos que cumplir! ¡Y lamento que a pesar de todo eso se aburra usted mortalmente!...

Cuando volvía por la noche solía encontrarse dormida sobre su labor ó sobre algún periódico; algunas veces la sorprendió en misteriosas conferencias con su madre y comprendió que las dos habían llorado. Su orgullo sufría y quizá, también su corazón.

—Querida niña, dijo Lionel un día: no me agradan las trazas de víctima que tiene usted y que su madre parece aprobar... No soy un carcelero... Si usted permanece todas las noches en casa lamentándose, es porque usted quiere, pues sabe perfectamente que la he autorizado para salir con su madre á donde tenga por conveniente... Vaya usted, pues... Alguna que otra vez iré á buscarla, cuando salga del Círculo...

La joven, que apenas podía continuar prolongando su heroica resignación, y que había oído sin conmoverse los argumentos sacados de la historia romana, aprovechó gustosa el permiso, y saliendo de sus vestidos caseros cual una mariposuela de su crisálida, reapareció triunfalmente en el mundo, como en su elemento natural, abismándose en él más y más con el inocente é irreflexivo arrebatado de su edad.



IX

En honor de la verdad debe decirse que el señor Rías era entonces mucho más desgraciado que su mujer. Mientras ella se distraía con el esplendor de su juventud y los halagos y galanteos de sus admiradores, Lionel pensaba tristemente en sus ilusiones marchitas, y vela con inenarrable pesadumbre cómo se desvanecían sus ensueños y el destino miserable y vulgar de su vida.

Una noche de Enero, después de haber estado paseando por los *boulevares* absorto en sus sombríos pensamientos, entró maquinalmente en un teatro próximo que, por aquel entonces, estaba concurridísimo. Aquella multitud acudía á festejar á una joven actriz llamada Juana Sylva, recién

llegada de Rusia con una grande y merecida reputación de belleza y de talento. Cuando algunos años antes había salido la señorita Sylva de París para San Petersburgo, no era más que una coristilla de tercer orden: se fué en estado de simple nebulosa y volvía convertida en una estrella de primera magnitud, y el público parisino confirmaba diariamente, con sus aplausos, la legitimidad de aquel rápido ascenso. Lionel, que no había visto aún á la señorita Sylva, pero que había oído hablar mucho de ella en su Círculo, se admiró al reconocer en ella á una figuranta anónima que en otros tiempos había conocido entre los bastidores de algunos teatruchos y de la que apenas se acordaba. Encontró, como todo el mundo, su brillante metamorfosis, y creyó oportuno ir á felicitarla en un entreacto.

Hemos oído asegurar muchas veces á los profanos, que el encanto de las actrices se desvanece entre bastidores, en donde pueden comprobarse desde cerca los artificiosos procedimientos de que se valen, como Jézabel, para embadurnarse y embellecerse el rostro. A nuestro juicio esta opinión es errónea, y si los hechizos de las actrices se pierden en alguna parte, cosa muy posible, no es, seguramente, entre bastidores, en donde se ofrecen con todo su extraño y fascinador poderío. El blanco, el rojo, el negro, el azul que emplean para exaltar su hermosura según los preceptos de la perspectiva teatral, imprime en ellas, fuera del escenario, un aspecto suigéneris y algo sobrenatural, que las hace aparecer como fantasmas seduc-

tores. Además, toda la alquimia que emplean tiene la ventaja de oler muy bien y de envolverlas en una atmósfera almizclada que emborracha. Por tanto, no aconsejaríamos á las madres de familia que enviasen sus hijos á los bastidores para desentantarles de los amores de teatro, porque la prueba daría un resultado diametralmente opuesto al apetecido.

Lionel encontró á la señorita Sylva envuelta en los resplandores de apoteosis que arrojan detrás del escenario los mecheros deslumbradores del gas; estaba de pié, recibiendo con agrado y sonrisas de reina el homenaje de un grupo de adoradores con corbata blanca. El señor Rías esperaba á que algunos de los visitantes se marchase para acercarse, á su vez, á cumplimentarla; cuando advirtió que las miradas de la joven se fijaban repentinamente en él, y que una expresión grave, extraordinaria, desfiguraba su rostro sonriente; ella permaneció algunos momentos inmóvil y muda; luego, atravesando el grupo que la rodeaba, se acercó á Lionel y le tocó en el brazo con su mano enguantada.

—¡Ya está usted aquí! dijo.

—¿Me dispensa usted el honor de reconocerme, señorita? repuso Lionel dominando su viva emoción.

—¡Naturalmente! contestó ella riendo y contestando á algún pensamiento íntimo.

Después, volviendo á ponerse seria y mirándole fijamente con sus grandes ojos de pintadas pestañas:

—¡Al fin está usted aquí! exclamó lanzando un prolongado suspiro; ¡necesario es confesar que la vida tiene momentos venturosos!

Y agregó después de una pausa:

—¿Verdad que no me comprende usted?

—Permitame usted, señorita... ¿Está usted segura de no equivocarse?...

—No, señor Rias, se lo aseguro á usted, repuso Sylva con una inflexión de voz de exquisita dulzura; pero, dígame francamente, ¿cómo me encuentra usted?

—Guapísima.

Sylva tuvo un gesto impaciente.

—Sí, dijo; ¿pero cree usted que tengo talento?

—Muchísimo... es usted una artista excelente... ha logrado usted conmovirme...

—Pues sí, le reitero á usted lo dicho, contestó; ¡hay en la vida días muy felices!... Hasta otro rato, señor Rias.

—Pero, en fin, señorita, dijo Lionel; no se vaya usted así, sin explicarme... Media entre nosotros un misterio, un enigma... que ignoro... ¿No puedo conocer el secreto?

—¿Lo desea usted? preguntó Sylva inclinando su bonita cabeza.

—Muchísimo.

—No lo sé, fijamente... ¿Usted se casó, no es cierto?...

El señor de Rias asintió lijeramente y con gravedad.

—Entonces, dijo ella, como usted está casado y yo soy una vieja, (tenía veintiocho años) podemos

hablar de este episodio juvenil como un cuento de niños, y realmente no es otra cosa. Con que, siéntese usted.

Le hizo sentar junto á ella, sobre un banco rústico colocado en un rincón.

—Señor Rias, prosiguió la joven; ¿recuerda usted haber visto entre estos mismos bastidores, cinco años ha, una mozueta que se llamaba Juana, á secas?...

—Lo recuerdo perfectamente.

—Imperfectamente, debería usted decir; pero, es igual... Yo entonces carecía de talento y de belleza; pero tenía un corazón muy sensible, muy apasionado, muy ambicioso... Usted solía venir por aquí á coquetear con las actrices ilustres, y me parecía usted un hombre... ¿cómo decirlo?... No muy guapo, pero sí simpático y distinguido sobre todo encomio... ¡A Dios gracias ahora tengo un dedo de blanquete sobre las mejillas!... Yo no me atreví á quererle á usted, sino á admirarle... No era nada y, no obstante, me parecía que si usted me dijese una frase de simpatía ó de felicitación, adquiriría arrestos de leona y llegaría á sobresalir. Una noche quise llamarle á usted la atención, y cuando pasaba usted junto á mí para felicitar á la primera actriz á quien, dicho sea entre paréntesis, yo odiaba cordialmente... ¡pobre mujer, ya se lo he perdonado todo!... Pues bien, entonces dejé caer al suelo una flor de mi ramo... recuerdo que era un ramito de lilas blancas... Aquello fué un pretexto para entablar conversación... Pero usted puso tranquilamente una de sus botas sobre mi

florequilla... y advirtiendo un gesto doloroso que contrajo mi rostro, dijo usted: «Perdón, querida niña...» y siguió usted en busca de sus amores... Entonces yo vine á refugiarme en este mismo rincón en que ahora estamos y lloré copiosamente...

Cuando la señorita llegaba á este punto de su relación, un avisador vino á decirle respetuosamente que iba á llegar el momento de salir á escena.

—¡Ay, Dios mío! exclamó ella levantándose bruscamente; ya no me acordaba...

Arregló apresuradamente sus faldas, se apartó la cola con el alto tacón de sus botas, compuso su rostro y aspirando el aire como un potro de pura sangre antes de lanzarse á correr, se precipitó hacia el escenario. Era un final de acto en el que representaba una escena corta pero muy dramática. Lionel oyó confusamente su voz armoniosa vibrar en un silencio tan solemne que hubiérase creído que la sala estaba vacía; luego resonó un grito desgarrador, que arrancó prolongadas aclamaciones y aplausos frenéticos. Después de presentarse dos ó tres veces delante del público entusiasmado, la joven actriz, mareada y anhelante, con los ojos chispeantes y los labios entreabiertos, estrechó las dos manos que Lionel la tendía.

—¡Este triunfo se lo debo á usted! dijo.

Después añadió dejándose caer junto á él, sobre el banco:

—No recuerdo bien en lo que estábamos, pero fuerza es resumir porque he de cambiar de traje

en el entreacto... Con que, en dos palabras: rebotando despecho y dolor me fui á Rusia, jurándome enterrar allí mis pobres huesos entre la nieve ó volver coronada de gloria... y, fíjese usted en la extraña tenacidad de esos ensueños infantiles... En Rusia he disfrutado de grandes alegrías, y aquí también, pues en todas partes me agasajan... Y, sin embargo, nunca he sido tan feliz como hace un momento, cuando le vi entrar á usted... ¡Oh!... Entonces mi regocijo fué completo... ¡Con que, hasta luego!

Se había levantado, alargándole la mano.

—¿Volveré á verle?

—Realmente, no lo sé, repuso Lionel; hemos pasado un rato delicioso. ¿No cree usted que cualquiera insinuación realista quebraría el encanto?

—Es posible, repuso la joven dulcemente; ¡como usted quiera!

Y desapareció por un corredor.

El señor Rias salió del teatro y se dirigió hacia su hotel, poseído de violentísima agitación. Estaba muy lejos de ser insensible á los hechizos de aquella aventura que se ofrecía tan espontáneamente. Sus añejas esperanzas de bienestar legítimo y doméstico estaban reducidas á recuerdos amargos. ¿Cómo rehuir, pues, aquel agradable divertimento que venía á redimirle de su triste y solitario hogar? Dudaba, sin embargo. Comprendía que aquel momento de debilidad podía ejercer en su porvenir un influjo decisivo. Ceder á la tentación era contribuir á su propio naufragio y hacerlo irremediable, puesto que él había buscado en el matrimonio,

no solo la felicidad, sino también el respeto de sí mismo, el sosiego y la dignidad de su vejez. Porque la ventura le faltaba, ¿debía renunciar á todo? ¿Dejaría que las pasiones de su juventud readquiriesen un poder tardío y le transfermasen en un esposo libertino, primero, y más tarde en un anciano libidinoso?...

Como siempre, María había salido aquella noche: estaba en un baile, con su madre, y por tanto no pudo encontrar á quienes quería entrañablemente, y cuyo honor le importaba tanto como el suyo propio: y allí fué, delante de su cuna, donde procuró hallar respuesta concluyente á sus vacilaciones.

Lionel acostumbraba, cuando la señora Rias no estaba en casa, á cruzar por su cuarto para llegar al de sus hijos. Atravesó, pues, las habitaciones de su mujer, y con gran sorpresa vió que ya había vuelto, probablemente desde hacía mucho tiempo, porque estaba acostada y dormida.

Dormía con la cabeza apoyada sobre un brazo. La imagen pálida y sensual de la actriz que había perseguido á Lionel hasta allí, desapareció instantáneamente ante aquella gentil cabeza, tranquila y pura como una flor. Se detuvo para contemplarla: su corazón se enterneció y sintió que le invadían oleadas de confianza y de amor. ¡No, todo no estaba perdido! ¡En aquella frente casta y en aquel seno que elevaba y deprimía levemente una respiración infantil, palpitan la pureza y la verdad!... ¿Por qué desesperar?... ¿Qué había entre ellos?... Nada... Nubecillas, malas inteligencias que una

frase, un momento de expansión, desvanecerían para siempre. Si él probase y la dijese...: «Escúcheme usted, querida mía; yo la amo y usted me corresponde... los dos somos buenos... tenemos la felicidad entre las manos y se nos escapa... ¡Ah!... ¿por qué!... busquemos juntos la causa!...»

Lionel avanzó algunos pasos y la joven despertó bruscamente y sus ojos, asombrados al pronto de encontrarse con los de su marido, tuvieron una expresión fugaz de inquietud y hasta de alarma: sus cejas se frunció ligeramente y se echó un poco atrás, en actitud de tímida defensa.

El señor Rias palideció; una frialdad rígida inmovilizó sus facciones y dijo sonriendo amargamente:

—¡Oh, no tema usted nada!... Iba á ver á mis hijos... Ignoraba que ya estuviese usted de vuelta, porque realmente es milagroso verla por aquí á estas horas... Y, permítame usted decirla, ya que la ocasión se presenta, que se prodiga usted mucho y que no está usted en casa ni de día, ni de noche... Es demasiado.

—Si usted no saliese tanto, repuso ella, sabría que diariamente me empleo en mis hijos hasta las tres, y que por las noches no salgo hasta después de haberles acostado. Cumplidos mis deberes me divierto como puedo... Voy á los lugares que frecuentan todas las señoras de mi rango... Usted es quien obra mal, yo no... Usted, que no quiere acompañarme, ni que vaya sola; ni tampoco, según parece, con mi madre. ¿Qué exige usted de mí? ¿Que sea un mueble de su casa... un mueble que

no sienta ni piense en nada, ni se mueva... y que siempre esté aquí, inerte y pasivo, para recrearle el menguado tiempo que me dedica?... ¡Si eso es lo que usted quiere, dígame!...

—No quiero nada, contestó Lionel con acento de frío desdén; adiós, María.

Y salió de la habitación.

Hubo en su despedida un eco tan grave y tan profundo, que la joven adivinó instantáneamente su suprema significación. ¡Estaban separados! María hizo un ademán desesperado y se incorporó a medias, queriendo llamar con un grito al que se iba y a quien había amado y amaba aún más que a nadie... Luego, acometida por una especie de dolorosa convulsión, hundió su cabeza entre las almohadas, sofocando contra ellas sus sollozos.



X

Habían pasado dos años. Desde comienzos de Julio la señora de Rias se estableció en Deauville para pasar el verano, con su madre y sus hijos. Vivía en la quinta de Los Rosales, cuyo jardín se abría sobre la terraza, entre el casino y las dunas arenosas de la playa. Muchas de sus amigas de París la acompañaban, especialmente las señoras de Chelles y de Estreny: la señora de Chelles, con quien la joven había reanudado desgraciadamente sus antiguas relaciones, estaba en Villers, y la duquesa en Houlgate. Las tres primas se visitaban asiduamente y formaban el núcleo de un círculo elegante y coquetón que rendía culto ferviente al buen humor. Algunos de sus compañeros de los bai-

no sienta ni piense en nada, ni se mueva... y que siempre esté aquí, inerte y pasivo, para recrearle el menguado tiempo que me dedica?... ¡Si eso es lo que usted quiere, dígame!...

—No quiero nada, contestó Lionel con acento de frío desdén; adiós, María.

Y salió de la habitación.

Hubo en su despedida un eco tan grave y tan profundo, que la joven adivinó instantáneamente su suprema significación. ¡Estaban separados! María hizo un ademán desesperado y se incorporó a medias, queriendo llamar con un grito al que se iba y a quien había amado y amaba aún más que a nadie... Luego, acometida por una especie de dolorosa convulsión, hundió su cabeza entre las almohadas, sofocando contra ellas sus sollozos.



X

Habían pasado dos años. Desde comienzos de Julio la señora de Rias se estableció en Deauville para pasar el verano, con su madre y sus hijos. Vivía en la quinta de Los Rosales, cuyo jardín se abría sobre la terraza, entre el casino y las dunas arenosas de la playa. Muchas de sus amigas de París la acompañaban, especialmente las señoras de Chelles y de Estreny: la señora de Chelles, con quien la joven había reanudado desgraciadamente sus antiguas relaciones, estaba en Villers, y la duquesa en Houlgate. Las tres primas se visitaban asiduamente y formaban el núcleo de un círculo elegante y coquetón que rendía culto ferviente al buen humor. Algunos de sus compañeros de los bai-

les de invierno, también contribuían á regocijar las reuniones. Estos eran los encargados de idear y de ejecutar diariamente distracciones nuevas, terrestres ó marítimas: paseos por el mar, partidas de pesca, cabalgatas campestres, comidas sobre la hierba y excursiones nocturnas, á la luz de la luna. Algunas noches, aquella brillante comparsa invadía cualquiera de los casinos de la playa, pero generalmente bailaban en sus casas ó representaban comedia, unas veces en los salones de alguna de aquellas señoras, y otras en los bosquecillos de los parques iluminados con farolitos venecianos. Un ligero tinte de galantería amenizaba aquellos festejos y todos se divertían grandemente, excepto la señora de Fitz-Gerald, que empezaba á fatigarse de existencia tan ajetreada, y el señor Rias, que se había retraído completamente.

Lionel, según costumbre, se quedó veraneando en París, y únicamente hacia á la quinta de Los Rosales algunas pequeñas y raras visitas, sin otro objeto que evitar la maledicencia del público y de los criados. Entre él y su mujer no volvió á insinuarse nunca el menor asomo de explicación, pero la vida íntima de ambos se adivinaba fácilmente: era ese estado inaguantable de hostilidad sorda y continua que atormenta á esos matrimonios en que ninguno de los cónyuges puede decir una frase que no sea contradicha inmediatamente por el otro, y en los que cada palabra parece envolver alusiones pérfidas y rencores ó amargos reproches.

La señora de Rias veía con satisfacción cómo desaparecía del horizonte el rostro irónico y som-

brío de su marido. En cambio, la señora de Fitz-Gerald agotaba inútilmente todos sus recursos para retener á su yerno que, ciertamente, no había correspondido á sus esperanzas, pero por el cual sentía un cariño que disculpaba sus galantes calaveradas y la vedaba tomarlas en consideración y por lo trágico.

—Lo que me sorprende de mi yerno, decía confidencialmente á la marquesa de Veyle, que también estaba temporalmente en Trouville, es su conducta para con mi hija. Pase que la engañe y que asedie á todas las mujeres... (y, á propósito, creo que ha reñido con Sylva, que ha sido una de sus más famosas travesuras...) Porque burlar á mujeres galantes es moneda corriente... Pero lo inconcebible es que trate mal á mi hija. A mí, sin embargo, me es muy simpático, porque es innegable que es hombre que sabe agradar cuando quiere...

—¡Ya lo sé... el muy zoquete! murmuró la anciana marquesa.

—¡Pues bien!... á mi hija la trata con extremada brusquedad, y la riñe como si no le bastase ofenderla día y noche con sus devaneos. No me negaréis que todo esto, en un hombre de tan refinado trato como mi yerno, es casi incomprensible. ¿Qué pretende? ¿Quiere exasperarla hasta el extremo de...? ¿Qué la engañe á su sabor, pero que al menos la trate cariñosamente!... ¡Eso es elemental!... Si no hace esto, mi pobre hija es capaz de un deslíz, porque vive muy agasajada... Tengo mucha confianza en su educación, pero, hay que reconocer, ¡que no es de piedra!... Quiero mucho á mi

verno, apesar de sus defectos, y no deseo que le suceda ninguna desgracia... Pero realmente es muy ligero, mucho...

— ¡Está loco! dijo la marquesa; le aseguro á usted que está loco... ¡y no hablemos más de él!...

Los peligros que la señora de Fitz-Gerald previó, guiada por su doble instinto de mujer y de madre, eran ciertos, desgraciadamente. La señora de Rias había tenido aquella hora fatal que la experiencia de su marido le anunciara. Lentamente se fué cansando de las bulliciosas alegrías que embriagaron su juventud. La agitación mundanal, los trajes, los saraos, las fiestas, siempre repetidas, de su vida, ya no la bastaban. Su fantasía y su corazón exigían que añadiese á su existencia casquivana, algo más nuevo, más intenso, más trascendental, y es de suponer que abundarían los hombres dispuestos á secundar aquellas intenciones.

No es difícil que las excitaciones y las luchas de vanidad se sumen á los movimientos pasionales femeninos para dirigir los afectos de una mujer, y en los grupos de personas reunidas por conveniencias sociales ó por identidad de gustos, casi siempre bulle un empingorotado personaje que tiene el privilegio de monopolizar las coqueterías y agasajos femeninos, y cuya conquista no es solamente un placer del corazón, sino también un triunfo del orgullo. Este agradable papel lo representaba en la tertulia de la señora de Rias el vizconde Roger de Pontis, pariente del duque de Estreny. Roger era un calaverón muy simpático. Después de derrochar su fortuna en amores de bastidores y en

el juego, sentó plaza, á los veinticinco años, en un regimiento de húsares, en el cual luchó con extremada bizarría, conquistando los galones de teniente. Más tarde, una herencia inesperada le hizo abandonar su carrera y volvió á la vida civil. Sus locuras, su valor, sus hazañas guerreras y amorosas, le recomendaban eficazmente á los ojos de las damas, que le querían más por sus vicios que por sus virtudes. Tenía, además, la seductora propensión de obsequiar á las mujeres con cualquier pretexto y sin tasa. Recorria doce leguas á caballo y de noche para comprarlas una madeja de seda que luego ponía galantemente á sus pies; y las cantaba romanzas, las daba lecciones de equitación, dirigía el cotillón, componía charadas, disponía las giras campestres, los *lunchs*, los fuegos artificiales y cuanto ellas pudiesen apetecer. Siempre estaba dispuesto á divertir las en todo lo que fuese menester; listo y alegre como un paje, y solapado y ardiente como un tigre.

Con estas apariencias de loco simpático, Roger, vizconde de Pontis, era un conquistador muy sagaz, muy experto y muy peligroso. Enamorado locamente de la señora de Rias, la juzgó al primer golpe de vista y con gran exactitud, y comprendió que una plaza tan joven y tan fuerte no podía rendirse con un golpe de audacia. Entonces empezó una serie de habilísimas combinaciones, comenzando por ocuparse muy poco de ella mientras estrechaba el cerco de sus dos primas. María, que era y sabía ser la flor y nata de la reunión, se sintió humillada y le pagaba desdén con desdén, y

ese fué el primer triunfo positivo del vizconde. Paulatinamente la fué explicando su conducta: su frialdad era respeto; á una mujer como ella no se la corteja... ¿Por qué?... Porque la consideraba muy por encima de los galanteos vulgares... y también... ¿era forzoso decirlo todo?... María le inspiraba miedo; ¡era raro! pero era así. Una mujer como ella solo podía inspirar una pasión firme y duradera, una gran pasión, y el señor Pontis temía dejarse esclavizar por un sentimiento de esta clase, porque presentía el terrible imperio que luego ejercería en su vida, ¡Quizá se engañase, porque un afecto de tantos alcances acabaría con aquella vida crapulosa de que empezaba á avergonzarse: sería su rehabilitación, su redención, pero... ¡tenía miedo!...

Acerca de esto podían decirse pensamientos muy bonitos, y él los dijo.

La idea de perderse para salvar á aquel húsar, la pareció, desde luego, muy singular á la señora de Rias. Su vanidad se holgaba de que ella hubiese sido elegida para consumir tan portentoso milagro, y mientras batallaba contra aquel pensamiento, su inocente corazón se iba encariñando con aquella seductora químera; y con tal acierto fué desarrollándose la intriga que ya las peripecias últimas parecían no estar muy lejos, cuando la aparición de un nuevo personaje vino á estorbar un poco las maquinaciones del vizconde.

Hacia fines de Julio la señora de Lorris, cuyo marido se había embarcado algunos meses antes, se reunió en Trouville con la marquesa de Veyle.

Iba acompañada de su hermano Enrique de Kévern, cuyo nombre ya ha sido pronunciado en el trascurso de esta narración, pero que ahora presentamos al lector por primera vez. Kévern era un hombre cuyo trato frío y severo ocultaba un carácter extremadamente apasionado. Aún llevaba en el corazón el duelo que le causó la pérdida de su esposa, encantadora y bellísima mujer, muerta diez años antes. La desesperación que le causó aquel golpe fué tal, que su hermana temió que aquello tuviese un desenlace siniestro: después emprendió largos viajes, cuyas fatigas y peligrosos episodios habían servido de cordial lenitivo á su dolor, pero sin consolarle completamente. Desde entonces conservó un fondo de salvaje melancolía que le aislaba del mundo, y cuando volvió á Francia se iba á vivir en el campo y no visitaba más que á su hermana, cuya cariñosa solicitud siempre estaba maquinando triquiñuelas diversas para sacarle de su aislamiento. Una fidelidad conyugal tan extraordinaria se había convertido en una especie de leyenda entre la alta sociedad parisina, en donde el señor Kévern era considerado por las mujeres como un héroe y por los hombres como un farsante.

La señora de Lorris fué, al día siguiente de su llegada, á visitar á la señora de Rias, con la cual siempre tuvo una estrecha amistad, aunque su buen juicio condenase aquel modo de vivir tan disipado que María llevaba, escudándose en su abandono y en sus disgustos domésticos. Satisfechas las primeras expansiones y estando confesándose

mútuamente sus impresiones, dijo la señora de Rias:

—Apropósito, querida mía... ¿No sabes lo que sucede? Hay uno que me ama.

—¿Nada más que uno? preguntó la señora de Lorris.

María enrojeció ligeramente.

—¡Oh! en cuanto á eso, repuso, es fruta que abunda mucho por estos lugares; pero éste es diferente y además me preocupa porque su tipo no me es desconocido y no puedo recordar donde le he visto... En sueños, tal vez... De todos modos, el tal es muy ridículo... Hace tres días que me sigue á todas partes, á pié y á caballo, y continuamente está yendo y viniendo por delante de la reja de mi hotel. Ayer estuve en Trouville y se quedó delante de los escaparates de todos los almacenes en donde entré. Esta mañana me esperaba á la salida de la iglesia... Te aseguro que me aburre...

—¿Qué clase de hombre es?

—Es un caballero bien trajeado y de finísimos modales... pero que tiene algo extraño, inexplicable... En fin, ¿qué me aconsejas que haga si persiste en su porfía?

—Que no le hagas caso. Además, ¿estás segura de que es á ti á quien se dirige?

—¡Tóma! exclamó la señora de Rias encogiéndose de hombros. ¡Mira! añadió casi al mismo tiempo; ¡ahí le tienes, fijate!...

Estaban sentadas en un extremo del salón, cubierto por una especie de rotonda de vidrios con vistas á la calle, y de la cual había algunos crista-

les abiertos. La señora de Lorris miró furtivamente al misterioso personaje que María le designaba, y se echó á reír.

—¿Ese es tu pretendiente? dijo; pues lo que deseo, querida, es que nunca tengas otro más temible.

—¿Le conoces? preguntó vivamente la señora de Rias.

Sin responder, la señora de Lorris se asomó al balcón y gritó á media voz, agitando un pañuelo:

—¡Enrique!

—¡El señor de Kévern! exclamó la señora de Rias.

—El mismo, querida: ha llegado aquí un poco antes que yo y pensaba presentártelo uno de estos días; ahora ha llegado la ocasión. En cuanto al móvil que le incita á perseguirte y á mirarte... ¡pobre hombre!... es bien inocente y voy á despejarte el enigma con una palabra: ¡te pareces á su mujer!

Entre tanto el señor de Kévern había respondido al llamamiento de su hermana con más sumisión que entusiasmo, y abriendo lentamente la verja del pequeño jardín que rodeaba al hotel, empezó á subir sin prisa la escalera exterior del salón.

Las dos jóvenes se habían asomado á la escalinata.

—Mi hermano, dijo la señora de Lorris; mi prima, la señora de Rias.

María, que apenas se acordaba de haber visto en otras ocasiones al señor de Kévern, pero cuya historia conocía detalladamente, no reconoció en

él al tenor sentimental y dolorido que había imaginado. De pequeña estatura, vivo y robusto, con la tez curtida y los cabellos negros y canosos por la parte de las sienes, tenía el aspecto marcial de un oficial de cazadores en traje de paisano. La mirada en que la envolvía era de curiosidad, fría y casi dura. Se sentó algunos momentos, interrogando á la joven, con voz brusca, acerca de sus hijos, sus aficiones y sus placeres, y oyendo sus contestaciones con aire impasible y distraído: después se fué por donde había venido, no dejándola muy buena impresión ni de su visita ni de su persona.

—¿Y dices que me parezco á su pobre mujer? preguntó Maria á su amiga cuando quedaron solas.

—Mucho. Hace tiempo que advertí la semejanza y estaba segura de que él también la notaría.

—¿Y crees que él también la ha visto?

—Me lo ha dicho.

—Parece que le disgusto por esta semejanza... como si yo fuese responsable...

—¿De dónde sacas eso?... ¿Es que mi hermano no te agrada?...

—¡Cómo quieres que tu hermano no me agrade!... No es mi tipo porque tiene el semblante un poco serio... pero es tu hermano y le quiero... ¿Pretendes acaso que le adore?... Dimelo...

—No, no tanto, pero trátale bien, te lo suplico, deseo salvarle de sí mismo. ¡Es tan desgraciado... tan bueno... tengo tanto que agradecerle!... Ya sabes que él es quien me ha educado...

—Y que ha hecho de ti una perlitita, interrumpió la señora de Rias besando cariñosamente á su prima. Pues, ea, tranquilízate, querida, que ya le alegraremos, vaya... aunque la empresa no parece tan fácil... ¡Pero proponiéndoselo!...

La señora de Lorris, no queriendo dejar solo á su hermano, agotó los recursos más conmovedores de su elocuencia para hacer que la acompañase á Trouville, y fiaba mucho, para ir aficionándole paulatinamente á la sociedad, en la facilidad y llaneza de relaciones de las estaciones balnearias. El extraño parecido que la naturaleza puso entre su prima la señora de Rias y la difunta mujer de Kévern, y el gran atractivo que esta semejanza podía ofrecer á su hermano, no habían entrado en sus cálculas; pero bien pronto vió en ello una nueva probabilidad de triunfar y la utilizó sin escrúpulos: porque aquella mujer, aunque discreta, era mujer al fin, y su pasión fraternal, que casi era el único afecto de su corazón, la impidió ver lo que había de malo utilizando, por muy honrados que fuesen sus propósitos, una coincidencia tan delicada. Por su parte la señora de Rias, comprendiendo en seguida el papel que la había confiado la diplomacia de la señora de Lorris, lo aceptó de buen grado, movida por una fuerte dosis de curiosidad y tal vez de malicia.

Esta inocente conspiración no encontró en el señor de Kévern toda la resistencia que era de temer. Su hermana, durante los largos viajes de su marido, estaba condenada á una existencia retráida y austera impropia de su edad; de modo que su

hermano era el único protector que podía otorgar la alguna libertad y distracción, acompañándola de vez en cuando en sociedad. El mismo se había reprochado frecuentemente no tener bastante fuerza de voluntad para hacerlo así, y tal vez cobró ánimos después, en la especie de interés melancólico que la señora de Rias la inspiraba. Sea como fuese, ello es que consintió en comer al día siguiente en casa de María; la joven le invitó después para una gira campestre, y aceptó también y con tanto gusto, que la joven no vaciló en creer que el señor de Kévern era un falsario que estaba muy por debajo de su reputación:

—¡Su inocencia, por fin, empieza a molestarle!...

Decía María riendo con su prima la señora de Chelles, al evocar un recuerdo clásico oído en los mártires del Teatro Francés.

Cuando regresaron de la gira campestre, en la que el señor Kévern estuvo de muy buen humor, hubo baile en casa de la señora de Rias, quien estimó oportuno afirmar su poderío obligando a bailar á aquel viudo inconsolable; y corriendo de pronto hacia él, trató de comprometerle á bailar un vals con ella. El señor de Kévern rehusó con una negativa rotunda subrayada con una mirada glacial. La joven, poco acostumbrada á estos desaires, hizo despechada una ceremoniosa reverencia y fué á esconder su confusión en los brazos de Roger, que no deseaba otra cosa; y cuando el baile terminó, encendió un cigarrillo, como por bravata. El señor de Kévern se acercó á ella y dijo sa-

ludándola y con una sonrisa que prestaba á su rostro un encanto singular:

—Perdóneme usted; la he parecido á usted muy brusco, ¿no es cierto?

—Sí.

—Veamos, señora, añadió bondadosamente; preciso es que nos entendamos. Por complacer á mi hermana y tener el gusto de verla á usted, decidí reaparecer en sociedad... Procuro no ser un turba-fiestas... y no alardeo de mis pesadumbres secretas. Pero, ya que usted las conoce, ¿por qué no las respeta? ¿Por qué se afana usted en ridiculizarme? Eso no está bien ni es propio de una amiga... y yo creí que usted era amiga mía.

El acento franco y confidencial de aquellas palabras conmovió á la señora de Rias, cuyo espíritu, aunque algo descarriado, se conservaba puro; y dijo con cariñoso regocijo tendiéndole una mano al señor de Kévern:

—¿Quiere usted que sea su segunda hermana?

—Se lo ruego á usted, repuso Kévern.

Hubo un momento de silencio durante el cual la joven lanzó una bocanada de humo y añadió gravemente:

—Verdaderamente necesito mucho un hermano. El señor de Kévern asintió sin responder.

—¿Usted lo cree así, no es cierto? preguntó ella.

—Usted lo dice...

—Usted me refirirá cuando no esté satisfecho de mí... ¿quiere?...

—¡Corriente!... Ahora mismo, si me autoriza,

—¡Ah! veamos...

—Pues bien, dijo sonriendo; no fume usted.

La correctas facciones de la joven se arrebolan y replicó, tirando el cigarrillo:

—Está usted servido... y se sentó en el piano.

En los días consecutivos la señora de Rias se impuso una especie de grato deber sometiendo sus acciones y hasta sus gustos á la aprobación ó censura del señor Kévern. Le consultaba sus trajes... ¿eran demasiado llamativos? Acerca de su modo de bailar: ¿era correcto? Y de las frases que empleaba habitualmente: ¿eran demasiado picantes y excesivamente familiares? ¿Aprobaba el color amarillo de sus zapatos? ¿Podía llevar bastón? El señor de Kévern soportaba estas niñerías con un aire de zumba tranquila y desdeñosa, pero no por eso dejaba ella de comprender que Kévern reprobaba generalmente cuanto ella hacía y decía, tanto en conjunto como en los detalles.

—Decididamente, querida, dijo María á la señora de Lorris, tu hermano es muy descontentadizo.

Aquel descontentadizo, no obstante, la preocupaba y la dominaba. La enérgica personalidad de Kévern, su superioridad intelectual, el prestigio romántico de su historia, su carácter autoritario, dulce y fuerte á la vez, la inspiraban un respeto que la atraía. Quizás hubiera dependido de él ocupar en el corazón de la joven el puesto que habia usurpado el vizconde de Pontis: pero el señor Kévern no pensaba en eso, y se ceñía escrupulosamente á los deberes que le impuso el fraternal empleo que la señora de Rias le habia confiado: en cuanto

á su joven amiga, vencida por sus habituales coqueteos, trataba de alterar el curso de sus relaciones, y él la castigaba con miradas severas y brusquedades de lenguaje que reprimían despiadadamente sus malévolas maquinaciones.

Desgraciadamente, las mujeres no gustan de ser amadas á medias, y la señora de Rias, en la crisis por que atravesaba entonces y deseosa de apasionarse por algo, era menos propicia que cualquiera otra mujer, á contentarse con las plácidas dulzuras de una mútua simpatía. El arriscado vizconde, exasperado por la lucha, redoblaba sus triquiñuelas y seductoras raposerías. Se habia atrevido á escribirla, sus cartas eran bien recibidas, y para quien supiese ver la parte oculta de la vida, los guiños, que á cada momento se cambiaban entre ambos y las miradas suplicantes del uno y enternecidas de la otra, anunciaban que el desenlace fatal de aquella aventura era inmediato.

Aquellos síntomas precursores no podían pasar desapercibidos para el señor Kévern, tanto menos, cuanto que la señora de Rias parecia complacerse en dárselos á conocer. El corazón femenino tiene misterios tan impenetrables, que no procuraremos averiguar, por qué María, que tan cuidadosa se mostraba de complacer á Kévern, le sometía á aquellas pruebas que seguramente le desagradaban.

Pero aún sucedió más. Una hermosa noche de agosto en que volvía una numerosa cabalgata de amigos de una quinta que el señor de Chelles poseía en los alrededores de Caen, y en donde acaba-

ban de celebrar una alegre comida, María dejó repentinamente al vizconde para ir á reunirse con Kévern, que caminaba un poco separado, y aprovechando las sombras de la noche le dijo las siguientes extrañas palabras:

—Caballero, deseo hablar con usted.

—Diga usted, señora.

—Su amistad es preciosa para mí, cada día lo comprendo mejor.

—Me alegro muchísimo.

—¿Pero cree usted que una amistad, por grande que sea, puede saciar el corazón de una mujer?

—No aspiro á tanto.

—Pues bien, si acaso un sentimiento más avasallador se enseñorease de mi vida y yo le sacrificase mis deberes... de los cuales, usted lo sabe, han hecho todo lo posible por separarme, ¿podría contar siempre con la amistad de usted?

—No, repuso Kévern friamente.

—¿Cómo? ¿Por qué?... ¿No me sería en mi desgracia, en mi falta, si queréis, más útil que nunca?

—Es posible, pero la misión de confidente de un amor culpable no me agrada.

—Por lo menos, si eso llegase... ¿me censuraría usted?

—La censuraría mucho.

—¿Estaría usted celoso de mí?

—No tendría celos de usted porque no estoy enamorado de usted, no puedo estarlo. Los recuerdos que evoca usted en mí, me defienden de usted misma, y por eso si quebrantase usted sus deberes, la

odiaría, pareciéndome que mancillaba usted mis recuerdos. ¿Comprende usted?

—No, repuso ella; todo eso es demasiado sutil para mí.

Y revolviendo su caballo se agregó al núcleo principal de paseantes, con los cuales empezó á reír á carcajadas.

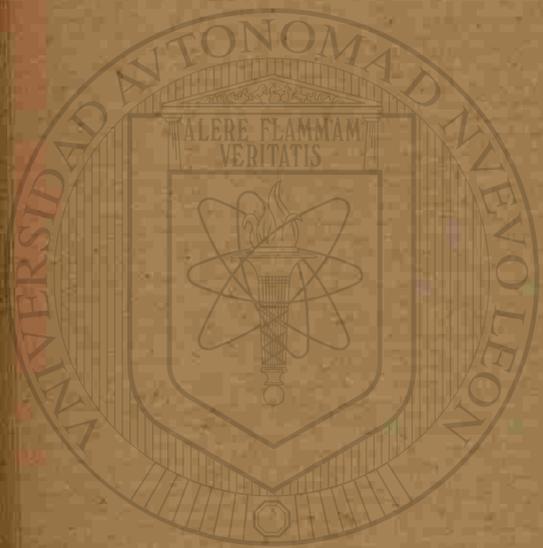
Una cena espléndida aguardaba á los convidados en el hotelito que la señora de Chelles tenía en la playa de Villers. Después empezaría el baile que se prolongaría, como era lógico, hasta el amanecer; y el señor Kévern, que aunque deseoso de complacer á su hermana no podía acceder á tanto, rehusó detenerse en Villers y siguió con ella su camino hasta Trouville. Por la mañana quisieron llevarse á la señora de Rias, cuya madre se había marchado á París á pasar algunos días, y era natural que á la vuelta la acompañasen hasta su casa; pero la joven no consintió en salir tan temprano y acordaron que un poco más tarde la acompañaría su prima la señora de Chelles, que siempre se acostaba muy tarde.

Después de caminar algunos momentos los dos hermanos, embebecidos en la contemplación de aquella noche magnífica, el señor Kévern dijo bruscamente:

—¡Luisa, esa pobre niña está perdida!

—¡Oh, qué dolor! exclamó la señorita de Lorris.

—Sí, es muy triste... Su marido, sin embargo, no es un tonto, ni un pillo... ¿En qué piensa?...



XI

Eran cerca de las once de la noche cuando la señora de Lorris regresó al sombrío pabellón que habitaba con su hermano en el muelle de Trouville. Casi al mismo tiempo y con gran sorpresa suya, vinieron á anunciarla que el señor Rias acababa de llegar y que deseaba hablar con ella. La joven miró á su hermano, preguntándole con los ojos.

—Sí, debes recibirle, dijo.

Y se retiró.

El señor Rias se presentó: estaba muy contento, ó, por lo menos, lo aparentaba.

—Soy un importuno, exclamó, y ruego á usted me dispense; pero supe que mi mujer había salido

esta mañana con usted... y desearía saber si tendré el gusto de verla.

—Probablemente, dijo la señora de Lorris riendo; pero siéntese usted.

—No, no me siento... Únicamente quiero que me diga usted dónde está mi mujer, y me voy.

—Está en Villers, con los de Chelles, que la llevarán á su casa dentro de un momento.

—¿Y por qué no ha venido con usted?

—Porque yo estaba un poco cansada y no quise sacarla de allí tan pronto. Pero, ¿desde cuándo está usted aquí?

—Desde las cinco... He venido en el tren de los maridos, naturalmente... Cuando llegué me dijeron que mi suegra estaba en París con mis hijos, y que no sabían donde estaba mi esposa... Por esto ya comprenderá usted que he hecho una de las comidas más agradables... y además, haciendo un papel harto ridículo... ¡Buenas noches, querida señora!...

—Buenas noches... si tardase un poco en volver, no se alarme usted...

—No, no... buenas noches.

Ya se marchaba cuando la joven le llamó, tocándole suavemente en el brazo con la fusta que aún tenía en la mano:

-- Señor Rias, dijo.

—Señora...

—Parece que está usted enfermo...

—Estoy muy bien... mil gracias.

—¿No refirirá usted mucho á María, cuando vuelva?

El la miró sorprendido y sin responder.

—¿Se acordará usted de que la pobrecilla vive un poco abandonada?

Lionel tornó á mirarla fijamente y repuso después de una pausa:

—¡Usted también me condena, usted también!...

—Quiero mucho á María.

—También yo la quise mucho, contestó Lionel con voz sorda.

—¿Y ahora? preguntó la señora de Lorris.

—Ahora, señora... es muy diferente.

Y agregó con repentino despecho:

—¿Dice usted que está abandonada? ¡Es cierto!... ¿Pero, qué hombre honrado y con sentido común puede asociarse á una vida como la suya?

—Dispéñeme usted, replicó ella con la misma dulzura; pero, ¿es mejor la vuestra?

—¡La mía... oh, Dios!... ¿No es ella quien me ha empujado á vivir así?

—Y ella, ¿no podría decir otro tanto?

—¡Oh, sin duda! repuso Lionel con amargura; ¡y es á ella á quien usted disculpa!... Sin embargo, si alguna persona debiera ser justa conmigo, era usted... pues si soy desgraciado, y lo soy infinitamente, usted tiene parte de culpa.

—¡Yo!...

—Sí, usted... y suplico que no vea en mis palabras ningún barrunto galante que sería en estos momentos muy extemporáneo. Pero, acuérdesse usted de aquella noche en que se decidió mi porvenir... aquella noche en que mi pobre madrina combatía mis objeciones, demasiado fundadas, contra

el matrimonio... Y no fué su elocuencia la que me venció, se lo juro á usted... Fué usted sola, con su presencia, con su ejemplo... Mirándola á usted, pensaba: «Pues bien, sí; habiendo mujeres como ésta, la felicidad es posible...»

—¡Por Dios, señor Rias! exclamó la señora de Lorris; dispéñeme usted, se lo ruego... y permítame decirle que conozco á su mujer desde hace mucho tiempo... que es superior á mí en todos conceptos... y que, por lo menos, es tan digna como yo de labrar la felicidad de cualquier hombre honrado.

—¡Sea! repuso Lionel irriamente; entonces, yo soy quien la ha perdido... Adiós, señora.

El señor Rias atravesó el puente que une los dos territorios colindantes de Trouville y de Deauville, y volvió á emprender, costeando el mar, el camino que conducía á la quinta de Los Rosales, adonde llegó un poco después de media noche. María no había vuelto aún. Lionel subió á sus habitaciones y quiso distraerse leyendo, pero no pudo y emprendió por el despacho un paseo febril que, desgraciadamente, había de prolongarse mucho.

Conforme el tiempo transcurría, todos los enojos, todos los resentimientos que tenía contra su mujer, exacerbados por los penosos incidentes de aquella noche, iban invadiendo su cerebro poco á poco, llenándole de cólera; porque, hay que decirlo en honor suyo: Lionel de Rias no había podido resignarse, como otros tantos, al desorden de su casa. Era de esos hombres para quienes el matrimonio, cuando no es un encanto, es un suplicio, y

la mujer en quien había cifrado sus esperanzas de felicidad y que llevaba su apellido, podía serle odiosa, pero nunca indiferente. Odiaba á María. No la perdonaba el haber deshecho el ideal, algo indeciso tal vez, pero honrado y sincero, que él se había forjado del matrimonio. Se decía, y no sin razón, que había sido para ella un marido de los que no abundan; tierno, generoso, delicado y fiel hasta la noche en que ella rompió con sus propias manos el lazo conyugal. Desde entonces María era dichosa, dando rienda suelta á su carácter aturrido, vanidoso y casquivano. En cuanto á él, su vida estaba troncada, y solo encontraba disgusto y enojo en los placeres de su juventud. Era el más miserable de los humanos: desanimado y desencantado de todo, de su hogar, de su trabajo, sin objeto, sin porvenir, sin dignidad y bien pronto tal vez, y merced á ella, ¡sin honor!... ¡Y aún era ella á quien compadecían... y á él, á quien acusaban!... Y el recuerdo de que la bella y hermosa señora de Lorris era también acusadora suya, era uno de los motivos que más exacerbaban su irascibilidad.

Los primeros resplandores del alba le sorprendieron absorto en estas amargas reflexiones. Corrían los últimos días de agosto; era ya cerca de las cinco de la mañana y la señora de Rias no había vuelto aún. Pasar toda una noche fuera de su casa, lejos de su madre y de su marido, en compañía de jóvenes licenciosos y sin otra égida protectora que la señora de Chelles, era una calaverada un poco grave. Lionel sintió que la paciencia se le acababa, y bajó á las caballerizas, mandó que

le ensillasen un caballo y tomó el camino de Villers.

El camino que va desde Dauville á Villers, como sabrán casi todos nuestros lectores, después de extenderse en línea recta entre las praderas y dunas no tarda en escalar el flanco de una serie de ribazos escarpados desde los cuales se abarca la extensión del Océano. La pendiente es bastante larga y rápida. Lionel ascendía aquella rampa al paso de su caballo, cuando en el silencio de la madrugada resonó á corta distancia un rumor de voces y de carcajadas que le sobresaltaron. Un momento después aquel rumor cesó ahogado por otros ruidos, y el suelo retendió sordamente como si un grupo de caballos lanzados al galope subiesen por la vertiente opuesta de la colina. De pronto vió Lionel asomar en el vértice del monte, recostándose sobre el azul todavía pálido del cielo, las siluetas de caballeros y de elegantes damas vestidas de amazonas, y comprendió enseguida que entre ellas vendría su mujer.

La cabalgata había refrenado su carrera y descendía la cuesta lentamente, y el alegre vocerío, los gritos y las risas resonaban con redoblado estrépito: después y bruscamente, todo cesó, y hubo un murmullo que también se extinguió en el silencio triste de los campos. Seguramente habían visto y reconocido, á despecho de la bruma, al jinete solitario destacado, como un centinela, en medio del camino.

El señor Rias siguió avanzando tranquilamente hasta hallarse á pocos pasos del brillante escau-

drón, y entonces saludó, sin revelar otro signo de emoción que su extremada palidez.

—Dispéñseme usted, dijo dirigiéndose á su mujer y hablando en voz baja y tranquila; pero he salido á su encuentro porque estaba inquieto.

—Ya ve usted, dijo la de Chelles, que va bien acompañada.

—Perfectamente, repuso Lionel; y se lo agradezco á usted mucho... ¿Vamos, querida mía?...

Saludó otra vez y volviendo grupas siguió el camino de Deauville acompañado de su mujer, mientras la señora de Chelles y su séquito regresaban á Villers.

Entre ambos esposos hubo unos instantes de silencio embarazoso.

—¿Cuándo llegó usted? preguntó María.

—Ayer tarde.

—¡Ah!

Después de una pausa larga, ella añadió:

—¿Ha visto usted en París á mi madre?

—No.

—Volverá dentro de dos días... ¿Sabía usted que se llevó á los niños?...

—Lo sé.

Habían bajado la cuesta y lanzaron sus caballos al galope como para concluir aquella conversación insostenible. Algunos minutos después entraban en el patio de su quinta.

Subieron sin hablar la escalera que conducía á sus respectivas habitaciones, y cuando la señora de Rias entraba en la suya y se disponía á cerrar, dijo Lionel:

—Permítame usted... y penetró tras ella.

Apenas cerraron la puerta y como la joven, inquieta y vacilante, permaneciese de pié con su largo vestido de amazona recogido sobre el brazo, Lionel exclamó, mirándola con ojos coléricos:

—¡Está bien!... ¡Lleva usted la vida de una mujerzuela!...

La señora de Rias se quedó blanca como la cera; pareció vacilar y soltando la cola de su vestido, que cayó al suelo, se apoyó sobre el primer mueble que encontró á mano: después se rehizo y dijo, desafiando audazmente la mirada de su marido:

—Creí que el secreto de agradaarle á usted consistía en parecerme á esas mujerzuelas.

—¡Pues ya ve usted que no! replicó Lionel con dureza: ¡Ah! prosiguió con creciente exaltación; ¿se quejan ustedes de estar abandonadas y de ser para sus maridos la querida de un día?... ¡Pues bien, es cierto, porque no son ustedes otra cosa!... ¿Y saben ustedes por qué?... Porque, precisamente, sois lo mismo que esas mujeres, porque lo que en ellas nos agrada, en ustedes nos repugna... porque queremos que difieran ustedes de ellas y no que se parezcan; que nos obliguen á olvidarlas, no á estarlas recordando continuamente... ¡Es, en fin, porque son ustedes la caricatura indecisa y torpe de aquellas!... Imitan ustedes sus trajes, sus movimientos, sus ademanes, su voz, su lenguaje... tienen ustedes sus puerilidades, sus locas disipaciones, su ignorancia... y como ellas sienten ustedes el desprecio del deber y el temor á los hijos... Pe-

ro, créame usted, eso no basta, y siempre quedáis vencidas en esa lucha infamante; perdéis en ella vuestros encantos sin conseguir emular los de ellas... No son ustedes honradas, ni heteras... son ustedes esposas sin virtud y queridas sin lujuria... ¡No son ustedes nada!...

Ante aquella terrible reprimenda la señora de Rias, bien fuese porque admitía su verdad cruel ó porque la desdénase por injusta, no respondió. Después apartó la cola de su vestido con el pié y dijo, tirando del cordón de una campanilla:

—Con permiso de usted, llamo á mi doncella. Estoy algo fatigada.

Lionel se marchó llevándose un nuevo motivo de queja contra su mujer: el de haberle provocado á extremos de violencia contrarios á sus costumbres de dignidad y de buen gusto.

Dos ó tres horas más tarde un coche le esperaba en el patio para llevarle á la estación. En el vestíbulo se encontró con la doncella de la señora de Rias.

—¿Sin duda, la señora está durmiendo? preguntó.

—Sí, señor... la señora duerme... repuso la muchacha lacónicamente.

—No quiero despertarla, dijo Lionel; además, ya la he advertido que hoy tenía que salir para París necesariamente.

Y se fué.

En la tarde de aquel mismo día la señora de Loris fué á casa de su prima para informarse de lo que había ocurrido. Sobresaltada por la alteración

que desfiguraba el semblante de la señora de Rias y por su agitación febril, la acosó con sus preguntas hasta conseguir que la refiriese detalladamente el lance conyugal que había tenido por la mañana; y como la viese muy excitada no la dirigió ninguno de los reproches á que su poco juicio la hacían merecedora, limitándose á prodigarla afectuosas caricias. Lo que más la sorprendió fué que la joven parecía negarse á recibirlas.

—No me beses tanto, Luisita, dijo la señora de Rias sonriendo con amargura; tal vez te arrepientas muy pronto.

—¿Por que?

—Voy á decírtelo.

Levantóse bruscamente, cogió una carta de su pupitre y la arrojó abierta sobre las rodillas de su prima.

—Toma, dijo, lee.

La señora de Lorris leyó rápidamente; la carta era del vizconde de Pontis: tenía las expresiones más apasionadas, más fogosas y más comprometedoras, y en ella solicitaba una entrevista para la noche siguiente, en que la ausencia de la señora Fitz-Geral les ofrecía una ocasión que probablemente no volverían á encontrar. Pontis rogaba á la señora de Rias que no le desesperase negándole algunos minutos de conversación en el jardín de su hotel. Llegaría á la verja entre las once y las doce de la noche y allí permanecería esperando la vida ó la muerte.

—¿Cómo te expones á recibir cartas de esta índole? dijo severamente la señora de Lorris; ¿supongo que le habrás contestado debidamente?...

—Tienes razón, contestó la señora de Rias con su extraña sonrisa; ayer he respondido como debía, porque ayer era aún una mujer honrada...; pero hoy soy una mujerzuela... y voy á contestar como tal...

Cogió un lápiz y escribió rápidamente por debajo de la firma del vizconde, esta sola palabra: —Sí... Después se la enseñó á la señora de Lorris, escribió el sobre y tiró de la campanilla.

La señora de Lorris se había levantado y la miraba estupefacta.

—¡María, gritó, te lo ruego!

Un criado entró.

—Juan, dijo la señora de Rias, monte usted á caballo en seguida y lleve esta carta á Houlgate, á quien va dirigida.

En cuanto el criado se fué, añadió volviéndose apresurada hacia la señora de Lorris:

—No me sermonees inútilmente... ¡no me digas nada, ni una palabra!... Déjame... vete, ¡vete á llorar por mí!...

—¿Me despides de tu casa, María?

—¡Sí, te despido, vete!...

—Querida niña, dijo Luisa envolviendo á la joven en una mirada de dulzura y de piedad; yo te querré siempre, ya lo sabes... Serénate... ahora estás demasiado exaltada para escucharme... ¡bueno!... Ya volveré...

Y se fué después de besarle las manos.

Alrededor de las seis, en efecto, y después de hacer algunas visitas, volvió. La dijeron que la señora de Rias había salido y que comería fuera;

pero en la confusión del criado comprendió que su prima había dado orden de no recibirla.

Cuando Luisa entraba en su hotelito con el corazón oprimido, la entregaron una esquelita de la señora de Rias, que leyó con ansiedad: en ella solo había estas palabras:

«No digas nada á tu hermano.»

La idea que aquella carta sugirió á la señora de Lorris fué, precisamente, la de referírselo todo á su hermano, cuyos consejos necesitaba. Su suegra, la señora de Veyle, estaba en París desde hacía varios días y los acontecimientos eran demasiado urgentes para que pudiesen dirigirse á ella. Además, la singular preocupación que inspiró el billete de María, demostraba que el señor de Kévern ejercía un dominio sobre ella que probablemente podrían explotar favorablemente. Con este pensamiento corrió Luisa al cuarto de su hermano, se arrodilló ante él con gracejo infantil, y le confesó en voz baja y apasionada los incidentes de la visita que acababa de hacer á su prima. Terminó su relato enseñándole la carta que acaba de recibir, y después, con toda la avasalladora elocuencia de sus ojos doloridos, le suplicó que la ayudase á salvar el honor de la amiga de su infancia que más quería.

El señor Kévern la escuchó sin que en su severa fisonomía se transparentase la más leve emoción; luego dijo con acento bondadoso:

—Comprendo tu dolor, querida niña... yo también lo siento... pero, no puedo hacer nada, soy un extraño para esa mujer... ¿Cómo quieres que luche

contra un marido y un amante que parecen coaligados para precipitarla al abismo?... ¡Imposible!... Mi intervención sería ineficaz... y, además, ¿de qué medios he de valerme para llegar hasta ella?...

—Si la escribieses... apuntó tímidamente la señora de Lorris.

—¿Qué diantre quieres que la diga?

—Lo que te parezca.

El señor Kévern reflexionó un momento con aire aburrido; luego acercó su mesita de trabajo y escribió la siguiente lacónica esquelita:

«Mañana será usted muy desgraciada.

Kévern.»

—Dí que lleven esto, si quieres, querida mía, dijo; pero te advierto que es completamente inútil. Si reflexionas comprenderás que ese renglón va dirigido á una mujer poseída simultáneamente por las pasiones de la venganza y del amor, y que será como una gotita de agua arrojada en un incendio.

—Diré que espera contestación.

—Dilo, repuso el señor Kévern con su serena ironía.

Una hora después y cuando ya estaban concluyendo de comer, entró en el comedor el criado que llevó la carta. La señora de Rias había dicho que

estaba bien y que no tenía que dar ninguna contestación.

El señor de Kévern y su hermana salieron á dar un paseo por la playa, y él sentía que el brazo de la joven temblaba bajo el suyo.

—¿Estás triste, Luisa mía? dijo.

—Sí, mucho... La tarde está muy fría, me parece... diríase que estamos ya en otoño...

—Pues, ¿sabes lo que vamos á hacer?... Volvernos á casa, encender un buen fuego y fingirnos la ilusión de que distraemos una noche de invierno junto á un hogar confortable. Parece que las penas se aminoran cuando tenemos á nuestro alrededor un cuadro sonriente y tranquilo.

Después regresaron á su casa y se acomodaron en un saloncito al que las llamaradas y el chisporroteo de la chimenea prestaban una alegría y un bienestar suigéneris. La señora de Lorris trabajaba en sus labores y su hermano, sentado delante de ella, la leía un artículo de *La Revista*. Al principio pareció escucharle atentamente, pero, conforme avanzaba la noche, se iba inquietando, sus ojos se dirigían alternativamente desde la aguja al reloj, y su semblante expresaba la angustia que la oprimía el corazón. Acababan de dar las once cuando el señor de Kévern vió que algunas lágrimas se escapan de los ojos de la joven y caían gota á gota sobre su labor. Entonces interrumpió su lectura y dijo cogiéndola las manos:

—¡Vamos, hija mía, vamos!...

—¿Qué quieres? murmuró; ¡me recomendó que la llorase... y la lloro!....

Y empezó á sollozar.

De pronto levantó la cabeza y se enjugó los ojos rápidamente. Un coche se había detenido en la calle, frente al hotel. Después se oyeron las pisadas de alguien que subía la escalera. Luisa se levantó precipitadamente y abrió la puerta del salón; entonces sintió el ruido de una falda de seda y poco después vió bocetarse en la sombra el rostro fino y pálido de la señora de Rias. La joven dió un grito:

—¡María, oh, Dios mío!...

Después la abrazó, sofocándola con sus besos.

La señora de Rias se desprendió muy conmovida de los brazos de su prima y dijo con una especie de alegría febril:

—¡Ah, querida mía!... ¿Quieres darme hospitalidad?...

—¿Hospitalidad?

—¡Vaya, sí!... Figúrate que tengo miedo por las noches, ahora que no están conmigo ni mi madre ni mis hijos... Me he acordado de que tu suegra se había vuelto á Paris y he creído que durante dos noches podría disponer de su habitación.

—¡Ya lo creo! exclamó la señora de Lorris.

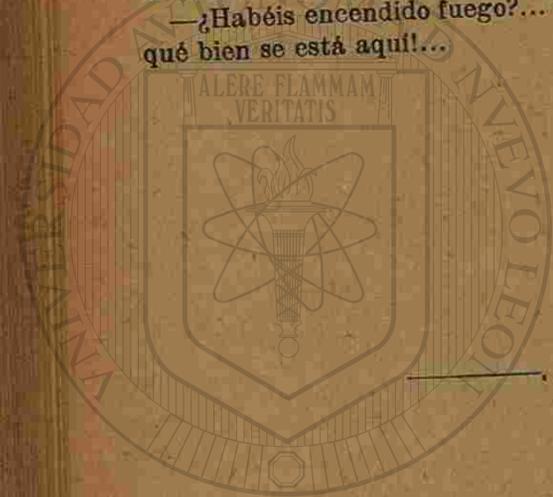
En seguida llamó á su doncella, y mientras le daba algunas instrucciones en voz baja, la señora de Rias se aproximó á Kévern, que había permanecido un poco separado por discreción, y le dijo alargándole la mano:

—¡Gracias!

El señor de Kévern no respondió y se inclinó ceremoniosamente.

La joven se sentó entre los dos hermanos y dijo desenvolviendo lentamente una labor que, por las trazas, parecía no haber visto la luz desde hacía muchos años, y acomodándose bien en su sillón:

—¿Habéis encendido fuego?... ¡Qué buena idea... qué bien se está aquí!...



XII

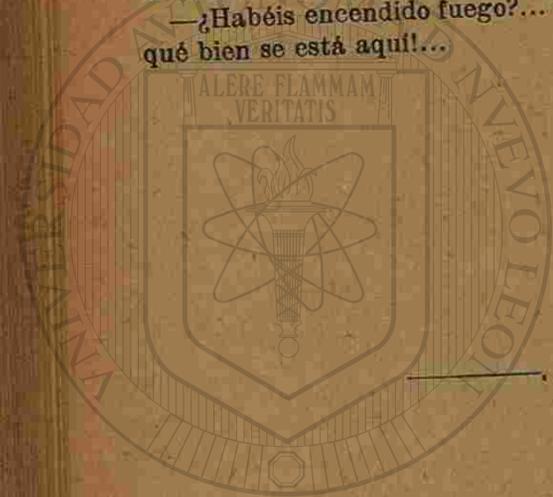
Desde entonces se estableció una larga y asidua correspondencia entre los principales personajes de esta historia. Aquí publicaremos únicamente las cartas necesarias para la buena hilación de los acontecimientos.

La señora de Lorris al señor Rias, en París.

«Trouville, 23 agosto.—Querido señor: Ayer, después que usted se marchó, su esposa tuvo la feliz idea de venir á hospedarse en mi casa hasta que vuelva su madre. ¿Le parece á usted bien?»

La joven se sentó entre los dos hermanos y dijo desenvolviendo lentamente una labor que, por las trazas, parecía no haber visto la luz desde hacía muchos años, y acomodándose bien en su sillón:

—¿Habéis encendido fuego?... ¡Qué buena idea... qué bien se está aquí!...



XII

Desde entonces se estableció una larga y asidua correspondencia entre los principales personajes de esta historia. Aquí publicaremos únicamente las cartas necesarias para la buena hilación de los acontecimientos.

La señora de Lorris al señor Rias, en París.

«Trouville, 23 agosto.—Querido señor: Ayer, después que usted se marchó, su esposa tuvo la feliz idea de venir á hospedarse en mi casa hasta que vuelva su madre. ¿Le parece á usted bien?»

El señor Rias á la señora de Lorris.

«Querida señora: Me parece excelente.»

La señora de Lorris al señor Rias.

«Me anima usted... ¿Me permite usted decirle una última indiscreción?»

El señor Rias á la señora de Lorris.

«Cuanto más indiscreta sea usted, más me agradará.»

La señora de Lorris al señor Rias.

«¡No sé qué decirle! Pero, sea como fuere, empiezo. Querido primo: no he sido tan insensible, como parece, al galante reproche que me dirigió us-

ted la noche del sábado último. Yo era, según usted aseguró, la causa principal de su matrimonio... fueron mis extraordinarios méritos los que le dieron una idea tan excelente de mi sexo, que todas sus objeciones contra el matrimonio se disiparon instantáneamente, como niebla que disipa el sol... Está bien, y acepto su galantería con tal que me permita usted cumplir con los deberes que me impone, pues hago cuestión de honor el que se realicen las esperanzas que le hice concebir. Quiero que tenga usted un hogar feliz. Usted dirá que ya es tarde: no lo creo y espero demostrarle lo contrario, pero es indispensable que usted me ayude concediéndome su confianza y su buen deseo; es necesario también que, en caso de necesidad, pueda exigir de usted algunos sacrificios... Por ejemplo, (y sirva esto de sondeo) ¿está usted dispuesto, apesar de ser un parisino completo, á viajar un poco fuera de Francia cuando yo lo juzgue oportuno?»

El señor Rias á la señora de Lorris.

«Sí, si usted me acompaña.»

La señora de Lorris al señor Rias.

«Usted no me perdona, según parece, el haberme declarado noches pasadas en favor de su mu-

jer, y quiere usted vengarse. Yo también me vengaré como pueda. No tengo inconveniente en decirle que nuestra última entrevista me inspiró una gran simpatía hacia usted, y que me conmovió su acento melancólico y sincero. Empezaba á creer que me equivoqué al considerarle responsable único de sus disgustos domésticos. En una palabra: no era solo por cariño á María, sino también por la estimación que usted me inspira, por lo que le ofrecí mis humildes servicios; pero ahora solo me resta pedirle que me dispense.»

El señor Rías á la señora de Lorris.

«Querida señora; Estoy avergonzado de mi tontería. Me hallaba bajo el peso de la impresión de que estaba usted vendida al enemigo, cuyos intereses defendía. Y esto supuesto, convenga usted conmigo en que su proposición, un tanto brusca, invitándome á viajar por el extranjero, no era la más apropiada para sacarme de mi lamentable error.

Vuestra cariñosa carta me rinde, en absoluto, á su voluntad. Ya no bromeo, ni discuto: escucho y obedezco. Creo que, incitándome á expatriarme, me da usted un excelente testimonio de cariño. Ahora confesaré usted, que es imposible extremar

más la confianza y el respeto. Espero sus órdenes y arreglo mis maletas.»

La señora de Lorris al señor Rías.

«Todavía se muestra usted algo brusco... ¡pero, en fin, se somete usted!... y eso me basta.

Renuncio, caballero, á ese estilo frívolo tan propio de mis pensamientos y de los de usted. Ya comprenderá usted que soy depositaria de todos los secretos de su mujer, y sé que con ella ha empleado usted palabras muy graves, muy ofensivas y, permítame usted decirselo, muy imprudentes. Después de una escena semejante y supuesto el estado de ánimo en que estaban ustedes dos, ¿no cree usted que la vida íntima era difícilísima entre ambos, y que solo serviría para enconar las heridas y hacerlas irremediables? ¿No cree usted que importa dejar que el tiempo borre los resentimientos y les revele á ustedes sus respectivos errores? Le suplico que medite en esto. Su mujer regresará á París dentro de ocho días. Le he oído decir á usted en diversas ocasiones que le era indispensable hacer un viaje á Inglaterra para sus investigaciones históricas, pero que no tenía usted ánimos para decidirse. Ahora yo le ruego que tenga ese valor que siempre le ha faltado: abriga la profunda convic-

ción de que en ello está interesada la felicidad de su vida. Durante su ausencia yo me encargo de su mujer: vivirá en su casa, ó en la de su madre, como usted quiera, pero nuestra vida será común. María siempre ha sido digna de usted, estoy segura y lo sostengo, pero eso no basta, puesto que usted no la ama tal como es... ¡Pues bien!... yo haré cuanto queda para que encuentre usted en ella á la mujer de sus ensueños; es decir, una mujer de marino, ¿no es eso?... Únicamente, si quiere usted conservar á su esposa tal como pienso devolverse-la, tendrá usted la bondad de modificar un poco sus costumbres. Acerca de ésto tengo ideas que necesito madurar largamente, y que ya manifestaré á usted en su tiempo y razón.»

El señor Rias á la señora de Lorris

«Querida señora: Acepto la prueba, de la que espero no mi dicha, sino mi rehabilitación. No tardará usted en convencerse de que hay locuras incurables que desaniman y desesperan aún al cariño más paciente: entonces me hará usted justicia y no sentiré el sacrificio que ahora me impongo si con él reconquisto la amistad de un corazón tan delicado y tan generoso como el suyo.

Dentro de dos días salgo para Londres.

Deseo que la señora de Rias continúe viviendo en su casa, y únicamente ruego á la señora de Fitz-Gerald que alguna que otra vez me dé noticias de mis hijos.»

La señora de Fitz-Gerald al señor Rias.

Londres, Hotel Clarendon

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA

AL FORNO

Paris, octubre.

Mi querido Lionel: Ahí le envío los últimos retratos de sus hijos, que siguen perfectamente. Los dos tuvieron una formalidad impropia de sus pocos años; el fotógrafo estaba admirado; era un polaco cuyo nombre no me comprometo á decir. La duquesa nos le recomendó. ¡Pobre mujer! Me desespero viéndola con su primo Pontis. El duque está completamente ciego, lo cual, después de todo, casi es mejor. Pero hablemos de vuestros queridos niños: son dos prodigios de inteligencia y de hermosura. Me quitan muchas penas y esto, amigo mío, ya lo puede usted comprender. Supongo que vuestra famosa obra estará muy adelantada, y tanto mi hija, como yo, nos alegraremos mucho de oírsela leer pronto: será delicioso. Este invierno pensamos salir muy poco. Mi hija no se separa de

su prima Luisa. Parecen Pablo y Virginia; ahora están leyendo á Mme. de Sévigné. Ya nadie escribe como aquella mujer.

¡Adiós, amigo mío! ¿Cuándo volveremos á verle?»

El señor Rías á la señora de Fitz-Gerald. En París.

Londres.

«Dispéñseme usted, querida señora, pero su encantadora carta demuestra que ahora se escribe como en tiempos de Mme. de Sévigné. Las mujeres escriben en virtud de una intuición maravillosa que ningún arte puede igualar, ni aún el de nuestro fotógrafo polaco. Tanto como su carta me han gustado los retratos, y por todo ello le doy las gracias más expresivas.

¿Desea usted saber la época de mi regreso?... Acerca de esto la señora de Lorris puede informarla mucho mejor que yo. ¿Estoy aquí por dos meses ó por diez años? ¿Debo hacerme súbdito inglés? Solo ella lo sabe.

Beso, querida señora, con el más cariñoso respeto, las manos más bonitas del mundo. No hay nada semejante en Inglaterra.»

La señora de Lorris al señor Rías.

París, noviembre.

Caballero: me han dicho que deseaba usted saber lo que duraría su estancia en el Reino-Unido. Nada más natural, pero yo no podía, como usted comprenderá, precisársela de antemano, porque esto dependía del éxito que yo obtuviese en la obra que había acometido. A Dios gracias, vuestra simpática mujer es tan docil, que desde ahora puedo asegurarle á usted que su destierro solo durará algunos meses... tres ó cuatro, ¿quiere usted?... Pongamos seis, porque siempre es conveniente consolidar las cosas.»

La misma al mismo.

París, diciembre.

Se engañaría usted, caballero, suponiendo que su mujer y yo nos pasamos la vida sumidas en la

austeridad de un claustro; porque, si he de decir verdad, somos dos viudas muy aficionadas á verlo todo. Correteamos por París como si fuésemos dos provincianas y hemos descubierto cosas muy notables... Por ejemplo, el museo del Louvre, el museo de Cluny, el museo de Carnavalet... ¿qué sé yo?... Algunas veces nos extralimitamos hasta el museo de Saint-Germain, después de almorzar opíparamente en el pabellón de Enrique IV. Solemos llevar un *cicerone* muy servicial y muy instruido, (pero muy poco seductor, puede usted creerme) que nos enseña, explica y traduce todo... De este modo vamos recordando paulatinamente algunos conocimientos que, francamente, teníamos muy olvidados. Repasamos nuestra historia, nuestra geografía, la retórica y aún la filosofía, como en un gran libro ilustrado, y viajamos á través del tiempo y del espacio como si tuviésemos alas, yendo desde la edad de piedra al siglo de Luis XIV, desde las habitaciones lacustres al hotel de Rambouillet, y apreciando bien las diferencias.

Tenemos, sin embargo, mucho que hacer en nuestra casa, para que podamos salir diariamente. Es necesario empezar la educación de nuestros hijos. Un poquito de alfabeto, un poco de piano, un poco de historia sagrada, eso por ahora: pero después, cuando tengan más capacidad y nosotras también, ya lo haremos mejor. Tenemos, además, nuestras flores: á María se le ocurrió desocupar los invernaderos de Fresnes para llenar su casa de flores y arbustos, desde el sótano hasta las bohardillas. Todas las plantas se renuevan dos veces á

la semana, porque sino se estropean: las ponemos, las quitamos, se las riega, las limpiamos con una esponja y huelen mejor. Pero lo que huele mejor aún es nuestra lencería... ¡qué cosa tan bonita es una lencería, caballero!... Se volvería usted loco con la suya. Seguramente se arrodillaría usted delante de esos grandes armarios de cristales en donde se apilan las ropas blancas como la nieve: los montones están atados con cintas azules y perfumados con bolsitas de color rosa que exhalan un olor de iris que recuerda á nuestras empolvadas tataradeudas. En fin, que en nuestra casa hay una limpieza y un orden extremados. Le hago á usted gracia de los detalles, pero por los apuntados comprenderá usted que le tenemos afición á nuestro hogar. Si quisiera darle cuenta detallada del empleo que damos á los días, sería preciso que refiriésemos nuestras obras de caridad: pero, si hablamos de ellas, ¿dónde estará su mérito?

Las noches las consagramos á las bellas artes; teatro, música y literatura, de todo un poco. Cuando volvemos de Versalles vamos á Saint-Simon; á las señoras de Sévigné ó de Lafayette cuando salimos del hotel Carnavalet; si queremos soñar repasamos una novela de Jorge Sand, y si dormir, un periódico cualquiera.

¡Pero, cómo!—me dirá usted;—¿no se ocupan ustedes de trajes, de bailes, fiestas y reuniones mundanas?... Dispénsame usted, querido Lionel: también hay un poco de todo eso; somos mujeres de sociedad y no queremos dejar de serlo, aunque solo fuese por no dejar de agradarle usted, porque

á usted le gustan mucho las matronas hacendosas... siempre que tengan las manos blancas, las uñas sonrosadas y los vestidos bien cortados. Nos presentamos, pues, en el mundo, en horas determinadas: sabemos que el mundo es un placer lícito, pero del cual no puede abusarse sin riesgo de caer en el vicio. Por consiguiente, no abusamos, y concedemos á las diversiones mundanales la parte accesoria que deben tener en la existencia de una cristiana distinguida, y nada más.

A usted, caballero, le costará trabajo creer en una metamorfosis tan brusca y tan radical de los gustos y aficiones de su mujer; y lo sería, en efecto, si no se explicase por una razón secreta que usted ignora, que yo debiera callar y que es la siguiente: Hay un hombre á quien María desea complacer, encantar, regenerar y esclavizar... y ese hombre, primo mío, me parece que es usted, aunque indigno.»

La señora de Lorris al señor Rias.

Marzo.

«Todo ha concluido ya, caballero, y dentro de algunas semanas puede usted volver á París. Me ha conmovido la leal y paciente resignación con

que ha soportado usted su sacrificio hasta el último instante. Agradezco lo mucho que su confianza vale y he hecho todo lo posible para corresponder á ella. Ayudada por los consejos de mi querido hermano, á quien debo lo poco que valgo y lo que usted estima en mí, he procurado prepararle á usted una paz larga y estable. María me ha favorecido con toda su inteligencia y todo su corazón. Ahora solo he de suplicarle á usted que haga lo mismo que ella, y ésta es la parte más difícil de mi empresa, porque exige de mí una audacia y una franqueza que espero me perdonará usted.

Mucho tiempo antes de que me hubiese usted honrado con su confianza, su matrimonio ya era para mí objeto de graves y prolijas cavilaciones. El mal giro que tomaba me entristecía mucho, turbando mi buen sentido y desconcertando y alarmando mi lógica y mi piedad. Conocía á María como á mí misma, también creía conocerle á usted, y no podía ver impasible que la unión de dos seres dotados de excelentes cualidades y dispuestos, uno y otro, para la dicha y el bien, fuese plantío ubérrimo de rencillas y desórdenes. Si un matrimonio contraído en aquellas excepcionales condiciones de conveniencia y armonía provocaba un desastre, era preciso renunciar á todo y la institución quedaba condenada. Esto era lo que me resistía á creer; hasta que afortunadamente, en vez de torturar mi pobre cerebro en estériles disquisiciones, he llegado á convencerme de que los disgustos del matrimonio no deben achacarse á la institución, sino á los cónyuges, y, particularmente, lo digo sin rebozo, al marido.

¡Toma!... Ya sé que la educación que reciben las mujeres francesas es muy superficial, frívola, exclusivamente mundana, y que están muy mal preparadas para la misión, hartamente grave, de la mujer casada: todo esto se lo concedo á usted pero, apesar de ello, me atrevo á asegurarle que en tésis general todas son, moralmente, superiores al hombre con quien se casan y más capaces que él de tener las virtudes domésticas. Y voy á explicarle á usted la razón: es porque las mujeres sienten con mucha más intensidad que ustedes la virtud soberana del matrimonio, que es el espíritu del sacrificio; pero las es muy difícil prescindir de todo, cuando el esposo que tanto les exige, no renuncia á nada.

Usted creía, caballero, ser un modelo de maridos, y en ciertos conceptos lo era usted, yo así lo reconozco; pero como casi toda la multitud casquivana de casados, tenía usted una idea muy precisa de los deberes que el matrimonio impone á su mujer, y una noción muy vaga de los de usted. El matrimonio no es un monólogo, es un diálogo, y usted había estudiado solamente un papel, que no era el suyo. Usted es demasiado sincero para negar que el matrimonio se reducía, á sus ojos, en añadir á los placeres de su vida el agradable aditamento de una mujer honrada y graciosa que embelleciese vuestro hogar, perpetuase vuestro apellido, y le diese, sin causarle grandes molestias, un poco más de respetabilidad y de dulce sosiego. Usted, como todos los de su sexo, se afanaba mucho buscando en París, en provincias, en China,

esa mujer maravillosa que debía aceptar todos los sacrificios y no exigir ninguno. Pero ni usted ni nadie la encontrará, porque esa *rara avis* que sueñan ustedes, (de la mujer casera) supone un pájaro mucho más raro aún: el hombre casero.

¿Y á qué se llama un hombre casero? Un hombre casero no es aquel que se pone á bordar sentado á los pies de su mujer, dispone los platos que han de servirse en cada comida, escribe las invitaciones, prepara los quinqués y arregla los relojes. Nosotras llamamos hombre casero á aquel con quien leemos el mismo libro, con quien asistimos al mismo espectáculo, con quien admiramos el mismo cuadro ó el mismo paisaje; aquel que nos forma una vida intelectual y moral junta á la suya, ó por mejor decir, en la suya misma; el que nos asocia, si no á todos sus quehaceres, sí á todos sus ocios, y que no reserva, por consiguiente, ningún gusto, ningún placer, ningún interés del corazón ó del espíritu, del que no quiera ó no pueda dejar de hacernos participar; el hombre, en fin, que al casarse, vierte francamente toda su ternura en su hogar, sin reserva alguna egoísta. Sea usted ese hombre y conseguirá ligar á su esposa á ese hogar, conforme usted se va ligando. Ese hogar no estará únicamente en su casa, sino que irá con usted por todas partes, como un altar doméstico; estará donde quiera que usted se halle, en el corazón de usted y en el de su mujer, y siempre que confundan ustedes en cariñosa intimidad vuestros pensamientos, vuestras impresiones, vuestros entusiasmos, vuestras creencias y vuestra caridad.

Ciertamente, Dios mío, que el matrimonio es una empresa que promete beneficios de inestimable valía, pero también tiene un pliego de condiciones: ¿lo ha oído usted? Temo que no, porque entonces hubiera usted visto que una gran parte de la educación de la mujer incumbe á su marido, que debe modelarla á su gusto, formándola conforme á sus aspiraciones y dignificando los sentimientos de un corazón joven y de un espíritu dócil que están deseando agradarle; y hubiera usted comprendido que es prudente y encantador añadir á los lazos que unen á la mujer con su marido, aquellos otros que ligán al discípulo con su maestro, con su mentor, con su guía, con su amigo.

Ya le oigo decir á usted, que ese espíritu dócil y ese corazón joven se sustraían á sus cuidados, oponiéndole su educación fútil, sus disipadas aficiones, la vanidad, la coquetería... en suma, la incurable frivolidad de las mujeres. Pero yo, caballero, no creo en la irremediable frivolidad femenina, ni usted tampoco, puesto que los dos estamos viendo diariamente que esa frivolidad incurable se transforma bajo el influjo del amor, de la piedad, de la fé y de la desgracia, en sacrificios austeros y en abnegaciones ilimitadas. ¿Por qué, entonces, no cedería también á la dulce autoridad de ese primer cariño que tan decisivo poderlo tiene sobre el corazón de la mujer y que reaparece, mientras vive á despecho de sus ultrajes, de sus resentimientos, de sus venganzas y de sus remordimientos?...

Confiese usted que eso no lo ha intentado. Usted creía que esa niña que acaba usted de desposar,

iba á metamorfosearse bruscamente, de la noche á la mañana, y por la sola virtud del sacramento, en una mujer perfecta. ¡Y bien, no señor!... Porque ese milagro usted era quien tenía que hacerlo.

Estoy, á Dios gracias, concluyendo mi sermón. Dispénsese usted, pero dígnese estudiarlo en estos últimos días de destierro, y seguramente perfeccionará usted la obra que mis débiles manos acababan de bocetar aquí.»

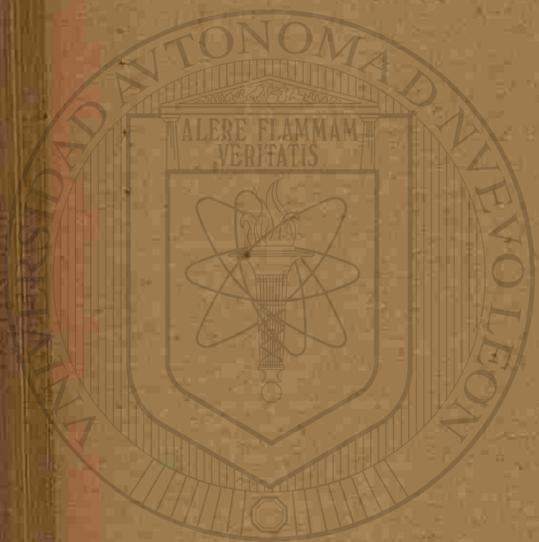
La señora de Rias al señor Rias.

Abril.

«Ha creído usted oportuno, mi querido Lionel, interponer entre nosotros un periodo de recogimiento y de silencio, y aunque me he resignado hasta el último momento, no quiero que vuelva usted sin antes enviarme una frase dictada por mi corazón. Espero que desde hoy en adelante estará usted más satisfecho de su fiel y amante esposa,

María.»

—«A no ser que usted me diese contraórden, pienso instalarme en Fresnes el primero de Mayo. Allí le esperaré y de este modo podré conservar la sociedad de mi querida Luisa que para entonces se establecerá en el Pabellón con su hermano.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UANL

XIII

El señor Rias era un hombre muy honrado y había sufrido mucho con el desarreglo de su vida y las perturbaciones de su hogar, para no mirar con tierna satisfacción los días mejores que le dejaba entrever el estilo de aquella correspondencia. Estaba muy lejos de admitir las teorías de la señora de Lorris, que le parecían demasiado impregnadas de parcialidad por su sexo: pero, después de todo, cualquiera que fuese la causa de los errores de su mujer, le bastaba que ella los reconociese y estuviera dispuesta á repararlos. Con su generosidad habitual prescindió de su amor propio, y sin preo-

cuparse de calcular de un modo equitativo las responsabilidades que uno y otro pudieran tener, se resolvió á aceptar francamente y con todo el regocijo de su corazón, la felicidad que otra vez se le ofrecía. Desde luego vió en la instalación de su mujer en el castillo de Fresnes, para cuando él volviese, una intención delicadísima. Allí fué donde se habian visto por primera vez, donde se amaron, donde se casaron; allí era donde debían reunirse nuevamente para recomenzar su vida común y remontarse, por decirlo así, á la fuente de su cariño. Había en este pensamiento algo de tierno y de conmovedor, y el señor Rias se apresuró á poner también de su parte toda la solícita actividad de un recién casado.

Quiso proporcionarse el grato placer de sorprender á su esposa y adelantó dos ó tres días la fecha en que había anunciado su llegada. Pasó varias horas en París, sorprendido del orden exquisito que reinaba en su hotel, y alrededor de las siete de la tarde salió para Fresnes: dos horas después bajaba del vagón en la estación más inmediata al castillo, y como no encontrase ningún coche, dejó su equipaje en la estación y emprendió alegremente el camino á pié.

Era una espléndida noche de primavera dulcemente alumbrada por un cuarto creciente de luna y millares de estrellas. Lionel avanzaba emocionado por aquel camino que antes de casarse con su prometida había recorrido tantas veces, y á cada paso recogía algún grato recuerdo ligado á esperanzas risueñas.

En el parque penetró sigilosamente por una de las alamedas del bosque, y bien pronto apercibió, á través del ramaje, las luces del castillo. Su corazón latía violentamente conforme se acercaba á las ventanas del salón de familia.

Antes de entrar, lanzó una mirada curiosa por los cristales, escudriñando el interior. El deseaba hallarse en esta primera entrevista á solas con su mujer, pero la señora de Rias estaba acompañada, lo que no era extraño, supuesto que no le esperaba.

Su tertulia, sin embargo, no podía ser más modesta ni más honrada: allí estaban su madre, sus dos hijos, su prima la señora de Lorris y el señor Kévern; nadie más. En un extremo del salón las señoras de Fitz-Gerald y de Lorris ejecutaban una sonata en el piano, á cuatro manos. Junto á la chimenea y delante de una mesa, la señora de Rias estaba arrodillada graciosamente sobre una sillita baja y con una mano apoyada sobre la cabeza rubia de su hijo, mientras que su hija aparecía muy cerca, sentada sobre las rodillas del señor Kévern. Todos estaban examinando los grabados de un librote abierto bajo la lámpara, y acerca de los cuales Kévern parecía darles explicaciones muy interesantes, á juzgar por la religiosa atención con que le escuchaban los dos niños y su madre, y de vez en cuando aquellas hermosas cabezas inclinadas se erguían para dirigirle al orador una pregunta ó una sonrisa.

Aquel cuadro no ofrecía ningún barrunto de disipación mundana, y sin embargo el señor Rias experimentó, al verlo, una intensa sensación de

disgusto. Había en la pequeña tertulia, y especialmente en el grupo formado por Kévern y la señora de Rias, algo íntimo y placentero que era indiscreto turbar ni aún con la mejor de las sorpresas.

Lionel se retiró de la ventana haciendo un gesto de mal humor; pero después de dar algunos pasos volvió, y conforme observaba aquella escena de familia, un sentimiento más grave y profundo que el de una leve contrariedad, se iba dibujando en sus facciones, y su frente se contrajo dolorosamente al ver que sus dos hijos, para quienes acababa de llegar la hora del asueto, se abrazaban al cuello del señor Kévern, á quien cubrían de caricias.

En aquel momento trajeron el té. Lionel, creyendo que la señora de Lorris y su hermano no tardarían en despedirse, esperó á que esto sucediera para aparecer ante su esposa, y ocultándose en la sombra de la arboleda inmediata, se abismó en sus reflexiones.

Pocos momentos después oyó abrir la puerta que daba al parque, y vió salir á la señora de Lorris y después á María apoyada en el brazo del señor Kévern. Por la dirección que siguieron comprendió que los dos hermanos, seducidos por la hermosura de la noche, regresaban á pié al Pabellón, y que, á juzgar por las apariencias, la señora de Rias solo les acompañaría hasta la verja del parque. Dejó, pues, que se alejaran, y luego se deslizó tras ellos, con objeto de encontrarse con su mujer cuando volviese al castillo. La casualidad le presentaba al

fin, la ocasión de tener una entrevista á solas con María, pero en tales instantes algo inexplicable parecía turbar el placer de aquel encuentro que tanto había deseado.

A la señora de Rias la distinguió á larga distancia, mucho antes de que ella pudiese verle: estaba protegido por la franja oscura que los árboles proyectaban sobre el borde del camino, mientras ella avanzaba por la parte iluminada, absorta en sus pensamientos: caminaba lentamente, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Muy cerca del sitio en que estaba Lionel había un banco rústico, sobre el cual la joven se dejó caer, como apesgada: después ocultó su rostro entre sus manos y empezó á llorar amargamente.

Ante aquella singular escena, la primera y repentina impresión de Lionel fué un dolor agudo y glacial que penetró hasta sus tuétanos: no era amado, y la proximidad de su regreso motivaba aquellas lágrimas misteriosas... Tal fué la idea torturadora que se le ocurrió, pero que se oscureció instantáneamente, como un relámpago. Tenía mucha confianza para que pudiese perderla toda en un solo golpe. Seis meses hacía que le aseguraban que su mujer le amaba como antes, que solo pensaba en agradarle, que todos sus afanes convergían en este único empeño, y todas sus abnegaciones y todas las reformas de su vida. Ella misma se lo había dicho en su última carta, y bien pronto se persuadió de que su repentina desconfianza era tan injusta como ingrata. La señora de Rias lloraba fácilmente, como todas las mujeres,

y tal vez cedía en aquel momento á una crisis de nostalgia nerviosa. Acaso fuese aquella su última pena por los placeres que le sacrificaba, y su dolor daba nuevo realce á su meritorio sacrificio...

Para sustraerse á nuevas quimeras, salió precipitadamente de la parte sombría del bosque en que se hallaba y se dirigió hacia el banco rústico siguiendo por el lado mejor iluminado del camino. El ruido de sus pasos hizo que la señora de Rias levantara la cabeza: Lionel la saludó amistosamente con la mano y empezó á decir alegremente y desde lejos:

—¡Lo que acabo de hacer le parecerá infantil... he querido sorprenderla á usted!...

Ella se enjugó los ojos precipitadamente y salió á su encuentro; él la cogió por las manos, pero, sintiendo que temblaba, exclamó:

—¡Por Dios, querida mía, soy un torpe!... ¿La he asustado á usted?...

—Sí, un poco, murmuró ella; estaba tan agena de verle... Mire usted, estoy temblando...

—¿Pero, no me abraza usted, María?

—¡Perdón!

Y le presentó la frente.

Después de aquel ceremonioso recibimiento, muy diferente de las efusiones que el señor Rias esperaba, regresaron juntos al castillo. Pasado un momento de angustioso silencio, ella empezó á preguntarle súbitamente y con una especie de excitación febril, acerca de los incidentes de su viaje, de la travesía, de las horas de los trenes y de los

buques; después y en el mismo tono habló de sus hijos, encomiando sus progresos y los alardes de su inteligencia temprana. Hacía un momento que se acostaron, pero no creía que estuviesen dormidos.

En cuanto llegaron al castillo, María le llevó á su cuarto; los dos niños estaban profundamente dormidos y Lionel no quiso despertarles, contentándose con lanzarles una mirada dulce y triste.

Luego bajaron al salón, adonde llegó en seguida la señora de Fitz-Gerald, con su cofia de dormir; y después de lanzar algunos gritos de sorpresa, abrazó á su yerno, habló disculpando la inconveniencia de su traje y se retiró discretamente.

Una vez solos, no tardó el señor Rias en apercebirse de que, aunque la joven contestaba á sus preguntas y á sus cariñosas palabras con cierto regocijo, parecía, no obstante, muy distraída y preocupada, su aparente alegría espiraba en medio de pausas glaciales, y conforme la noche iba pasando Lionel advertía en sus ojos una expresión innegable de malestar, de inquietud y hasta de angustia. El mismo concluyó por sentirse disgustado y cortó la conversación poniéndose de pie.

—¿Mi cuarto estará preparado, no es cierto, querida mía?

—¡Sí, sí, sí... ciertamente!

Y sin querer, suspiró.

Estaba parada delante de él, sonriente y ruborosa: Lionel la miró á los ojos y ella se sonrojó.

—¡Buenas noches! murmuró él.

Y estrechándola la mano friamente salió del salón,

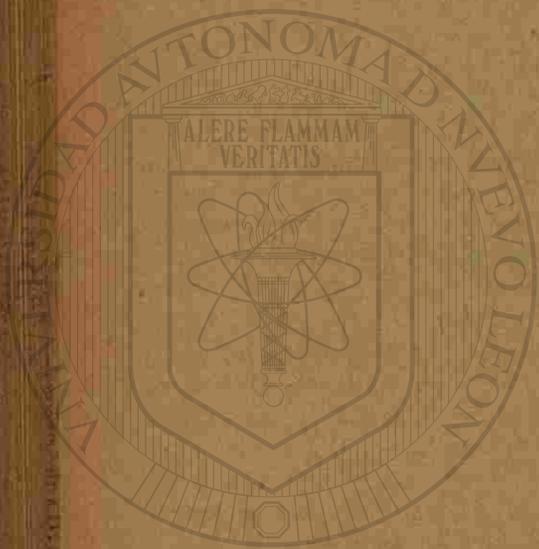
Apesar del cansancio consiguiente á un día de viaje y de emociones, el señor Rias ni siquiera trató de descansar, y empezó á pasear por su habitación durante horas enteras, en un estado de ánimo digno de piedad. El desengaño más completo y más amargo sucedía á las placenteras ilusiones en que su fantasía y su corazón se habían mecido. La impresión, violenta como un rayo, que le asaltó al ver á su mujer anegada en llanto era, á no dudar, una impresión verdadera y justa. Desde aquel momento la verdad surgió ante sus ojos con implacable claridad, inundándole con su luz cruel. Repasaba en su cerebro calenturiento todos los incidentes y detalles de aquella penosa noche; con ellos relacionaba datos dispersos recogidos en la correspondencia de la señora de Lorris, y en seguida los asociaba interpretándolos después con espantosa lucidez. No creía que la señora de Lorris le hubiese engañado y burlado á su antojo, y que la conversión de María y la transformación de sus gustos y costumbres hubieran sido meras invenciones... No, la señora de Lorris no le había engañado, pero, sin saberlo, solo le había dicho una parte de la verdad. Era cierto, en efecto, que la señora de Rias estaba curada de su locura mundanal, que daba á su vida un empleo más serio, más inteligente y más digno, y que se había dedicado, con verdadero ahinco, á la educación de su corazón y de su inteligencia; era cierto, también, que todo esto lo hizo por agrandar al hombre á quien amaba...; pero el hombre que ella amaba no era él... era el señor Kévern... Y esto era, precisamente,

lo que la señora de Lorris no le dijo, probablemente porque lo ignoraba, cegada por su honradez, su candor y la confianza idolátrica que tenía en su hermano, á quien asoció á su obra sin sospechar la parte equivocada que acaso pudiese representar.

Tal vez en medio de las agitaciones de aquella noche dolorosa, Lionel Rias se prodigó á sí mismo reflexiones tardías llenas de reproches amargos, porque, al fin, lo que Kévern había intentado y logrado, debió intentarlo y conseguirlo él: él había sido amado como el otro lo era entonces, había sido dueño de aquel corazón tan capaz de apasionamientos y de sacrificios, pero no usó de aquel poder y otro se lo había arrebatado.

No era la primera vez que, en el trascurso de su vida, encontraba el señor Rias á esos sabios predicadores que se erijen en directores de virtudes ajadas, y que casi siempre las salvan para perderlas después mejor; sabía también que la mayor parte de esos austeros consejeros son peligrosos hipócritas, y que los que no son hipócritas suelen resultar más terribles aún.

¿A cuál de estas dos categorías pertenecía el señor Kévern?... era cosa que á Lionel importaba muy poco. De lo que ya no dudaba era de que Kévern le había usurpado su puesto en el corazón de su mujer y hasta en el alma de sus hijos; lo que bastaba para que le jurase odio mortal y se propusiera vengarse de todo lo que estaba haciéndole sufrir. En este pensamiento vislumbró una esperanza, una solución, y al fin pudo conciliar el sueño cuando ya apuntaban las primeras claridades del nuevo día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE TAMPICO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Apr 20 1964

XIV

Lionel Rias trazó, al despertar, su plan de conducta. Para tener derecho á dejar estallar las pasiones que le animaban, necesitaba substituir las simples sospechas con pruebas irrefutables, lo que únicamente conseguiría procurando no inspirar á los culpables la menor desconfianza, para lo cual resolvió afectar una libertad y un sosiego perfectos. Sus ademanes fríos y corteses le facilitaban desde luego este papel, ahorrándole muchos disimulos difíciles.

Desde aquel primer día tuvo el dolor de ver confirmadas sus aprensiones por más de un detalle. El más concluyente y lancinante fué el irreflexivo

testimonio de sus hijos. Hablando con ellos, cuando les preguntaba acerca de sus ocupaciones y divertimientos durante su ausencia, el nombre de Kévern era repetido continuamente por sus labios, delatores inocentes: aquel nombre estaba ligado á todos sus recuerdos, á sus relatos, á sus estudios, á sus juegos y cada pormenor de su vida cotidiana. La señora de Rias, por el contrario, solo lo pronunciaba de tarde en tarde y siempre con timidez, como si el señor Kévern hubiera sido un extraño ageno á las intimidades de la casa, mientras que, juzgando por lo que los niños decían, era el huésped y compañero asiduo de la familia.

Lionel quiso ir aquel mismo día á ofrecer sus respetos á la señora de Lorris y al señor Kévern. Este le recibió con perfecta cordialidad: en cambio, el semblante y la actitud de la señora de Lorris constituyeron nuevos síntomas acusadores. En el estado de relaciones con Lionel, después de la correspondencia que con él había sostenido y tras el buen éxito de sus gestiones, era natural que aquella agradable señora le dispensase un recibimiento cariñoso y franco. Sin embargo, la halló recelosa y turbada; tenía los ojos inquietos y una nube de tristeza en la frente, y creyó que ella también había sorprendido la verdad y que aquello la preocupaba en su corazón y en su conciencia.

Durante los tres ó cuatro días siguientes, los huéspedes del castillo y los del Pabellón continuaron, cediendo á las reiteradas instancias de Lionel, viviendo en estrecha intimidad, y almorzando ó

comiendo los unos en casa de los otros; pero, apesar del ingenio y gracejo que por cuenta propia derrochaba el señor Rias en estas reuniones cotidianas, reinaba en ellas algo indiscutible de ansiedad y de inquietud. El señor de Kévern, á despecho de su calma aparente, era desconfiado y suspicaz. La señora de Rias, unas veces agitada, otras abatida, siempre pálida y enfermiza, parecía apesgada bajo la carga de un disimulo que excedía con mucho á sus fuerzas y tal vez á su lealtad. Ella misma comprendía que estaba delante de su marido con una torpeza comprometedora, y evitaba cuidadosamente encontrarse frente á frente con Kévern; pero, sin querer, le seguía con la mirada y sus ojos la vendían. En cuanto á la señora de Lorris parecía cada día más triste, y espiaba á Lionel con furtiva atención, como si hubiese sospechado su clarividencia, y tenía con su prima cuchicheos frecuentes en sus habitaciones, de las que salían con los ojos enrojecidos por las lágrimas. ¿Era, pues, su confidente, su cómplice? ¿Podía extremar su ciego cariño hacia su hermano hasta el punto de proteger sus amores, ó luchaba, por el contrario, por recordarle á la señora de Rias su buen juicio y su deber?

Sea como fuese, era indudable que para todos, excepto para la excelente señora de Fitz-Gerald, el señor Rias había hecho muy mal volviéndose de Inglaterra para representar en su propia casa el papel de intruso importuno.

Lionel esperaba con una impaciencia trágica el momento de resolver violentamente aquella situa-

ción insostenible, cuando la casualidad se lo presentó. Atormentado desde su regreso por el insomnio, tenía la costumbre de quedarse velando hasta muy tarde en su dormitorio, aún después de haber apagado las luces. En la quinta noche que siguió á su llegada al castillo, oyó, alrededor de la una de la madrugada, que crugía sigilosamente una de las puertas que daban al parque. Momentos después vió que una sombra blanca y elegante pasaba por debajo de sus ventanas y que deslizándose como un fantasma desaparecía en las tenebrosas profundidades de una alameda. Una especie de dolorosa satisfacción contrajo instantáneamente los labios del señor Rías. Su primer impulso fué coger una caja de caoba que guardaba dos pistolas; pero después reflexionó, arrojó violentamente las armas sobre un sofá, salió de su habitación y bajó al parque.

La dirección seguida por la señora de Rías era un indicio que equivalía para él á una evidencia. La avenida oblicua en que ella se había internado desembocaba en una de las extremidades del parque colindante con los bosques del señor Kévern. Las dos propiedades estaban separadas por un camino hondo y muy poco frecuentado, ni aún durante el día, y allí era adonde iba María, si su excursión tenía el propósito que Lionel imaginaba. En vez de seguirla atajó por un sendero de cazadores que atravesaba el monte y cortaba mucho terreno. Fiaba en su experiencia y en sus instintos de cazador para conocer las revueltas á despecho de las tinieblas, pero tropezó con dificultades que no había previsto, y la agitación de su ánimo y el

ahinco de su persecución, contribuyeron á extrañarle más de una vez.

Mientras avanzaba trabajosamente á través de los matorrales acudió á su memoria un extraño recuerdo; pensaba en el paseo de enamorado que dió un día, la misma víspera de su matrimonio, por aquellos bosques y por aquel mismo camino, con la señorita de Fitz Gerald; y el contraste entre los sentimientos que entonces le embriagaron el corazón y los que en aquel momento le torturaban, le hizo experimentar un agudísimo dolor.

De pronto, se detuvo, sorprendido por el eco de una voz y de unos sollozos que llegaron hasta su oído turbando el silencio solemne de los bosques y de la noche. Entonces se alebró, apartó el follaje y continuó arrastrándose sin ruido como el indio cazador que acecha. Estaba al borde del camino hondo, cuya relativa claridad le permitía ver dos sombras que caminaban juntas y lentamente: eran la de la señora de Rías y la del señor Kévern. Contuvo la respiración, y hasta hubiera querido suspender el latido de sus arterias para escuchar mejor... pero la conversación entre ambos debía de estar concluyendo, porque únicamente cambiaban algunas palabras y en voz muy baja. La señora de Rías se llevaba á cada momento el pañuelo á los ojos. De repente Kévern se detuvo, la contempló en silencio y la estrechó apasionadamente contra su corazón.

Una nube de sangre pasó por los ojos de Lionel, cegándole durante algunos segundos. Cuando pasó aquel vértigo y pudo recobrar el dominio de sí mismo, Kévern y la señora de Rías habían desaparecido.



XV

Al día siguiente por la mañana, el ayuda de cámara del señor Rias entregaba al señor Kévern, en propia mano, el siguiente billete:

«Anoche estuve en el parque. Le agradeceré que mañana, á las nueve, reciba usted la visita de dos amigos míos.

Lionel de Rias.»

Tan pronto como envió este mensaje, salió Lionel para París, y en cuanto llegó fué á ver á uno de sus parientes, el señor de Eblis, que era muy perito en lances de honor. Le dijo que después de su vuelta había tenido, con su vecino de campo el señor Kévern, varias discusiones relativas á los

límites de sus propiedades y derechos recíprocos de caza, y que aquellas disputas habían provocado una cuestión seria que tenía que zanjarse por medio de las armas. Le suplicaba que fuese uno de sus testigos. El señor Eblis repuso que esperaba que un resentimiento tan liviano se resolviese amistosamente, y desde luego prometió que al día siguiente tomaría el primer tren para Fresnes, á fin de estar allí á las ocho de la mañana.

En seguida el señor Rias fué á casa del duque de Estreny, pero el duque estaba en el Círculo. Allí fué á buscarle. Al entrar en uno de los salones en que había varios jóvenes agrupados en torno de una mesa de *whist*, la casualidad hizo que uno de los jugadores pronunciase el nombre de Kévern, y el silencio repentino y forzado que hubo cuando vieron al señor Rias, fué para Lionel una prueba bien dolorosa de que su desventura conyugal era pública y notoria. El duque de Estreny recibió con aire grave las explicaciones de Lionel, escuchóle sin comentar el relato poco verosímil que éste hizo acerca del origen del desafío, y se puso, como el señor Eblis, á su disposición.

Cuando á eso de las diez de la noche el señor Rias regresó á Fresnes, encontró en el salón á la señora Fitz-Gerald, sola y muy triste: le dijo que su hija había estado todo el día muy enferma, y que después de comer se sintió tan mal que se acostó, rogando que la dejasen descansar. Lionel, después de hacer algunas preguntas con afectada solicitud, pretextó también un poco de cansancio y se retiró á sus habitaciones.

Alrededor de la media noche, estando sentado delante de su bufete acabando de escribir algunas disposiciones, la puerta del cuarto se abrió suavemente. Lionel se volvió: la señora de Rias estaba delante de él, pálida como una muerta. El la miró con ojos fríos y severos.

—¿Qué quiere usted de mí? dijo.

—Quiero hablarle, murmuró ella con voz ahogada y apenas perceptible.

—Hable usted.

—Lionel, estoy medio loca... añadió ella con acento de desesperado dolor; ¡tenga usted alguna piedad de mí... no me mate usted!...

—¿Qué pretende usted decir, querida mía?

—Luisa ha venido hace un momento... desde esta mañana sospechaba... aprovechando un momento en que su hermano salió... ha visto la carta de usted... lo sabemos todo...

—¿Y qué sabe usted?

—Sé que mañana se bate usted con el señor Kévern.

El señor Rias se puso en pié y parándose delante de su mujer.

—Oiga usted, María, dijo friamente; siento mucho que este detalle haya llegado á oídos de usted, pero confiese usted que mía no ha sido la culpa. Ahora, ¿qué busca usted aquí? pierde usted el tiempo, pues ya puede usted comprender que en estas circunstancias, lo mismo sus súplicas que sus protestas, son completamente inútiles. Su recibimiento y su conducta para conmigo, me hicieron sospechar de la clase de relaciones que mantenía

usted con el señor Kévern. La noche pasada la seguí á usted y vi cuanto entre ustedes sucedió. Estoy, pues, convencido, y nada podrá impedirme que procure salvar de mi honor lo que aún puede salvarse. ¡Vamos, retirese usted!

Ella se dejó caer sobre una silla y exclamó, retorciéndose las manos y con los ojos fijos en el vacío:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!...

—La ruego á usted que me deje, agregó duramente el señor Rias.

La joven dió algunos pasos hacia la puerta; luego, volviéndose bruscamente, se arrojó de rodillas sobre el suelo:

—¡Pues bien! gritó; ¡mátame usted... eso es lo justo!... ¡Pero á mí sola, á mí sola!...

Su voz se extinguió ahogada por los sollozos.

—¿Cómo, no comprende usted, repuso Lionel violentamente, que con cada palabra me infiere usted una nueva ofensa?...

—No... ¡oh, no, se lo juro á usted!... ¡Es que usted no me comprende!... Deje usted que se lo diga todo, se lo suplico... ¡Ah, no mentiré!... Sí, soy culpable... sí, amo al señor Kévern... sí... si él lo hubiese querido... lo creo, es posible... mi cariño, mi debilidad, no le hubieran negado nada... Ya ve usted que no pretendo disculparme... pero, él no ha querido... ¡gracias á Dios, no ha querido!... El es quien me ha salvado, ¡y quiere usted matarle!... Eso es imposible... sería una acción odiosa... abominable... ¡Se lo ruego, se lo suplico... no la cometa usted!...

—¡Vamos, veo que le quiere usted mucho! dijo el señor Rias sentándose bruscamente.

—Sí, le amo, prosiguió ella siempre arrodillada y como apoltronada sobre sí misma; le amo, porque no solamente me ha salvado de sí mismo, sino también de los demás... Miré usted, hace algunos meses... en Trouville, después de aquella escena tan merecida, tal vez... pero tan dura, tan ofensiva para mí... abandonada de usted, llagada, desesperada... iba á perderme... Entonces había un hombre que me cortejaba y á quien yo creía amar... ¿quién? ya puede usted figurárselo. ¡Y bien!... ¿Quiere usted saberlo todo?... A ese hombre le esperaba yo durante la primera noche que siguió á la partida de usted... Y fué una palabra, una sola palabra del señor Kévern la que me devolvió la razón y al deber, al honor... ¡Y quiere usted matarle!... Pero, después le he amado... tal vez ha correspondido á mi cariño... sea... Usted nos ha visto juntos la noche pasada... ¡ay de mí!... me ha visto usted en sus brazos... y comprendo, usted ha creído, cree aún... ¡Dios mío!... que tiene que vengarse de una ofensa mortal... ¡sin embargo, no es cierto, no lo es!... Aquel instante de abandono, de debilidad... era el primero y el último entre nosotros... era el adiós, de un amigo... de un hermano á quien nunca debía volver á ver... ¡Nada más, se lo juro á usted!... Desde que usted vino, él, su hermana y yo sosteníamos combates crueles... Ella quería marcharse... él dudaba, temiendo que un viaje repentino no despertase en usted alguna sospecha... yo, yo no quería... Y ade-

más, porque aún conservo alguna honradez, esta existencia diaria entre usted y él; esta duplicidad, este engaño continuo, repugnaban á mi corazón... Anoche me sacrificé completamente... quise verle para concluir... y entonces fui y usted me siguió... ¡Hoy debía marcharse, y yo debía decirle á usted algo de lo que acabo de confesarle!... Entonces, quizá me hubiese creído usted... ¡mientras que ahora no me cree usted!...

—No, dijo secamente el señor Rias.

Hubo un momento de silencio durante el cual solo se percibieron los sollozos convulsivos de la joven.

—Y además, exclamó de repente Lionel, es usted muy original, porque, ¿no hay en todo lo que acaba usted de decir motivos sobrados de resentimiento y de odio contra un hombre?

—Sí, sin duda... sí... y, no obstante, si usted, Lionel, estuviese convencido de que no hay más de lo que he dicho... y de que el único lastimado es el orgullo de usted, pero no su honor... que no hay nada... absolutamente nada de irreparable entre nosotros... ¿no tendría usted piedad, sino de mí, al menos de su pobre hermana, tan inocente, tan noble y tan desgraciada?... ¿Querría usted matarla ó volverla loca?... Mi pobre Luisa, que tanto me ha querido... ¡Qué recompensa!... ¡Ah! si tuviese usted esa bondad, Lionel, si fuese usted tan generoso que olvidase esa explosión de su orgullo ofendido... ¡ay!... lo siento... se lo juro... aún habría felicidad para nosotros... Sí, eso me conmoviera tanto, se lo agradecería á usted tanto... que todo lo podría us-

ted esperar de mi corazón... Ha sido completamente de usted... volvería á usted... Ya sé que éste no es momento oportuno para hablarle á usted de sus errores... pero, en fin, usted también ha cometido algunos quizás... ¡Yo los olvidaría todos!... y sería tan dichosa, tan dichosa olvidándolos... ¡y haciéndole olvidar á usted los míos!... ¡Ah, yo se lo ruego, se lo ruego... yo le querré á usted como al mismo Dios!...

Calló, sofocada por sus lágrimas que corrían á borbotones, como sus ruegos.

El señor Rias se había levantado presa de una fuerte emoción, y empezó á pasearse á largos pasos. Su rostro, terriblemente contraído y el temblor convulsivo de sus labios, revelaban la terrible lucha que sostenía consigo mismo. De pronto se acercó á su bufete, cogió un pliego de papel y escribió febrilmente algunas palabras. Luego, acercándose á su mujer que permanecía á sus pies enloquecida y anhelante, la entregó abierta la esquelita que acababa de escribir.

—Puede usted leer, dijo; es para la señora de Lorris.

Ella apartó con sus manos sus cabellos flotantes caídos sobre su semblante, y leyó el billete que solo contenía estas palabras:

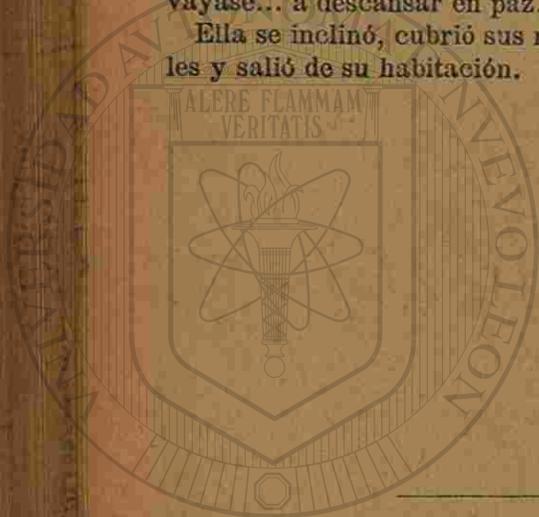
«Señora: Sírvase usted decirle á su hermano que no reciba á nadie mañana de mi parte.»

La joven lanzó un grito y levantándose súbitamente cogió apasionadamente las manos de su marido entre las suyas, como para atraerle hacia sí; después, bajando los ojos arrasados en lágrimas...

—¡No me atrevo! murmuro.

—No... ahora nada... nada... se lo suplico... dijo el señor Rias con acento profundamente emocionado; tranquilicémonos los dos... Vaya usted, María, váyase... á descansar en paz...

Ella se inclinó, cubrió sus manos de besos febriles y salió de su habitación.



UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO RIVERA"
Año 1974

XVI

La exaltación de sentimientos que en el ánimo del señor Rias provocó aquella escena no podía ser, desgraciadamente, duradera. La reflexión, el frío razonamiento, la experiencia amarga, no podían dejar de levantar la voz y readquirir su imperio. Cada día, conforme el tiempo pasaba y decrecía la primera impresión causada por las frases apasionadas de la señora de Rias, su acento de verdad y sus ruegos conmovedores, el recelo y la desconfianza ganaban terreno y obtenían en su ánimo mejor acogida; y no tardó en preguntarse si su confianza no había sido candor, su generosidad tontería, y si no fué juguete de una de esas comedias pérfidas ó de una mentira de esas que las mujeres saben urdir y representar á maravilla.

La vida diaria entre Lionel y su mujer estaba entonces, á juzgar por las apariencias, llena de cariño, de dulzura y de unión. La señora de Rias tenía la preocupación constante de evitar todo lo que pudiese disgustar á su marido y buscar cuanto pudiera serle grato, y todo ello con una solicitud tímida y reservada, pero siempre apasionada y atenta. Lionel la correspondía con bondadosa cortesía, y nunca se traslucieron ni en su lenguaje, ni en sus ojos, la sombra de un resentimiento ni de un reproche, pues tenía el corazón muy noble para que se atreviese á recordar su palabra y su perdón.

Pero en medio de aquel dulce hogar que parecía haber acoplado los mejores ensueños de su vida, tal vez, allá en sus profundos, era más desgraciado que nunca. Una sospecha incurable le torturaba: — ¡Había sido engañado!... Era objeto de la secreta ironía del señor Kévern y quizás de su propia mujer. Este pensamiento continuo le causaba una tristeza tanto más profunda cuanto que era irremediable. Aquello siempre estaría entre él y su esposa, helando sobre sus labios la ternura y la confianza, y maldecía amargamente aquel arrebatado de su corazón que le condenó á una desconfianza y á un fingimiento eternos.

Una mañana, á fines del mes de Julio, estando Lionel fumando un cigarrillo en el patio de las ballerizas, vió á lo lejos á la señora de Rias que se dirigía rápidamente hacia una de las alamedas del parque. Aquella alameda cruzaba el camino de un pueblecito en el cual la joven acostumbraba á ha-

cer algunas obras de caridad. Lionel creyó que ésta era la causa de su paseo, aunque le pareció demasiado matinal. Momentos después un incidente insignificante, al parecer, despertó en su ánimo otra suposición. Aquella era la hora en que el cartero rural iba todos los días á Fresnes, después de haber despachado el correo, y recogía las cartas del castillo que los criados le entregaban ó que él mismo recogía en la mesa del vestíbulo, y luego continuaba su camino dirigiéndose al pueblo inmediato por la alameda en que la señora de Rias estaba paseándose. Lionel tuvo de repente la idea de que su mujer quería entregarle personalmente al cartero alguna carta, y que con este pensamiento había ido á esperarle en algún lugar oculto; y su sospecha se confirmó viéndola reaparecer y entrar en el castillo con la misma precipitación así que el cartero hubo atravesado la alameda.

El señor Rias atravesó por una de las praderas que rodeaban al parque y que conducía al pueblo por un camino vedado al público y mucho más corto. Pocos momentos después se reunía con el cartero en el momento en que éste salía del bosque.

— Le vengo siguiendo á usted, dijo; ¿hace un momento recogió usted en el castillo una carta dirigida al señor Kévern?...

— Sí, señor; la señora me la dió...

— Justamente... Haga usted el favor de darme esa carta porque las señas están equivocadas... Mañana se la llevará usted.

El cartero obedeció y siguió su camino.

El sobre tenía esta dirección:

«Sr. Enrique de Kévern, hotel Bergues, Génova.»

Lionel miraba aquel pliego y lo volvía y revolvía entre sus manos con un sentimiento inexplicable de angustia. Abrirlo y violar su secreto era una acción cuya importancia comprendía, y respetarlo era perder la única ocasión que seguramente se le presentaría de disipar la incertidumbre que envenenaba su vida.

Estaba sentado sobre un tronco de árbol caído delante de una de las cercas del parque y absorto completamente en sus meditaciones, cuando el ruido de un coche le hizo levantar los ojos. Era el cupé de la señora de Lorris, y entonces se acordó de que aquel día estaba convidada á almorzar en el castillo. Al ver á Lionel, creyó la señora de Lorris que había salido á esperarla, y ordenando al cochero que se detuviese, bajó en seguida y despidió el coche.

—Es usted muy amable, caballero, dijo; ¿y María, está bien?...

—Muy bien... ¿qué mañana tan hermosa, verdad?...

Abrió la empalizada para que la joven entrase en la alameda, y la siguió.

Ella, extrañando su aire preocupado y distraído, le preguntó después de algunos momentos:

—¡Y bien!... ¿Qué hay de nuevo, querido amigo?

—Nada...

—Dispense usted... tiene usted tempestades en la frente... Y hace un rato que estaba usted ahí,

pensando como el hombre que medita un crimen.

—Algunas veces me acometen ideas muy tristes, dijo Lionel.

—¿Por qué?... ¿No será usted dichoso nunca, mi pobre señor?...

—Temo que no.

Ella repuso con acento grave:

—Eso me apena...

Luego, deteniéndose en medio de la alameda...:

—¿Veamos, qué le falta á usted?... La confianza, ¿no es eso?...

Lionel no contestó.

—¡Dios mío!, agregó la joven; ¿qué sería preciso hacer ó decir para devolvérsela?

—¡Sería necesario, exclamó Lionel bruscamente y cediendo á un movimiento irreflexivo, decir lo que hay en esta carta.

—¡Esa carta!... ¿Qué es esa carta?

El se la enseñó y ella, al leer la dirección, palideció ligeramente.

—He aquí, añadió Lionel, la historia de esta carta. Esta mañana ví que María se la entregaba secretamente al cartero... Al principio, la idea de dejar escapar esa carta... llevándose su secreto eterno, me ha parecido imposible... La cogí... ya era demasiado; no la abriré... Tómela usted, no es un lazo el que la tiendo... eso sería odioso... No la abra usted, se lo ruego, ¡no lo quiero!... Por muy segura que esté usted de su amiga y de su hermano, no puede usted intentar una prueba semejante... Quémela usted sin leerla y sin decírselo á nadie... prométamelo usted...

La señora de Lorris cogió la carta con mano temblorosa y mirando á Lionel fijamente, rasgó el sobre.

La heroica mujer tuvo, sin embargo, en aquel momento, un instante de debilidad, sus ojos se nublaron y vaciló. Después, cobrando alientos bravamente, se puso á leer la carta en voz alta:

«Señor y amigo:

¿Hago mal escribiéndole á usted estas líneas? No paso á creerlo, aunque lo hago sin que mi marido lo sepa, pues quiero evitarle hasta la sombra de un recuerdo penoso... pero también me creo en la obligación de decirle á usted que soy dichosa. Le conozco á usted bien y estoy segura de que mi felicidad es para usted la mejor de las recompensas, y... si es preciso, el mejor de los consuelos. Recuerdo las últimas palabras de usted en aquella última entrevista que tan fatales consecuencias pudo tener: —«La noticia mejor que puedo recibir, decía usted, es saber que ha puesto usted su corazón del lado de su deber...»

¡Ay!... entonces eso me parecía imposible, y no obstante, algunas horas después el milagro había sucedido. Mi marido me salvaba de las angustias de la muerte, y su generosa confianza y su bondad, verdaderamente divinas, no me inspiraron únicamente agradecimiento, sino también una estimación, una ternura y un respeto dignos de él. Desde

entonces me reconquistó por completo y le quiero más que nunca.

Cada día, cuando recuerdo aquella noche terrible y las locuras, las imprudencias de mi lenguaje... pues, para persuadirle mejor de mi sinceridad me hacía más culpable de lo que era... cuando pienso en su corazón desgarrado, en su orgullo herido, en todo lo que ha sufrido, en todo lo que tuvo que vencer antes de tenderme su mano... ¡me dan impulsos de prosternarme á sus pies para adorarle!

Pero no me atrevo. Es cariñoso y excelente, pero aún, en los profundos de su alma, lucha con una secreta inquietud. Lo siento y sufro también, pero sin desmayo, porque comprendo que el porvenir es mío y que la verdad de mi corazón acabará por penetrar en el suyo y reconquistármelo por completo.

Esto es, señor, lo que deseaba decirle, y mi confesión es la prueba más grande de cariño que puede usted recibir de su discípula y amiga,

Maria de Rias.»

Quando la señora de Lorris concluyó su lectura con la voz empañada por la emoción, vió que Lionel tenía una mano sobre los ojos y que las lágrimas rodaban por sus mejillas...

* * *

No podemos concluir este relato sin recordarle al lector que los Kévern escasean mucho en el

mundo, que es muy peligroso fiarse en su desinteresado concurso, y que el marido que quiera perfeccionar la educación de su mujer obrará cuerdamente haciéndolo por sí mismo y no delegando sus poderes.



EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

Casa Editorial Maucci



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mundo, que es muy peligroso fiarse en su desinteresado concurso, y que el marido que quiera perfeccionar la educación de su mujer obrará cuerdamente haciéndolo por sí mismo y no delegando sus poderes.



FIN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

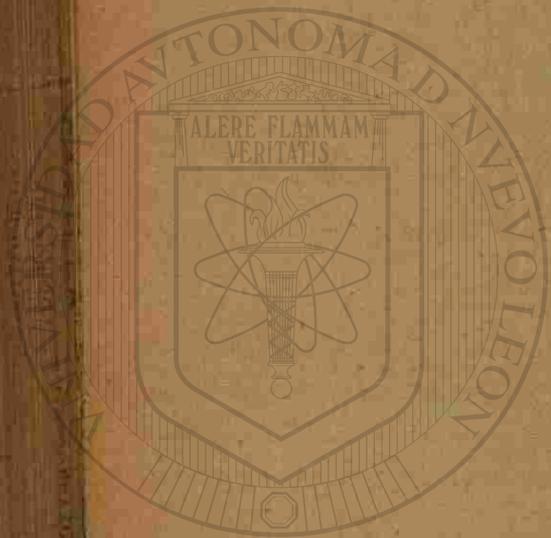
DE LA

Casa Editorial Maucci



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EXTRACTO DEL CATÁLOGO

— * DE LA * —

Casa Editorial MAUCCI

Consejo de Ciento, 296, Barcelona

Colección de Autores Ilustres

a cuatro REALES tomo

España, por E. de Amicis	1 tomo
Rafael-Graziella (2 novelas juntas), por La- martine.	1 >
El Manuscrito de mi Madre, por id.	1 >
Teresa Raquin, por E. Zola.	1 >
¡Misterio!... por Hugo Conway.	1 >
Un Secreto de Familia, por id. (ilustrada).. . . .	1 >
Sin Madre, por Hugo Conway.	1 >
Atala.—René.— El Último Abencerraje.— Viaje al Mont-Blanc (4 novelas juntas), por Chateaubriand.	1 >
La Sonata de Krentzer.— El Matrimonio (2 novelas juntas), por el conde León Tolstoi	1 >
Noventa y tres, por Victor Hugo (ilustrada). . . .	2 >
Los Trabajadores del Mar, por id.	2 >
El Hombre que Ríe, por id.	2 >

Nuestra Señora de París, por id. (ilustrada)	2 tomos
Sor Filomena, por E. J. de Goncourt.	1 »
Fromont y Risler, obra premiada por la Academia Francesa, por A. Daudet.	1 »
Tartarin de Tarascon, por id.	1 »
María (novela americana) por Jorge Isaacs.	1 »
Vida de Jesús, por Ernesto Renan (ilustrada).	1 »
Dora, por Carlota M. Braemé, id.	1 »
Un matrimonio del gran mundo, por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa).	1 »
La Señorita Giraud, mi mujer, por Adolfo Belot.	1 »



Obras de Ponson du Terrail

A cuatro REALES tomo

Los Dramas de París (5 tomos)

- 1.º La Herencia Misteriosa.
- 2.º Sor Luisa la Hermana de la Caridad.
- 3.º Club de los Explotadores.
- 4.º Turquesa la Pecadora.
- 5.º El conde de Artoff.

Hazañas de Rocambole (4 tomos)

- 1.º Carmen la Gitana.
- 2.º La Condesa de Artoff.
- 3.º La Muerte del Salvaje.
- 4.º La Venganza de Bacará.

El Manuscrito del Dominó (4 tomos)

- 1.º Los Caballeros del Claro de Luna.

- 2.º La Vuelta del Presidiario.
- 3.º Testamento de Grano de Sal.
- 4.º Daniela.

La Resurrección de Rocambole (5 tomos)

- 1.º El Presidio de Tolón.
- 2.º La Cárcel de Mujeres.
- 3.º La Posada Maldita.
- 4.º La Casa de Locos.
- 5.º ¡Redención!

La Última Palabra de Rocambole (7 tomos)

- 1.º La Taberna de la Sangre.
- 2.º Los Estranguladores.
- 3.º Historia de un Crimen.
- 4.º Los Millones de la Gitana.
- 5.º La Hermosa Jardinera.
- 6.º Un Drama en la India.
- 7.º Los Tesoros del Rajah.

Las Miserias de Londres (5 tomos)

- 1.º La Maestra de Párvulos.
- 2.º El Niño Perdido.
- 3.º La Jaula de los Pájaros.
- 4.º El Cementerio de los Ajusticiados.
- 5.º La Señorita Elena.

Las Demoliciones de París (2 tomos)

- 1.º Los Amores del Limosino.
- 2.º La Prisión de Rocambole.

La Cuerda del Ahorcado (2 tomos)

- 1.º El Loco de Bedlan.
- 2.º El Hombre Gris.

La Vuelta de Rocambole (4 tomos)

- 1.º El Compadre Vulcano.
- 2.º Una Sociedad Anónima.
- 3.º Amores de una Española.
- 4.º Venganza de Rocambole.

Las Tragedias del Matrimonio (2 tomos)**Los Dramas Sangrientos (2 tomos)****La Juventud de Enrique IV (6 tomos)**

- 1.º La Hermosa Platera.
- 2.º La Favorita del Rey de Navarra.
- 3.º Amores de la Bella Nancy.
- 4.º Los Juramentados.
- 5.º Enrique y Margarita.
- 6.º La Noche de San Bartolomé.

La Reina de las Barricadas (1 tomo)**El Regicida (2.ª parte de La Reina de las Barricadas)****Aventuras de Enrique IV (2 tomos)**

- 1.º Galaor el Hermoso.
- 2.º La Traición del Mariscal Birón.

El Herrero del Convento.	2 tomos
Los Amores de Aurora.	2 »
La Justicia de los Gitanos.	2 »
Las Máscaras Rojas.	1 »
Clara de Azay.	1 »

Medicina de las Familias y Plantas Medicinales, por Pío Arias Carvajal, un tomo ilustrado con grabados representando las plantas medicinales más en uso. 2 ptas.

Novísimo Secretario Universal ó Manual Epistolar, 1 tomo rústica. 1 »

Obras de Emilio Zola

- Lourdes**, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes. — Edición única en España. 16 rs.
- Roma**, dos tomos de 500 páginas cada uno, elegante edición, única en España. 16 »
- París**, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica. 16 »

NOVELAS POPULARES

A dos REALES tomo

- 1 **La Dama de las Camelias.**
- 2 **Manon Lescaut.**
- 3 **Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.**
- 4 **Gustavo el Calavera.**
- 5 **La Bella Normanda.**
- 6 **El Libro de los Enamorados y el Secretario de los Amantes.**
- 7 **Juegos de Manos y de Sociedad.**
- 8 **Las Trece Noches de Juanita.**
- 9 **Los Besos Malditos.**
- 10 **Bocaccio.**
- 11 **Doña Juanita.**
- 12 **Los Amantes de Teruel.**
- 13 **Pablo y Virginia.**
- 14 **Don Juan Tenorio.**
- 15 **Canciones Españolas.**
- 16 **Carmen.**

- 17 Julieta y Romeo.
 18 Otello el moro de Venecia.
 19 El Emisario (novela cubana)
 20 Mesalina.
 21 Genoveva de Brabante.
 22 El Trovador.
 23 El barbero de Sevilla.
 24 Hernani.
 25 El Rigoletto.
 26 Lucrecia Borgia.
 27 Falstaff.
 28 Aida.
 29 María Magdalena.
 30 Historia de un piloto.
 31 Historia de Manuel García, (el rey de los campos).
 32 Narraciones Americanas.
 33 Narraciones Catalanas, (en castellano).
 34 Novelas Griegas, en id.
 35 Novelas Italianas, en id.
 36 Amor de Madre.
 37 Abelardo y Eloísa.
 38 Dolores ó la Moza de Calatayud.
 39 Un Casamiento Misterioso.
 40 La Flor de un día.
 41 Las Espinas de un Flor.
 42 Don Juan de Serrallonga.
 43 Los Siete Niños de Écija.
 44 Diego Corrientes.
 45 José María ó El Rayo de Andalucía.
 46 Treinta Años ó La Vida de un Jugador.
 47 Hernán Cortés y Marina.
 48 Reina y Esposa ó Aragoneses y Catalanes en Oriente.

- 49 Luis Candelas.
 50 Margarita de Borgoña.
 51 Catalina Howard.

CONOCIMIENTOS PARA LA VIDA PRIVADA

*Consideraciones morales, históricas, de medicina é higiene
 Consejos á la juventud, á los casados y á los padres de familia*

Colección de obras escritas por

V. SUAREZ CASAN

Tomos encuadernados en rústica á dos REALES uno
 PRIMERA SERIE

- Tomo 1.º — La Prostitución.
 » 2.º — Secretos del Lecho Conyugal.
 » 3.º — La Virgindad.
 » 4.º — Onanismo.
 » 5.º — Los Vicios Solitarios.
 » 6.º — La Pederastía.
 » 7.º — Fenómenos Sexuales.
 » 8.º — El Matrimonio y el Adulterio.
 » 9.º — El Amor Lesbio.
 » 10 — Costumbres y Vicios Sexuales de todos los países.

La colección de los diez tomos encuadernada en un volumen, en tela y planchas doradas.—5 Ptas.

SEGUNDA SERIE

- Tomo 1.º — El Embarazo.
 » 2.º — El Parto.
 » 3.º — El Aborto.
 » 4.º — La Esterilidad.

- Tomo 5.º — **La Impotencia.**
 > 6.º — **Higiene del Matrimonio.**
 > 7.º — **La Calipedia Moderna ó la procreación á voluntad.**
 > 8.º — **Las Monstruosidades Humanas.**
 > 9.º — **Enfermedades Secretas.**
 > 10 — **Enfermedades de las Mujeres.**

La colección de los diez tomos lujosamente encuadernada en dos volúmenes, en tela y planchas doradas.— 6 Ptas.

OBRAS VARIAS

- Los Miserables**, por Victor Hugo, 2 tomos ilustrados con láminas al cromo, en rústica. 8 ptas.
 Encuadernados en tela y planchas doradas. 12 »
El Conde de Montecristo, por Alejandro Dumas, 2 tom. ilustrados con láminas al cromo en rústica. 8 »
 En tela y plancha dorada. 12 »
Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes, 1 tomo ilustrado con láminas. 3 »
 En tela y plancha dorada. 5 »
Las Mil y Una Noches, por Gallan, (Cuentos Arabes) 1 tomo ilustrado, en rústica. 2'50
 En tela y plancha dorada. 3'75
Crónica de la Guerra del Riff, 1 tomo con más de 500 grabados, rústica. 2 »
Crónica de la Guerra de Cuba y de Filipinas, Historia de nuestras guerras coloniales desde su principio en 1895 hasta 1898. For-

- ma toda la obra 5 tomos ilustrados con más de 2000 grabados. Precio de cada tomo en rústica y cubierta al cromo. 4 Ptas.
 En tela y planchas alegóricas en oro y colores. 6 »
El Cocinero Universal, 1 tomo cartoné. 1 »
La Magia Negra. 1 »
Libro de Cuentas Ajustadas, hechas sin necesidad de hacer números, 1 tomo rústica. 1 »
Historia de doce Mujeres. Doce novelas ilustradas que forman un tomo encuadernado en tela y plancha dorada. 6 »
Mapa Ilustrado del Archipiélago Filipino, tirado en fondo azul, adornado con los retratos de los descubridores y fundador de las órdenes religiosas. 0'50
Aurora de Nevers, por Pau Feval, 1 tomo en tela y plancha dorada. 7 »
El Rey de la Tierra, por Miltzemburg, 2 tomos tela. 10 »
Los Bandidos del Amor, 2 tomos de 972 páginas cada uno, en tela. 10 »
La Mascota, 2 tomos de 844 páginas cada uno: encuadernado en tela. 10 »
Predestinación, (Novela de costumbres americanas) 2 tomos encuadernados de gran lujo. 10 »
Leyes de Indias, (Recopilación de las) 4 tomos en dos volúmenes, pasta española. 70 »
Cirujía, Medicina y Partos, por A. Corlieu, 1 tomo de 870 páginas ilustrado, rústica. 10 »
Algebra Briot, traducido por F. Presas, 1 tomo, rústica. 2 »

Vida de los Papas, desde San Pedro hasta León XIII, 1 tomo, rústica.	1 Ptas.
Último y Completo Alivio del Párroco, 5 tomos en tela.	15 »
Las Heregías, (con aprobación Eclesiástica) 4 tomos, rústica.	10 »
Tela.	15 »
El Camino del Paraíso, pequeño devocionario para la juventud.	1 »
El Hebreo de Verona, novela histórica, 2 tomos, láminas al cromo, encuadernados en tela	10 »
La Esposa Infiel. Novela de costumbres, ilustrada al cromo; 2 tomos en tela.	10 »
La Postrema Ilusión, 2 tomos en tela.	10 »
Amar sin Esperanza, 2 id. id. id.	10 »
Los Novios, (por Manzoni) 2 id. id. id.	10 »
La Semilla del Bien, 2 id. id. id.	10 »
El Paraíso del Amor, 2 id. id. id.	10 »
Juan de Dios, 2 id. id. id.	10 »
La Tierra Santa, 2 tomos encuadernados en tela.	10 »
Orlando Furioso, (por Ariosto) 2 tomos en tela	15 »
Mapa ilustrado de la isla de Cuba. Mide 1'10 metros por 0,80.	2 »



DAI AUTOMATA
TION GENERAL

TE
X